

JOSH LANDON

**ÁGUILA
CIEGA**



EDICIONES
HIC SIC

ÁGUILA CIEGA

Josh Landon

Ediciones Hic Sic

Copyright © 2024 Josh Landon

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.cedro.org o por teléfono en el 91 702 19 39 / 93 272 04 45

Águila Ciega

© Josh Landon, 2024

www.joshslandon.com | [@joshslandon](https://twitter.com/joshslandon)

© de esta edición, Ediciones Hic Sic, 2024

Lleida (España)

www.hicsic.com | [@edicioneshicsic](https://twitter.com/edicioneshicsic)

Diseño de portada: Ediciones Hic Sic

Imagen de portada: 123RF

ISBN formato impreso: 978-84-128420-0-5

Primera edición: marzo 2024

CONTENTS

[TÍTULO](#)

[DERECHOS DE AUTOR](#)

[PRÓLOGO](#)

[PARTE I](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[PARTE II](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[PARTE III](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)



PRÓLOGO

El helicóptero descendió mientras la policía se agrupaba a su alrededor.

Caía una lluvia leve que no se parecía en nada al aguacero del día anterior. Aun así, el asfalto reflejaba las luces rojas y azules de la caravana policial de la que yo formaba parte.

Abrí la puerta del vehículo patrulla en el que viajaba y no me tomé la molestia de cerrarla; volvería a entrar en menos de un minuto.

Las gotas resonaban levemente en el chubasquero que me cubría.

En cuanto el helicóptero tocó tierra, se abrió la puerta y Shawn Downey bajó, agachándose y corriendo al mismo tiempo para no ser devorado por las hélices. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, el aparato levantó el vuelo y se perdió entre las nubes lluviosas que decoraban el cielo matutino.

—No era necesaria la caravana —vociferó Downey por encima del ruido aún perceptible del motor de las hélices.

Se cubría con su mochila para que las gafas no se mojaran con la poca lluvia de aquel día.

—Considéralo mi alfombra roja para ti —respondí con un atisbo casi imperceptible de sonrisa—. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Maravilloso, como cada vez que me sacas de la ciudad para hacer tu trabajo —respondió—. Esta vez el jefe Rodríguez ha estado a punto de no dejar que subiera al helicóptero.

—He oído que la razón es porque ha aparecido un cuerpo cerca del East River —acoté.

—Una chica. Muy lamentable. No han logrado identificarla —dijo Downey como si fuese un

caso más.

Lo abracé amistosamente. Mi chubasquero mojó un poco su ropa, pero no pareció importarle porque correspondió al abrazo.

—Te he echado de menos, Shawn —dije.

—Yo también, Janet —respondió Dawney—. ¿Cómo está la familia? ¿Brian? ¿Georgie? ¿Gabiella? La comisaría no es lo mismo sin ti. Desde que nos dejaste hemos intentado encontrar a alguien digno de tu puesto. Pero mírate, ya formas parte de los peces gordos.

Señaló el logo amarillo del FBI en la parte frontal de mi chubasquero.

—Siempre hay peces más gordos, amigo mío —respondí.

Downey bajó la mirada y pareció abatirse con mi comentario. No sabía si había dicho algo malo, aunque me pareció un comentario normal. Cuando le fui a preguntar al respecto, levantó la mirada entre sorprendido y asustado.

—¿Qué haces aquí, recibíendome? ¡¿No eres la negociadora del secuestro?! —preguntó.

—Sí. Sí, lo soy —respondí sonriendo. Sabía que me haría esa pregunta—, pero tenemos un caso interesante que me obliga a pedirte ayuda. Y eso, al mismo tiempo, me da la flexibilidad de venir a darte la bienvenida.

—Cuéntame más —pidió Downey.

—Vamos al coche. Te lo contaré por el camino —respondí—. Por cierto, la familia va muy bien. Brian me preguntó por ti cuando hablé con él anoche. Como he estado lejos de la ciudad no lo he visto en un par de días. Le dije que te invitaría a cenar pronto.

—Es lo mínimo que puedes hacer.

Lo guie hacia el vehículo y le abrí la puerta trasera donde, por lo general, llevábamos a los delincuentes.

—Zona VIP. Qué detalle —bromeó mientras yo cerraba la puerta.

Subí también al coche sin necesidad de abrir mi puerta; ya la había dejado abierta antes. Simplemente la cerré con fuerza y le pedí al conductor que se pusiera en marcha.

Nos dirigíamos a una casa en los suburbios a las afueras de la ciudad, a dos kilómetros de donde aterrizó el helicóptero que trajo a Downey.

—Varón. Treinta y un años. En proceso de divorcio. No acepta la decisión de su mujer de separarse, así que les ha hecho una visita a ella y a su hija —le conté a Downey mientras le pasaba una carpeta con todos los datos recopilados del secuestrador—. Discutieron, se alteraron y entonces el hombre sacó un arma y las amenazó. Las dos mujeres lograron esconderse en el dormitorio principal, en el segundo piso, y llamaron al 911, pero él forzó la puerta, pudo entrar y se ha atrincherado con ellas.

—¿Drones de reconocimiento? —preguntó Downey.

—Todas las cortinas de la habitación están cerradas. No tenemos visual.

—Entonces, ¿tampoco equipo de choque? —volvió a preguntar.

—No. No pienso arriesgar la vida de la niña y su madre —respondí tajante—. No sé a qué me enfrento dentro de la vivienda a nivel estratégico. La casa está reconocida; hemos obtenido los planos en el archivo del ayuntamiento.

—Caso difícil —dijo Downey—. ¿Está tenso o ha tenido disposición de matarlas?

—No lo sabemos. Ahí entras tú —dije, dándole la vuelta.

La cara de sorpresa de Downey fue genuina.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Habéis hecho contacto con él? Además, yo soy de tecnologías de información. Un informático. Un *hacker*, si quieres verlo de esa forma. No tengo modo de determinar la disposición psicológica del secuestrador.

—Eso lo sé, por eso estoy aquí —dije, volviendo la mirada al frente—, pero el secuestrador no ha querido hablar por teléfono conmigo.

—¿Cómo dices?

—No ha querido hablar. La comunicación que hemos tenido ha sido por mensajes de texto. Se niega a hablar con nosotros por llamada —expliqué.

—Eso está de moda. Me recuerda al caso de Michigan en dos mil once, con Andrés Wells dirigiendo la negociación.

—Exacto, pero él no estaba preparado para ese giro en la historia. Yo sí, porque te tengo a ti —respondí, girándome de nuevo para verle.

Vi cómo la mente de Downey maquinaba por un segundo mientras deducía la razón por la que lo había llamado.

De repente vi en su mirada el momento *eureka*.

—Quieres acceder a la cámara de su teléfono para tener visual mientras habla contigo.

—Por estas cosas deberías estar en el FBI conmigo —dije, volviendo la mirada al frente.

—Pero tú tienes al FBI de tu lado. Yo simplemente soy un especialista del Departamento de Policía de Nueva York.

—En eso estamos de acuerdo, pero eres el *mejor* especialista que conozco. Deja la falsa modestia a un lado. Sabes que eres mucho mejor que todo el departamento de tecnologías del FBI junto.

Downey dejó salir una risa ahogada. Ambos sabíamos que no había *hacker* mejor que él.

—¿Ya tienes un plan en mente? —preguntó.

—Quiero analizar en qué estado se encuentra y cómo están madre e hija. Mientras tú entras en las cámaras de su móvil, yo iré ejecutando con To el plan de ataque que ya teníamos organizado. Dos equipos. Uno abajo, por la entrada trasera de la cocina; el otro arriba. Francotiradores preparados en caso de que los necesitemos, los cuales ya están apuntando a las ventanas cerradas a la espera de tener contacto visual. No lo vemos, pero él tampoco nos ve a nosotros y, mientras tanto, lo iremos rastreando por las cámaras de su móvil. Quiero saber qué ve. Quiero saber qué dice. Quiero entender cómo piensa. Quiero convencerlo de que me deje entrar, pero para presionarlo necesito escucharlo o ver cómo se expresa. No puedo darle tono de voz a un mensaje de texto.

—El plan es bastante sofisticado —dijo Downey—. ¿Has dicho que está contigo el Sabueso de Beijing?

—¿Te refieres a To? —pregunté.

—Así es —respondió—. ¿O creías que el hombre que logró acabar con una de las familias mafiosas más importantes de Beijing no tendría apodo?

—Es demasiado apodo para alguien como él —dije seca.

—Lo sé, pero no puedes negar que tiene su talento y estilo.

Era extraño pensar que To fuese tan famoso y por eso tuviera la espalda tan bien cubierta por gente importante del gobierno. Después de todo, como decía Downey, había logrado acabar uno de los anillos de extorsión y trata de personas más importante de Beijing.

—¿Qué sucederá si no te deja entrar?

—Tendremos que hacerlo con el equipo de choque. To desea apartarme de la negociación y entrar él con su equipo —dije con un deje de resignación.

—¿Por qué el FBI tiene la jurisdicción? ¿No le correspondía a la policía local? —preguntó Downey.

—Llevamos meses investigando a este tipo. Lo habíamos perdido, pero su mujer se dio cuenta de que tenía negocios turbios y por eso pidió el divorcio. Ahí detonó el pobre y... Pues aquí estamos, intentando solucionar esto —expliqué.

—No te preocupes. Eres la mejor en lo que haces. Saldremos de esta —expresó Downey.

Empezamos a ver las luces cerca de la casa a la que nos dirigíamos. Había periodistas cubriendo el evento y helicópteros de la policía alejando a los de la prensa, que intentaban sobrevolar la zona restringida.

El coche policial se detuvo y bajamos. Nos acercamos al lugar, pasamos por debajo de la cinta amarilla de «NO PASAR» y llegamos hasta el centro de operaciones improvisado que habíamos montado bajo un toldo barato.

Al llegar nos topamos de frente con To, que estaba al pendiente de todo mientras yo recogía a Downey.

—Ya era hora de que aparecieras —dijo.

—El secuestrador no ha establecido contacto—respondí.

—¿Por qué suena a afirmación?

—Porque es una afirmación —respondí de nuevo, un poco irritada mientras señalaba mi teléfono móvil—. No ha habido ningún movimiento, ¿verdad? Veo que todos siguen en los mismos puestos que hace quince minutos.

—No entiendo para qué preguntas, entonces —dijo To bastante irritado mientras se alejaba de mi vista.

Lo ignoré.

Alguien como To simplemente no sumaba con sus comentarios, y yo tengo más inteligencia emocional, claro está.

Le hice una señal a Downey para que se acercara y lo llevé con la división informática improvisada que teníamos.

—Caballeros, os presento a Shawn Downey, del Departamento de Policía de Nueva York. Nos ayudará a acceder al móvil del secuestrador para tener visual de lo que sucede dentro de la casa —dije en voz alta mientras señalaba a Downey, que sonrió forzosamente.

—Gracias por la presentación, agente Strait —dijo él.

—Mantenme informada. —Le guiñé un ojo.

Dejé que se acomodara con el resto de los miembros del equipo y me acerqué a la casa para ver el frente; las cortinas del segundo piso seguían cerradas.

Revisé el móvil y releí la última conversación con el secuestrador:

Javier:

Quiero comida para mi familia.

Y después quiero que nos dejéis en paz.

Janet:

Claro que sí, Javier. Les conseguiré algo para comer, pero quiero ayudarte. Aún tengo que entregarte la comida. ¿Podemos hablar en la cocina cuando te la lleve?

No obtuve respuesta después de ese mensaje y tampoco quería presionarlo. No sabía si podía detonar en él algún comportamiento homicida, pero sabía que si lograba ver sus expresiones faciales podría leer una parte de sus pensamientos, y escuchándolo iba a poder entender el nivel de emociones que tenía.

—Estoy harto de esperar. —La voz de To me sacó de mi concentración.

—Viene en el paquete. Si no has aprendido eso en todo este tiempo, difícilmente llegarás a negociar con un secuestrador —respondí sin ni siquiera mirarlo.

—¿Quién dice que quiero ser negociador? —preguntó tajante.

—Está claro que quieres subir y hacer algo más con tu vida. No te imagino liderando un grupo de choque del FBI desde la comodidad de una carpa durante el resto de tu vida.

—Está claro que no me conoces una mierda.

—Está claro que sí. Mi trabajo consiste en entender cómo piensa el enemigo y tomar decisiones en base a la información disponible, y lo que me dice la información que recibo sobre ti es que quieres mi puesto. Deberías ser un poco más adulto y admitirlo. No hay nada malo en ser transparente —dije mientras me giraba para confrontarlo con la mirada.

To sonrió y estaba dispuesto a responderme, pero se contuvo al escuchar que Downey se acercaba a nosotros.

Había vuelto demasiado rápido.

—Agente Strait, tenemos visual. Y también audio del teléfono móvil —dijo.

Downey era un genio, pero odiaba que me llamara agente Strait. Podía llamarme Janet, pero Downey es un animal de costumbres con una estructura de hierro.

—¿Ahora entiendes por qué mandé que te trajeran? —le pregunté con una sonrisa—. Muéstramelo.

Downey asintió con la cabeza.

Fuimos hacia la pantalla de su ordenador portátil y nos encontramos con imágenes de Javier y su familia dentro de la habitación principal.

La mujer y su hija estaban abrazadas en un rincón. Javier, por su parte, intentaba hablarle desde la distancia con un arma en la mano.

—Por favor, deja que me acerque —le rogaba.

Ninguna de las dos respondió a su petición, solo lágrimas y sollozos. Su mujer no podía siquiera mirarlo a los ojos.

Javier movió su teléfono móvil y pude verle el rostro. Estaba rojo y lleno de lágrimas. Pude observar lo dolido, angustiado y conflictuado que se encontraba. Algo que mi experiencia aseguraba con una certeza absoluta.

Sin duda era una mezcla peligrosa. Debía manejar sus emociones con cautela antes siquiera de proponer un intercambio.

—To, necesito un favor. He cambiado el plan original —dije, todavía analizando la pantalla

que mostraba el rostro de Javier.

Tenía una idea.

—Es sorprendente que me necesites —respondió.

Lo fulminé con la mirada, pero antes de que pudiera decir cualquier otra cosa, seguí hablando.

—Voy a entrar... —empecé a explicar.

—No sirve de nada jugar a los héroes en una situación así —dijo To.

Me quedé callada un momento y empecé de nuevo. No me amedrentaría ni me diría qué hacer.

Aquí la experta era yo.

—Como iba diciendo... voy a entrar. Le llevaré la comida que está pidiendo el secuestrador para hacerlo bajar. Él quiere hablar con su mujer e hija, así que no las enviará a por la comida a riesgo de que las podamos sacar de la casa. —Cuando mi mente vuela con un plan, es como si fuese una orquesta tocando al unísono; no puede parar hasta que la tarea ha sido completada—. Cuando Javier baje, porque estoy segura de que lo hará, lo llevaré hasta el ángulo de visión de González, que está con la mira preparada desde el techo de una de las casas del vecindario. De esa forma podremos desarmarlo. Muy probablemente tendré que hacerlo enfadar para atraerlo hasta el ángulo que necesitamos, por lo que debéis estar atentos. No sabemos qué tan preparado está el secuestrador.

—Entendido —respondió To con desdén.

Cogí el intercomunicador y le hablé a González.

—Aquí Strait para González. Cambio.

—Aquí González. Cambio —respondió su voz al otro lado.

—González, To te dará unas instrucciones detalladas de lo que haremos en los próximos cinco o diez minutos. Necesito tu vista de águila, por supuesto. Mi vida posiblemente vaya a depender de ello —le dije muy calmada.

—Copiado, jefa. La única con mirada de águila para estas negociaciones es usted, agente Strait. Cambio —respondió González.

Ahugué la risa que me dio por el comentario.

—Esperemos que nunca quede ciega de esa mirada de águila. Cambio y fuera —le dije sonriendo.

La adrenalina que sentía me daba vida. Era la que me mantenía al frente de ese empleo en el que siempre me arriesgaba. Era, sin lugar a duda, el trabajo que siempre soñé.

Me dieron los paquetes de comida, que llegaron más rápido de lo que esperaba, y a cambio entregué mi arma. Era mejor ir desarmada para ganarme la confianza del secuestrador.

Busqué a Downey con la mirada e iba a acercarme para hablar con él cuando su móvil sonó de repente.

Downey miró la pantalla y dijo:

—Es el jefe Rodríguez. Debo atender. Buena suerte, aunque no la necesitas —dijo mientras se alejaba.

Empecé a caminar en dirección a la entrada de la casa. Mientras me acercaba, intentaba entender el pensamiento humano y cómo el cerebro nos lleva a ser la peor versión de nosotros mismos cuando nos encontramos en una tensión latente por algún evento que lo detona. Las

preparaciones psicológicas en la academia definitivamente habían sido mis clases favoritas.

Llegué a la puerta de la vivienda donde el secuestrador se había atrincherado con su familia como rehenes.

Envié un mensaje a Javier:

Estoy en la puerta con la comida que has pedido.
Voy a entrar a la cocina. Por favor, no dispares ni
te asustes. Solo estoy yo y voy desarmada.

Le di unos diez segundos antes de agarrar el pomo de la puerta y empujarla. No estaba cerrada con llave. Probablemente fue lo último en lo que pensó cuando corrió detrás de su mujer e hija. No le di tiempo para responder, pero sí para leer el mensaje. El corazón me latía con fuerza. Sabía que lo que estaba haciendo era peligroso, sin embargo, necesitaba infiltrarme en la casa.

En el momento que crucé el umbral y empecé a caminar hacia la cocina, que estaba en línea recta desde la puerta de entrada, me llegó el mensaje de respuesta de Javier:

Ni se te ocurra.

El corazón me dio un vuelco y me tensé. Esperaba eso, pero necesitaba calmar a Javier en cuanto apareciera. Necesitaba solucionar eso lo más pronto posible.

Oí pasos acelerados de alguien en el segundo piso y se hicieron más pesados conforme se acercaban al primer piso, donde me encontraba.

Pude ver de reojo la ventana con los estores subidos y una vista completa del exterior, donde las luces policiales hacían juego con el atardecer lluvioso. Di dos pasos hacia atrás para quedar en el ángulo de visión de González.

Esperaba que me diera la confirmación de mi visual en cualquier momento a través del intercomunicador que llevaba en la oreja. Nadie más que yo podía oírlo.

Mis pensamientos se cortaron en el momento en el que me encontré frente a los ojos de Javier, que tenía sus pupilas dilatadas. Además, supe que su respiración estaba acelerada con solo ver el modo en el que las aletas de su nariz se abrían una y otra vez. A pesar de ello, no me asustaba su metro ochenta de estatura. Era un hombre alto y fornido, sí, pero la mente es más fuerte que el cuerpo si sabemos cómo usarla.

Se quedó en el primer escalón, lejos de la ventana. Creo que sabía lo que significaba si se acercaba a ella.

—¡Te he dicho que no entraras! —bramó.

—Lo siento, Javier. He leído tu respuesta cuando ya estaba en la cocina —dije mientras me movía hacia el comedor que había cerca de la isla de la cocina y dejaba las bolsas de comida sobre la encimera.

Fue una decisión temeraria, lo admito, pero había logrado lo que quería. Había logrado entrar y lo tenía de frente.

Tenía que mantenerme serena y con mi inteligencia emocional a tope. Después de todo, mi plan era hacerlo enfadar. Eso no era más que el aperitivo de lo que estaba por llegar.

—¡Vete ahora mismo! —gritó de nuevo.

Escuché la voz de González en mi oreja.

—Agente Strait, tengo su visual. No se mueva.

Eso me dejó tranquila. Estaba protegida por ese frente.

Me volví hacia Javier y lo enfrenté con la mirada. No respondí, solo me quedé en silencio a la espera de su reacción. Según mi experiencia había dos posibles caminos. La primera: que se enfadara tanto que me disparara de un momento a otro, para lo que ya estaba preparada. La segunda: que apaciguara su enfado lo suficiente para que pudiera hablar con él sin problema, para lo que también estaba preparada.

Mi silencio pareció afectarle, pues lo siguiente que me dijo fue:

—Lo siento, no debería gritar. Mi mujer dice que eso no es bueno.

El pobre hombre no terminaba de aceptar que su mujer y él estaban en proceso de divorcio. Eso, o tenía una fuerte disociación de la realidad y pensaba que todo seguía como si nada con su mujer. Debía moverme con cautela hasta definir cuál era.

—Gracias por bajar la voz, Javier. Realmente aprecio tu ayuda con eso —le dije sonriendo.

—Por favor, váyase. Quiero hablar con mi mujer.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté—. A veces las chicas podemos ser difíciles —le dije congraciándome.

En mi mente era el primer paso para valorar el estado de las rehenes. Además, pensaba todo lo contrario; las mujeres no somos complicadas, es tan simple como que a veces nos toca algún hijo o hija de puta que nos hace la vida complicada.

—No quiere hablar conmigo —respondió sollozando.

Desesperación y frustración. Sentimientos mixtos en la ecuación.

—Imaginé que responderías eso —le dije—. ¿Por casualidad tampoco te mira a los ojos?

Sabía la respuesta. Lo había visto en la transmisión de la cámara de su móvil cuando Downey me lo mostró.

—No me mira —respondió con rapidez.

Su mirada y expresión de enfado cambiaron en un segundo al reconocer la empatía que intentaba mostrarle.

—Javier... —Empecé a gestar el plan con mis siguientes palabras—, ¿te gustaría que hablara con ellas? Quizá pueda ayudarte a decirles lo que les quieres transmitir.

Su expresión volvió a cambiar. Ese tipo tenía muchos cambios de humor en periodos muy cortos de tiempo. Más de lo que yo quisiera. Definitivamente había algo mal en su salud mental.

—¡Quieres llevártelas! —volvió a bramar.

Respiré lentamente para mantener mis pulsaciones estables. Necesitaba mantener el control.

—No es así, Javier. Solo quiero ofrecerte mi ayuda. ¿Quieres mi ayuda? —le pregunté.

—Sí, la quiero —dijo desesperado.

—Esto es lo que vamos a hacer, entonces. Como verás vengo desarmada —le dije, mostrándole la funda vacía—, y no quiero haceros daño ni intentar nada. Solo me interesa ayudarte. Sé que lo estás pasando mal y mi intención es ofrecerte toda la ayuda que pueda para que tu mujer te escuche. ¿Podrías pedirle a tu mujer e hija que bajen para hablar con ellas? Podemos conversar todos aquí mismo.

Señalé la sala de la vivienda donde los estores estaban subidos.

Javier se lo pensó un segundo y seguidamente dio media vuelta para subir a la segunda planta. No pasó mucho tiempo cuando oí varios pasos bajando las escaleras. En cuestión de

segundos pude ver a la mujer e hija, ambas abrazadas y llorando. Tenían el rostro enrojecido de tanto sollozo. Venían asustadas mientras Javier las apuntaba con la pistola.

—Marisol, cierra los estores —dijo él, lanzándome una mirada, complacido consigo mismo.

Marisol, la mujer, me miró en busca de respuestas para saber cómo proceder.

Intenté algo desesperado, pues el plan estaba a punto de irse al garete.

—Javier, yo confío en ti. ¿Podrías confiar en mí? ¿Podríamos dejarlos abiertos? Te aseguro que nadie intentará nada. Les he pedido que no lo hicieran —le dije.

Me miró con recelo y se volvió hacia Marisol.

—¡Cierra los estores! —le ordenó.

«Mierda» pensé.

Marisol hizo caso y fue a cerrarlos. Sus manos temblaban mientras tiraba hacia abajo el cable que hacía girar el sistema.

—No tengo visual, agente Strait —dijo González en mi oreja.

Esto echaba por tierra la última parte de mi plan. Sin visual era imposible desarmarlo. Tuve que improvisar, y yo odio improvisar.

—No confías en mí, Javier. ¿Cómo esperas que confíe en ti? —le pregunté.

«Mantén la calma, Janet» me dije.

—Yo sé qué quieres. Quieres que me acerque a la ventana para que alguno de tus francotiradores me dispare, como en las películas. No soy tonto.

Al menos en eso no estaba equivocado.

—Javier, vine para hablar y ayudarte. Esto no funcionará si no podemos confiar el uno en el otro.

—¿Por qué debería confiar en ti? —me preguntó—. No me conoces, no somos amigos.

—Porque quiero ayudarte para que tu mujer te escuche —le dije mientras buscaba a Marisol con la mirada y la señalaba.

Marisol lloraba abrazando a su hija, la cual se tapaba el rostro con las manos.

—¡No quieres eso! ¡Quieres quitármelas! —gritó mientras levantaba el arma y me apuntaba.

Alcé las dos manos en señal de defensa. Si me disparaba en el pecho el chaleco detendría las balas. Si no, pues ya veríamos qué sucedería.

—Javier, tranquilo. Eso no es lo que quiero.

—¡Yo sé que sí! Maldita, eso es lo que quieres. Me quieres arrebatar la familia. Me quieres enviar a la cárcel. Quieres deshacerte de mí. Sé que lleváis meses siguiéndome. ¡Lo sé! —Su mano temblaba y se movía sin control mientras me seguía apuntando con el arma.

Si se disparaba por accidente iba a complicar las cosas.

Mi mente estaba en un carrusel de análisis de escenarios, pensando cómo podría reaccionar en cualquiera de ellos, pero ninguno me preparó para lo que iba a suceder. Se había concentrado tanto en mí, que no se percató de los pasos que tuvo que dar para llegar hasta donde estaba yo. Gracias a eso no se fijó en que Marisol corrió detrás de él.

Javier se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo. No puede detenerlo, pero la adrenalina no me dejó sentir el golpe seco en mi espalda. Mientras estaba tirada en el suelo me apuntó de nuevo con el arma.

—Así es como deberían morir todas las ramera —dijo con una determinación clara en sus ojos.

Estaba a punto de disparar.

Me regaló una sonrisa y cuando quiso apretar el gatillo un fuerte golpe en su rostro le hizo perder el conocimiento y cayó de espaldas. El arma salió volando y se perdió detrás de la isla de la cocina. Marisol le había golpeado con una sartén y lo desarmó.

Me levanté de un salto y cogí a Marisol del brazo para llevarla hacia la puerta. No me fijé en el estado de Javier; mi prioridad eran madre e hija.

Mientras Marisol cogía a su hija del brazo y se acercaban a la puerta, yo servía de escudo humano en caso de que Javier intentara algo. Darle la espalda no era lo más inteligente, pero tenía que protegerlas a toda costa.

Al tiempo que corríamos noté que caía de nuevo. Javier me cogió del robillo y me tiró al suelo. Caí de bruces sin poder hacer nada por detenerlo. Luego él se levantó y estuvo a punto de patearme cuando entonces me di cuenta de dónde estaba colocado.

Miré a Marisol, que estaba cerca de la puerta y aunque estaba asustada le grité:

—¡Los estores!

Me miró y entendió lo que le pedía. Vi una determinación clara de lo que tenía que hacer.

Marisol los abrió de un tirón y González tuvo visual.

Javier se encontraba frente a la ventana, con las luces de la policía alumbrando su rostro asustado. Me miró de nuevo y vi cómo su rostro se transformaba en odio absoluto hacia mí. Se me iba a abalanzar encima cuando el cristal de la ventana se rompió y la bala le hirió en el hombro. Llevó una mano a su herida sin creer en lo que estaba ocurriendo y cayó de espaldas al suelo.

Me volví a levantar y agarré a Marisol y a su hija una vez más, abrí la puerta y las saqué a toda prisa.

Todo el equipo del FBI venía hacia mí para arrestar a Javier y atender a las rehenes.

Los primeros en llegar fueron los servicios de emergencia. Las entregué a los paramédicos que se acercaron y me senté en el suelo frente a la casa, agotada física y mentalmente.

Los paramédicos restantes entraron con el cuerpo policial al lugar donde tan solo un minuto antes Javier estuvo a punto de cometer una locura.

Sin darme cuenta, To se me acercó.

—Otro caso resuelto para la agente Strait. Bravo —dijo, con ese desdén propio de él.

Me aplaudí a mí misma.

To se fue, no sin antes lanzarme una mirada punzante.

De repente vi que Downey caminaba hacia donde yo estaba, arrastrando los pies y con la mirada perdida.

Aquello no auguraba nada bueno.

Downey finalmente llegó a mi posición y me miró con los ojos llenos de lágrimas que se perdían entre la tenue lluvia que seguía cayendo.

—¿Qué sucede, Downey? —pregunté.

Él no respondió.

Estaba en un claro conflicto con la respuesta que iba a darme.

—Janet... Yo... no sé por dónde empezar.

—Sin rodeos —dije con pesadez.

—El cuerpo del East River que te conté...

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Es tu hija.

Para María José y Amanda.

PARTE I

LOS ATAQUES



1

Una explosión del pasado

La botella de ron se estrelló estrepitosamente contra el suelo.

Mis manos temblaban. Aquella escena carecía de sentido. Una negociadora del Departamento de Policía de Nueva York en horario de servicio, escondida en un callejón oscuro con una botella de licor que ya no existía. Si alguien me hubiese visto, habría tenido razones de sobra para denunciarme.

El callejón, como cualquier otro de la ciudad, estaba sucio y su olor me mareaba. Ahí, oculta entre la basura, la cabeza me daba vueltas. El olor se me impregnaba en la ropa.

Intentaba no doblar más los documentos que tenía en las manos, que ya de por sí estaban bastante arrugados.

El corazón me latía muy rápido e intentaba no pensar en las lágrimas que asomaban por mis ojos rojos e hinchados. La vida a veces puede ser un tanto perra. No le importa tu estado de ánimo o tu voluntad de hacer las cosas bien; siempre tiene una «grata sorpresa» a la vuelta de la esquina para ti y cualquiera que ose retarla.

Los papeles al final cedieron. Cayeron al suelo y se mojaron. El líquido que los empapó era una mezcla del licor que acababa de derramar con agua, cuyo origen no quise cuestionarme.

En un intento por salvar la información que contenían, me agaché para recogerlos.

Como si quisiera salvarla.

Quizá ya tenía una copia digital en mi correo electrónico, esperando para atormentarme de nuevo al llegar a casa.

Pude vislumbrar el logo del hospital, un chorro de palabrería que no entendía y, por supuesto, el diagnóstico que me susurraba al oído: «despacio, que la muerte no perdona». El grado del diagnóstico permitía un tratamiento que me podía sacar adelante, pero eso no me garantizaba nada.

Mi pobre estado mental ganaba por mucho a los deseos de recuperación.

Me vi por un momento en el reflejo del agua encharcada del suelo. No podía imaginarme sin mi cabello y lo doloroso que sería aquel tratamiento.

No.

No quería y no debía permitirme una derrota sin luchar.

El olor del callejón volvió a mí en un segundo, gracias a la ráfaga del viento que pasó sin avisar. Igual que el hedor se coló en mis fosas nasales, los recuerdos se metieron en mi cabeza.

Al mirar los resultados no pude evitar pensar en ella. A fin de cuentas, había muerto de lo mismo y también era joven.

«Los jóvenes de hoy en día ya no quieren madurar. Ya no quieren crecer. En un intento por seguir justificando su inmaduro comportamiento, resumen todo lo que dicen, hacen y sienten en la frase de moda: los cuarenta son los nuevos treinta. O peor aún: los treinta son los nuevos veinte. Pero eso es porque no han tenido ningún tipo de experiencia en la vida que les obligue a crecer», me decía.

En mi caso, tenía en mis manos una de aquellas experiencias que me obligaba a tomar una decisión adulta. Debía agregar que no era la primera.

Y debía tomarla pronto, a menos que deseara estar tirada en un callejón para siempre, con mi vida personal acabada y con la posibilidad de morir.

Mi madre se hubiese decepcionado al verme.

«Deja a la vieja descansar», me dije.

Ella había sido una mujer fuerte que logró mantener su matrimonio hasta el día de su muerte y formó una familia que era la envidia de sus amigas. Todas las familias siempre quieren ser sus mejores versiones, pero mueren en las apariencias.

Las palabras que me dijo antes de morir habían resultado proféticas.

«Janet, no mueras sin luchar», me dijo entre lágrimas. Su cama de hospital había sido acomodada para ella del modo que le gustaba. Un poco elevada para evitar el reflujo y con una almohada en los pies. Los doctores querían darle calidad de vida en sus últimos días.

Podía ver la fortaleza de mi madre incluso en sus últimos momentos.

Al final, rodeada de médicos, enfermeras, máquinas y aquel inherente olor a hospital, me despedí de ella sin saber que algún día me tocaría enfrentar lo mismo.

Volví al presente y pensé que quizá debía llamar a mi padre para contárselo, pero no lo llamaba desde Navidad. Además, no quería preocuparlo más. En el último par de años había estado lleno de preocupaciones y cambios en mi vida y en la de todos los que me rodeaban.

Papá hubiera sabido darme un consejo certero y fiable, pero molestarlo en su descanso era contraproducente y yo me hubiese sentido la peor hija.

Una nueva ráfaga pasó azotándome y el mal olor se volvió a colar por mi nariz.

Mirando a mi alrededor, repleto de cubos de basura y desechos de todo tipo en aquel sucio y oscuro callejón, no pude evitar pensar que aquello era la mejor representación que había logrado encontrar de mi vida.

Como todos, tenía secretos y momentos desagradables que podía reconocer en lo que veía en ese callejón.

Desde donde estaba podía ver a las personas caminando en la acera. La envidia me calaba hasta los huesos. Muchos no tenían que enfrentarse a lo mismo que yo.

Como ya era usual, sentía que no había nadie en peor situación que yo y no había nadie que pudiese comparar mis problemas con los suyos.

El frío que hacía esa mañana era el mejor ejemplo de mi estado de ánimo, pero iba a trabajar todos los días como si la vida continuara con normalidad. Mi jefe no podía quejarse. Lo había dado todo, aunque su confianza en mí hubiese disminuido, sentía que aún era buena en lo que hacía, o al menos lo que fui tiempo atrás, cuando aún estaba en el FBI. El jefe Rodríguez me aceptó de vuelta en el Departamento de Policía, pero ya no me daban tantos casos para resolver. Creía que quería darme un poco de espacio para pensar en mis cosas y mi vida.

Si hubiese entendido que el trabajo me ayudaba a no pensar en mis problemas, tal vez no me hubiese tenido en aquella posición, rogando por algunas oportunidades.

Cuando empecé mi carrera como investigadora no era tan buena. En realidad,apestaba lo suficiente como para que me despidieran la primera semana, aunque había sido muy buena en la academia. Pero el jefe Rodríguez siempre tuvo fe ciega en mi trabajo. No sabía si veía un poco de él en mí y por eso luchó contra medio departamento para mantenerme ahí.

Un par de años más tarde empezaron a llegarme los casos más importantes gracias a la experiencia que fui adquiriendo. Debido a mi capacidad de olfato y sentido común, lograba ayudar a sentenciar a más de un bastardo que lo merecía. Llevé negociaciones en tomas de rehenes sin perder una sola vida en toda mi carrera, y la misma tónica se mantuvo cuando me ofrecieron la oportunidad de unirme al FBI.

No todos podían tener aquel récord. Al menos sabía que el jefe Rodríguez no lo tenía, y aquello me llenaba el ego.

Lo que ni el jefe ni nadie sabía es que a veces dudaba un poco de mí misma. Me miraba todos los días frente al espejo, pensando que no era nadie y que no sería nadie en la vida después de lo ocurrido.

¿Quién lo diría?

Terminó siendo cierto, porque mi vida personal resultaba desastrosa, empezando por la parte íntima.

En dos años solo tuve sexo una vez. No tenía con quién hacerlo después de que Brian me dejara. O tal vez sí, pero prefería no llamarle porque él y yo no teníamos ningún vínculo matrimonial. Además, fue solo una noche, después de lo que ocurrió con Brian. Eso hubiese desembocado en complicaciones, y era lo que menos necesitaba.

De eso podía dar fe mi futuro exmarido. Él confió y creyó en mí, pero lo defraudé sin lugar a duda.

Pensé en él un segundo y dudé si llamarlo o no. Saqué el teléfono de mi chaqueta. El reloj marcaba las diez de la mañana. Ya llegaba tarde al trabajo, pero en cuando llegara con aquel resultado en las manos sabía que nadie se quejaría de mi retraso.

Presentía de buena fe lo que iba a acontecer ese día. El jefe Rodríguez derramaría alguna que otra lágrima por mí, me diría que tengo todo su apoyo y que me cogiera unos días libres.

Pensé que tal vez lo haría.

Tenía razones de sobra para quedarme en casa comiendo mal y bebiendo aquel fabuloso vino que había comprado.

A esas alturas de mi vida me importaba lo mismo que el basurero que tenía al lado. Sin embargo, no podía desprenderme del pensamiento de si debía llamar a mi todavía marido. Él, quizá más que nadie, hubiese entendido mi momento. ¿Me habría ayudado? ¿O se compadecería de mí? Siempre sentí un deje de lástima en él cuando me habló de los últimos días que vivimos juntos. Le di todas las razones para no quedarse conmigo.

Lo que más me dolió fue que se llevara a mi pequeño Georgie. Lo necesitaba de nuevo en mi vida, pero sus abogados jamás lo permitían. Solo tenía permiso para verlo una vez a la semana y siempre acompañados de una trabajadora social, hasta que se resolviera el tema legal del divorcio y la patria potestad.

Al parecer, para el gobierno era el peor ejemplo de madre.

Podía sobrevivir llevando cada día mi propia vida a cuestas. No podría sobrevivir jamás si perdía a Georgie y me limitarían a verlo una vez por semana.

Si hacía esa llamada, estaba dándole a mi exmarido todas las armas para que el juez le diera la custodia de una vez por todas; para siempre.

Un matrimonio puede caer de muchas formas y yo tenía la mayor parte de culpa de que nos hubiera sucedido aquello, pero en mi defensa diré que no cualquiera puede soportar la muerte de una hija. Todavía recuerdo la cara de Downey cuando me lo dijo. Su cuerpo de dieciséis años apareció en el East River con todas las señales de abuso que podía albergar, pero con tan pocas pistas que se ordenó el cierre del caso, sin poder resolverlo nunca. Ahí empezó mi caída.

La caída hacia el alcohol y el final de mi matrimonio.

Ni siquiera Georgie, con todo su amor, pudo haberme sacado del agujero en el que estaba en ese momento.

Nada, absolutamente nada podía sacarme del desastre en el que vivía.

Pensé en mi posible muerte y por un instante abracé la posibilidad.

Pero, antes de eso, iba a necesitar levantarme de ahí y buscar otra botella de ron. O tequila. O *Whisky*. Lo que fuese, pero que me alterara los sentidos y me bajara los nervios que se me arremolinaban en la boca del estómago.

Hice acopio de todas mis fuerzas para levantarme e ir de nuevo a la tienda, cuando un fuerte impulso me tiró al suelo.

Pensé que estaba soñando o que me había desmayado.

Sentí un calor sobre mi rostro y llevé la mano allí. Mis dedos estaban rojos. La sangre caía por mi mejilla derecha y no lograba encontrar una explicación.

La explosión había sido muy cerca. Demasiado cerca, pero el callejón de alguna forma me había protegido.

Me levanté con dificultad y empecé a caminar hacia donde había escuchado la detonación. La gente gritaba y corría.

Nueva York tenía fama de no ser segura; eso decía el mundo. Con aquello les estábamos dando la razón a todos.

El humo y el polvo se me metían en los ojos y no lograba ver bien. La gente corría desesperada y, de algún modo, recordé mi entrenamiento. La calma debía ser lo que imperara y no podía ser presa del pánico.

Conforme me acercaba a la zona lograba ver mejor de dónde venía todo aquel desastre.

Era el hotel que estaba a la vuelta de la esquina.

No ardía, pero sí tenía una parte de su fachada dañada. La explosión había sido en varios pisos superiores.

La gente lloraba a mi alrededor.

El análisis de la situación que estaba intentando desarrollar se vio interrumpido por una ráfaga de disparos que oí. Me tiré al suelo, pero luego presté atención y me di cuenta de que las detonaciones sonaban ensordecidas.

No venían del exterior, sino del interior del hotel.

Me levanté con esfuerzo. Mi ropa estaba llena de polvo y mi arma todavía tenía el seguro puesto. La saqué y se lo quité.

Mejor prevenir.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritaba una voz perdida entre escombros y humo.

Quería, pero no podía ayudarlos a todos.

Me topé con alguien que intentaba llamar al 911 sin éxito; su teléfono no daba tono de llamada.

Lo más sensato era ir a la estación, informar de lo que había visto y agruparnos allí para solucionar ese incidente.

Balazos y explosivos en un hotel... No tenía buena pinta.

Justo en ese momento sentí una punzada en el estómago y me detuve.

Olvidé todas mis preocupaciones personales.

Olvidé lo de mi enfermedad y el tratamiento.

Lo olvidé todo, porque recordé que, en aquel hotel, durante aquella semana, se hospedaba el presidente y ahora todo se había ido al carajo.



2

Estupor en la catedral

La línea telefónica seguía muerta.

Ni siquiera daba tono de llamada.

Necesitaba llamar al jefe Rodríguez de inmediato. Aquella información no podía esperar, pero no tenía modo de localizarlo.

Tampoco podía quedarme donde estaba.

Algún que otro dispositivo podría explotar en cualquier momento y ya no pretendía morir aquel día. Al menos, no de esa forma.

Había personas corriendo hacia todas direcciones. El tráfico se paralizó por completo. Muchos dejaron sus coches encendidos. La ciudad de Nueva York recordaba cada día las heridas tan abiertas de eventos pasados. Los que corrían buscaban una salida, un modo de salvarse.

La desesperación imperaba; nadie quería morir.

Yo tampoco, eso estaba claro.

Intenté acercarme de nuevo a la entrada, pero la imagen de una mujer me detuvo. Estaba bajo una estructura de cemento y lloraba con desesperación. Guardé el arma y me acerqué para intentar ayudarla, sin embargo, resultó inútil. La estructura era muy pesada.

—¡Por favor, no me dejes! —Lloraba la mujer.

—No te dejaré. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Patricia.

—Encantada, Patricia, mi nombre es Janet. —Le cogí la mano e intenté calmarla.

—No quiero morir, no quiero morir... —Lloraba.

Su desesperación tan solo hacía que quisiera correr lejos de ese lugar lo más pronto posible. Pero no podía dejarla.

No podía hacerlo.

Sus minutos estaban contados y ambas lo sabíamos.

—Todo saldrá bien, Patricia —mentí—. Mírame.

Su mirada se cruzó con la mía. Pude ver en sus ojos una gran tristeza con una mezcla de miedo. Su mirada empezaba a perderse.

De repente, su mano dejó de apretar la mía.

Patricia había muerto.

Me levanté temblando. El miedo se apoderó de mí. Después de todo, también soy persona. Puedo sentir miedo como cualquier otro.

Pensé por un segundo en Gabriella y en sus últimos momentos.

¿Era aquel miedo que vi en los ojos de Patricia el mismo que había sufrido mi hija?

Cerré los ojos por un segundo para respirar despacio. Sentí que todo a mi alrededor desaparecía. Me concentré en bloquear el mundo exterior, incluso el olor de la explosión. Nunca había tenido que presenciar algo como eso y no pretendía vivirlo de nuevo.

Sus últimas palabras todavía hacían eco en mi cabeza. «No quiero morir. No quiero morir». La injusticia existía y Patricia la había experimentado de primera mano. Imaginé que tenía sueños y anhelos que quería alcanzar algún día. O tal vez ya los estaba cumpliendo y alguien se los arrebató sin más. Sin preguntar ni importarle.

Aquella no podía ser la forma en la que Patricia tenía que morir, pero lo fue.

Mi cabeza seguía dando vueltas.

Ya no sabía si había sido la explosión o la falta de licor en mi sistema. Ambas estaban ocasionando fuertes dolores de cabeza y temblores que no podía controlar.

En un arrebato de valor, recordé que podía ayudar de otra manera, por lo que corrí. Con todo lo que dieron de sí mis piernas, corrí calle arriba en dirección a la quinta avenida. En algún cruce iba a poder doblar por la izquierda y bajar hasta el Departamento de Policía.

Mientras corría, como el resto de las personas que iban a mi alrededor, presas del pánico, sentí el sudor cayendo sobre mi rostro. Aún hacía un poco de frío, pero me sentía acalorada por la adrenalina.

Caminar por la ciudad en una época así ya generaba bastante disconformidad. No solo a los turistas, sino también a los residentes. En ese momento, tener que correr cuando un atentado acababa de tener lugar, era la única posibilidad que jamás hubiese imaginado.

Podía ver y escuchar algunos cambiones de bomberos y ambulancias que pasaban a toda velocidad por las calles aledañas. Me detuve por un segundo porque oía helicópteros cerca.

Alcé la mirada al cielo; ahí estaban. Eran los medios de comunicación. Los odiaba con todo mi ser. Siempre estaban a la espera de una situación o titular que les ayudara a vender tiempo en televisión o espacio en las páginas de un periódico.

La policía siempre ha tenido que lidiar con más de un periodista que se cree listo. De esos

que intentan sobrepasar los límites de la Ley a costa de una buena historia.

No me creía nada lo de «mi trabajo es informar». Siempre lo escuchaba y todas las veces sonaba igual: a mentira.

Conocía muy bien a los reporteros de la ciudad, y ellos a mí. Nos teníamos un odio tácito que se generaba de una simbiosis extraña. Ambos nos necesitamos de vez en cuando.

Sentí una extraña vibración muy fuerte cerca de mi pierna. Venía de mi cintura. Lo había olvidado por completo, pero ahí estaba. La posibilidad de comunicarme en un solo sentido con el jefe Rodríguez.

El *beeper* que nos entregaba el Departamento de Policía cuando estábamos de servicio para enviarnos mensajes siguió vibrando, esperando a que su recién llegado mensaje fuese leído por el receptor al que iba dirigido. En aquel caso, a mí.

Ataque terrorista. Te necesito en la estación. R.

«¿Ataque terrorista? Es peor de lo que imaginaba», pensé.

Empecé a correr de nuevo. Iba a llegar muy agitada y sudando, además de repleta de sangre seca. Por fortuna, siempre tenía ropa de recambio en la estación para cualquier situación que surgiera.

Los pies me respondían de alguna forma. No sabría explicar cómo, simplemente sentía que se movían y que mi mente era la que tenía el control de lo que debía hacer.

De pronto recordé a Georgie.

Cogí el teléfono móvil y marqué el número de Brian porque me lo sabía de memoria. Lo había borrado en un arranque de ira durante nuestra última discusión. No lo necesitaba más y no pretendía llamarlo, sin embargo, aquella era una situación muy distinta.

Tenía la esperanza de que diera tono, pero, por supuesto, no había señal. Mientras pensaba en esa discusión que tuvimos, noté algo sobrevolar mi cabeza. Me detuve, porque el sonido de hélices girando me llamó la atención. No eran hélices grandes y pesadas de helicóptero. No. Aquellas eran de un tipo muy nuevo que no muchos estaban acostumbrados a oír.

Un dron.

Cargaba algo.

Me encontraba en el cruce que daba a la Catedral de San Patricio de Nueva York, así que me acerqué a la esquina entre el East 50th Street y Madison Avenue.

El dron llevaba una especie de caja, pero a simple vista no podía identificar qué era.

En otras circunstancias hubiese pensado que era un plan piloto de alguna de esas empresas que no estaban reguladas por las leyes aeronáuticas y que deberían estarlo.

El dron se detuvo frente a la Catedral y en un aterrizaje suave se posó sobre el suelo con la caja. La entrada estaba vacía por completo. Aún había personas corriendo en todas direcciones, por lo que era muy complicado acercarse a la Catedral. Una bomba en un hotel era sinónimo de pánico en la ciudad. Nueva York estaba profundamente herida y cualquier eventualidad generaba pánico en las masas después del 9/11. Significaba nadar contracorriente en el mar de personas que venían hacia mí.

Me detuve un segundo porque el dron se apagó por completo y dejó de moverse, lo que hizo todavía más sospechosa la situación.

Dudé de nuevo. ¿Debía acercarme? ¿Debía correr? No podía siquiera informar de aquel paquete sospechoso. Mi entrenamiento sobre explosivos estaba algo oxidado, pues nunca me había tocado enfrentarme a una situación así.

Una mujer que corría cayó frente a mí. La ayudé a levantarse y pude ver en ella el mismo miedo que había visto en Patricia. Ese miedo a lo desconocido y a lo que es muy probable que sea una muerte rápida que acabe con todo lo que construimos a lo largo de nuestras vidas.

Quise preguntarle si estaba bien. Al menos eso me hubiese hecho sentir tranquila. El miedo seguía en su mirada y su expresión me aterrorizó, pero no llegué a preguntarle nada. Un ruido sordo y una luz muy potente me cegaron por completo.

Logré cubrirme el rostro con los brazos para evitar que algo me entrara en los ojos. Ni siquiera eso me protegió de la siguiente onda expansiva que experimenté aquel día, en cuestión de una hora.

Noté que mis pies se despegaron del suelo y sentí que volaba. En ese momento no tenía un callejón que me protegiera. Lo siguiente que noté fue un duro golpe en mi espalda que iba a recordar siempre.

A pesar de mis esfuerzos, mi rostro acarició la acera caliente y sentí la sangre rodando por mi mejilla de nuevo. Con mucho esfuerzo, tanteé para saber el origen y descubrí que me había roto la ceja por el golpe. Cuando me giré para mirar había mucha gente a mi alrededor, en el suelo. Tenía a la mujer a la que había ayudado encima de mis piernas.

Se movía, aquello era buena señal.

Sentí que mis oídos no iban a soportar más explosiones. Podía escuchar, pero un pitido me anunciaba que un dolor de cabeza todavía más fuerte se aproximaba y no me dejaría en paz ni con analgésicos. Aquella era la mala señal del día.

No había duda, el olor a explosivo activó cada uno de mis sentidos. El dron cargaba la bomba. Alguien lo utilizó para que hiciera el trabajo sucio. ¿Qué diablos significaba todo aquello? ¿Quién estaba detrás de todo?

Mis oídos seguían sin poder recuperar del todo su funcionalidad, aunque no había estado tan cerca para experimentar un final feroz y rápido.

Logré ver personas más cerca de la entrada, inmóviles en el suelo. Ellos no habían tenido tanta suerte.

Me paralicé de nuevo y mis inseguridades me atacaron, haciendo de las suyas. Quería llorar, también tenía miedo. No por ser policía podía evitar sentir que no iba a salir con vida de aquello, con lo que fuese que faltaba por suceder.

Volví la mirada a la Catedral para encontrar una fachada completamente dañada, con restos de material por todos lados. Había sido afortunada de que un trozo de roca no me aplastara la cabeza.

Cerré los ojos de nuevo. Respiré profundamente. Aquello era lo que había aprendido en la terapia que estuve haciendo ese año. Los ataques de pánico y ansiedad eran mi pan de cada día.

No me cabía duda de que la psicóloga, la doctora White, aprendió el arte de la paciencia conmigo. Yo lo sabía y aunque ella no me lo dijera, sabía que así era. También era consciente de que iba mucha gente con casos más difíciles que el mío, y con más mierda para resolver en su vida, pero yo era una paciente difícil.

Ella me enseñó qué hacer si me sentía presa de algún ataque que me afectara en algún

momento determinado, y ese era el momento justo para usar la técnica.

Estaba logrando calmar mis sentidos cuando un pensamiento de investigadora me cruzó la mente. Habían atacado el hotel porque ahí estaba el presidente, pero también atacaron la Catedral Vanderbilt.

Aquello no podía ser coincidencia.

Recordé que iba hacia el Departamento de Policía; el jefe Rodríguez nos esperaba a todos entre tanto desastre.

El *beeper* de la estación vibró de nuevo.

«Maldita sea».

Aquello no podía ser bueno.

Con la mano aún temblándome y dispuesta a aceptar la mala noticia que aquel mensaje trajera, empecé a leer.

Mi mente se quedó en blanco. Nada de lo que estaba sucediendo tenía sentido.

Necesitaba entender.

Volví a leer para confirmar que aquello era lo que había leído:

¿Dónde estás? Situación crítica. Presidente como rehén.

Servicio secreto muerto. Terrorista hizo contacto. R.



3

El equipo soñado

No sé cómo logré llegar a la estación de policía. Crucé la puerta principal y tuve la esperanza de que alguien me diera respuestas al desastre que parecía marcar a todos los que trabajábamos ahí.

El lado derecho de mi rostro estaba sucio y con sangre seca. Mis oídos habían mejorado y mis ojos veían a la perfección. Me sentía afortunada de estar viva y poder tener información que ayudara a movilizar todo lo que, estaba segura, iba a llegar en cualquier momento.

Aún no tenía noticias de mi marido o de Georgie. No quería parecer preocupada todavía; él tenía un sentido común más afinado que el mío. Además, en mi familia, los protocolos son muy claros en estas situaciones, aunque no estuviésemos bajo el mismo techo.

Me sentía descolocada. La noticia que recibí por la mañana, aunada a los ataques que presencié, me tenían muy impactada y en un recurrente estado de *shock* del que tal vez no saldría en los siguientes minutos.

Sin embargo, eso se acabó en el momento en el que observé el hervidero de la estación. Había movilización por todos los rincones. Podía ver compañeros yendo y viniendo, saliendo y entrando. Era lo menos que podía esperar en una situación así.

A lo lejos vi a Lloyd caminando con el jefe Rodríguez. Hablaban con la preocupación en sus rostros. Lo podía saber por el ceño fruncido de ambos. Lloyd era una persona calculadora y un

estratega nato. Estaba al cargo del equipo de choque conformado por agentes entrenados y francotiradores. El equipo de Lloyd era el orgullo del Departamento de Policía de Nueva York y él era el más capacitado para liderarlo. Además, era un marido en condiciones. Lauren ganó la lotería cuando se casó con él.

Además de todo eso, podía llamarlo amigo.

Cuando estuve a punto de gritarle al jefe para que viniera, Linda, la recepcionista, lo hizo. Mucho antes de emitir un solo sonido siquiera, supe que no tenía buen aspecto.

—¡Janet! —Sus manos cubrían su rostro horrorizado.

—Estoy bien —mentí.

—Déjame ayudarte. ¿Has estado cerca de alguno de los ataques?

—De los dos —confirmé—. Parece que es un día interesante para mí y para media ciudad.

—¿En ambos? —Su mirada reflejaba lo surrealista que todo aquello sonaba, incluso para mí.

—No bromearía con algo así —dije un tanto impaciente.

—Siéntate aquí. Iré a por el jefe Rodríguez y a por algo para limpiarte y curarte —dijo mientras me cogía de la mano para llevarme a la sala de espera en la recepción de la estación.

Linda se perdió en cuestión de segundos. Era una mujer dulce y buena, aunque también era un poco entrometida de vez en cuando, sus modales y cariño hacia el resto de la estación la convertían en alguien querido por todos. Era como una madre para nosotros. Sus casi cincuenta años se le reflejaban en el rostro y especialmente en su modo de andar, que era pausado, pero firme.

El falso techo de la estación se encontraba un poco dañado por el tiempo. Apoyé la cabeza en la pared mientras veía ese detalle. El presupuesto del departamento siempre era amplio, pero quizá no lo suficiente como para cubrir aquel tipo de necesidades. El gobernador siempre prefería enfocarse en cuestiones de seguridad donde fuese necesario. El alcalde... El alcalde era otra historia a la que no dedicaría ese momento de mi vida.

Linda volvió con gasas y alcohol.

Tras ella llegó corriendo el jefe Rodríguez acompañado de Lloyd.

—Aquí está, jefe —le dijo Linda, señalándome.

—¡Joder, Janet! ¿Qué te ha pasado? —inquirió mientras movía su mano derecha de arriba abajo y apoyaba su mano izquierda en la cintura.

Era un hombre de casi dos metros y con una presencia imponente frente al resto. Su piel oscura era perfecta.

—Janet, ¿estás b...? —dijo Lloyd antes de que lo interrumpiera.

—Estoy bien, estoy bien. Nada de lo que preocuparse. Solo unos rasguños y golpes, pero creo que estaré bien —respondí.

Linda me limpiaba el rostro con algodón impregnado de alcohol, el cual no supe de dónde lo sacó. El olor que me llegó despertó mi sed amarga de licor. Necesitaba un trago.

—Estamos preparando el choque y asedio para el hotel donde está el terrorista —informó el jefe—. Todo sucedió en el cruce entre...

—Sé dónde fue exactamente. Estuve ahí. Había mucha gente herida y daños importantes.

—También hubo otro en... —intentó decir de nuevo el jefe.

—La Catedral de San Patricio —respondí cortante—. Lo sé. También estuve ahí.

—¿Qué cojones, Janet? —Lloyd estaba atónito.

—Tuve la *suerte* de estar cerca del atentado del hotel. Justo en el momento en el que me acercaba, recordé que era donde se había hospedado el presidente esta semana —les expliqué—, entonces me levanté y corrí para venir aquí. Iba subiendo hacia la quinta avenida cuando la Catedral explotó. Alcancé a ver algo que me intrigó mucho.

—¿Qué viste? —preguntó Lloyd, agachándose curioso hasta estar a la altura de mi rostro mientras yo seguía sentada en aquella silla y Linda me curaba en silencio.

Empecé a explicarles lo del dron que había visto y la caja que llevaba. Cuando terminé, ambos estaban atónitos y con más dudas que respuestas.

Lloyd se levantó y miró al jefe Rodríguez.

—No sé qué pensar de todo esto. Hay muchas piezas en movimiento.

—Necesitamos que venga hoy. Esto quizá confirme nuestras sospechas —expresó el jefe mientras movía la cabeza con desaprobación.

Linda me pasó alcohol por un lugar que me dolió y maldije.

—Jefe, es el aniversario de la muerte de su hermana —respondió Lloyd.

Lo más probable fue que ambos vieran la duda en mi rostro, ya que decidieron darme más información.

—Creemos que el terrorista es alguien con conocimiento muy avanzado en tecnología. Se comunicó con nosotros mediante una frecuencia que no hemos logrado captar ni cruzar —empezó a explicar Lloyd—. Sabemos que está atrincherado porque él mismo nos lo ha dicho. Quiere que así sea y creemos que, dadas las circunstancias, el mejor para lidiar con esto desde la parte tecnológica es... Downey. Solo que él nunca trabaja en el aniversario de la muerte de su hermana y tú lo sabes.

—Estamos bajo ataque. Downey no dudará en ayudarnos —afirmó el jefe.

—Estoy de acuerdo —dije con firmeza.

—Intentaré llamarlo, entonces —respondió Lloyd.

El silencio siguió a ese comentario. Crucé la mirada con Rodríguez, quien la apartó de inmediato y empezó a mirar el suelo. Ese gesto no auguraba nada bueno.

—Hay otra cosa —dijo.

—No quiero más malas noticias —dije casi al mismo tiempo en el que Linda me limpiaba la sangre seca del rostro.

—El terrorista se comunicó con nosotros mediante videollamada. Hackeó todo el sistema de seguridad que tenemos —empezó a explicar—. Lo que nos ha parecido más curioso es que nos mostró su rostro. Hemos hecho fotografías para cruzarlas con las bases de datos de la Interpol y Europol. No nos sorprende, pero no aparece en ningún lado. Ni siquiera un alias. Nada.

—Bueno, alguien ha de ser. No puede andar por la vida detonando explosivos sin tener una identidad. Este tipo de terroristas son amantes de ser conocidos y de que sepamos qué quieren o buscan. No tardará mucho en expresarnos sus intenciones y de exponer un manifiesto —respondí.

Mi modo de hablar en ese momento fue por completo distinto al de hacía dos horas. Me sentía segura de mí y capaz de cualquier cosa. Era mi antiguo yo.

—Qué bien que menciones eso, porque hizo una solicitud y, para ser honesto, esperábamos que fueses tú la que nos dijera cuáles son sus intenciones —dijo el jefe.

—¿Disculpe? —pregunté atónita.

Lloyd fue el siguiente en hablar.

—Él pidió que fueses tú la que llevara la negociación —dijo—. Nos amenazó con ejecutar al presidente y volar media ciudad si no eras tú, específicamente, la que negociara con él.

Me quedé en silencio. No supe qué decir. Miré el suelo y aparté a Linda, que me seguía curando con ímpetu.

—Linda, querida, creo que ya estoy bien.

Ella me miró unos segundos, entendió lo que le dije y se levantó con dificultad, marchándose de allí.

—Ven con nosotros —dijo el jefe—. Hablemos en privado.

Lloyd, el jefe y yo nos dirigimos hacia la sala de interrogatorios. En ocasiones nos reuníamos ahí para charlar. Era un espacio tranquilo en el que podíamos discutir temas importantes sin ser interrumpidos. Había una especie de respeto tácito en todo aquello. Si nos veían ahí reunidos, el departamento entero sabía que no debían molestarnos porque lo que se discutía era algo grande.

En aquel momento no fue la excepción, pero mi mente estaba atrapada en otro pensamiento. Me intrigaba saber por qué el terrorista me había pedido a mí como negociadora. El alma me cayó a los pies. Desde que volví del FBI tuve lagunas, incluyendo los pocos casos que llevé. Las principales razones fueron mi estado de ánimo y mi vida personal. No lograba concentrarme en el trabajo y esas cosas requieren de extremo cuidado. El jefe no lo permitiría.

Además de todo eso, nosotros no negociamos con terroristas. Es una máxima y es la palabra final. Tenía al presidente y nuestro deber era intentar salvarle la vida, pero ¿negociar?

Todo era muy confuso y esperaba que el jefe me pudiera aclarar todo aquello. Siempre fue una persona dulce conmigo, casi paternal. Ese día, sin embargo, no creí que estuviera para tratarme con delicadeza.

Mientras entrábamos a la sala de interrogatorios sentí de nuevo la necesidad de beber alcohol. Mi mano derecha empezó a temblar y me mareé un poco. Todo aquello parecía un mal sueño. Una pesadilla de la que no podía despertar.

—Janet, seré honesto contigo: puede ser una trampa —dijo el jefe mientras cerraba la puerta. Se sentó en una silla y continuó hablando—. Nosotros no negociamos con terroristas, ya lo sabes. Sin embargo, es una situación especial que requiere de toda nuestra atención e intención de salvar al presidente. El FBI, el Servicio Secreto, el ejército... todos quieren hacerse cargo del caso y están luchando por la jurisdicción, pero dadas las circunstancias de la petición del terrorista, creen que debemos seguir la trampa hasta donde podamos para entender de qué se trata todo esto. El general Williamson, la máxima autoridad del ejército, piensa que debemos ser cuidadosos y darte las herramientas que necesites para hablar con el terrorista. Él enfatizó mucho en que debes llevar tú el caso.

—Jefe, necesito esto —dije.

—No creo que sea bue...

—Alejandro, por favor. —Casi sonó a súplica.

Cuando íbamos hacia la sala de interrogatorios le di vueltas a la cabeza. Era mi oportunidad para demostrar que no era una mujer vulnerable, sino fuerte. Necesitaba sentir confianza en mí misma de nuevo, y estar de vuelta en el campo de acción quizá me ayudara.

—Janet, ¿estás en tu mejor momento? —preguntó el jefe.

En un segundo pasó por mi mente el resultado del examen médico. Lloyd no decía ni una sola

palabra, solo nos miraba al jefe Rodríguez y a mí.

—No puedo pensar en un momento mejor que este —mentí. El jefe seguía dudando; lo podía leer en su mirada—. Sé que no tengo el mejor aspecto —Me señalé de pies a cabeza—, pero estoy lista. Déjeme liderar y preparar el equipo. Puedo hacerlo.

El jefe dudó un segundo más, miró a Lloyd y después agregó:

—Quiero que sepas que estoy en contra y que no creo que sea buena idea, pero tampoco queremos arriesgar la vida del presidente. Además, ya tenemos el visto bueno de Washington, así que tienes treinta minutos antes de que salgamos hacia el lugar del incidente —dijo mientras se levantaba.

Se detuvo en la puerta, me miró y se fue.

Lloyd sonrió.

—Bienvenida de nuevo, Janet —dijo mientras me abrazaba—. Ahora prepara el equipo soñado, el que nos ayude a salir de esta y nos lleve a ganarle la batalla a ese cabrón.

—Gracias, Lloyd —respondí mientras pensaba en varios nombres.

—¿Quiénes serán? —preguntó Lloyd—. Me encargaré de reunirlos.

—Quiero a Clayton, Loría, Smith, Walker, Downey y, por supuesto, a ti. Necesito músculo en esta operación y eres el mejor.

Lloyd volvió a sonreír, dio media vuelta y se marchó.

Me odiaba por tener que traer a Downey justo en ese momento y sacarlo de un día que era importante para él, pero era necesario. Él era el cerebro que podía ayudarnos a contraatacar.

Noté que mi pierna vibraba de nuevo. No era el *beeper*, sino mi móvil. Por alguna extraña razón funcionaba en ese momento y era capaz de recibir mensajes. Aquello llamó mi atención.

Leí el mensaje:

Hola, Janet. Estoy viendo las noticias.

Quería asegurarme de que estás bien.

Un abrazo. Brandon.

Hacía meses que no hablaba con Brandon. Era otro *hacker* increíble al que conocía, además de Downey, y la piedra con la que tropecé. Una persona dulce y atenta que siempre estuvo enamorada de mí, además, graduado con honores en Harvard. Lo que cualquiera soñaría. Pero yo no. Yo seguía enamorada de mi marido, por lo que cualquier intento por parte de Brandon resultaba en rechazo. Al menos, casi todos los intentos, pero no quería recordar el desliz de aquella noche.

Fui a mi taquilla y busqué ropa de recambio. Me di una ducha rápida y me preparé para lo que íbamos a hacer. Me coloqué la Glock 37 en la cintura, la placa colgando del cuello, conecté el intercomunicador, me lo coloqué en la oreja y salí.

Veinte minutos después, cuando llegué con el equipo, ya estaban todos ahí.

No faltó ninguno.

En aquel momento sentí de nuevo la seguridad que llevaba tiempo buscando y dije:

—Hora del espectáculo, chicos.



4

Publicidad de oro

El helicóptero que sobrevolaba nuestro desfile policial marcaba el paso a todas las patrullas con su sonora maquinaria. No era el único en el aire; los medios de comunicación y otros tantos equipos de seguridad policial patrullaban cada detalle y cubrían cada momento de lo que sucedía aquel día.

No se veían más personas en la ciudad. Era extraño ver vehículos abandonados a su suerte en las anchas calles de la urbe, pero la alerta de dos bombas había puesto en manifiesto la intensidad con la que vive la ciudad en eventos así. Aún podía sentir el momento de pánico de las personas que gritaban hacía apenas una hora.

Si cerraba los ojos y me concentraba lo suficiente, todavía podía oírlo. La bomba... o más bien las bombas. Los civiles corriendo en todas direcciones, luchando por sobrevivir. Y, por supuesto, Patricia gritando que no quería morir. Todo ese día fue doloroso desde que empezó.

El helicóptero viró sobre nosotros y seguimos por otra calle. Tuvimos que tomar todo tipo de atajos para poder llegar al lugar de la negociación. El hotel estaba a unas calles de la estación, pero los vehículos abandonados complicaban el acceso rápido a nuestro destino.

Nueva York entró en un apagón total. Las empresas despacharon a todos sus empleados con el único objetivo de salvaguardar su integridad. Fue como si la ciudad hubiese sido abandonada

de la noche a la mañana.

Mientras iba en el coche patrulla que conducía Lloyd, vi de nuevo los helicópteros de los medios de comunicación. Justo en ese momento un rayo de sol casi meridiano me cegó por un segundo y aparté la mirada.

Me vino una idea a la cabeza y no pude ignorarla.

Sentí un extraño alivio, como si algunos de mis problemas se hubiesen solucionado en aquel momento. Estaba tan concentrada en la oportunidad de poder brillar como antes, que había olvidado por completo lo que todos aquellos eventos significaban.

En muchas ocasiones no logramos dimensionar los momentos más importantes de nuestras vidas. No les damos el *momentum* o la exposición necesaria y por eso no valoramos las oportunidades que se nos presentan.

Sonreí por un instante.

Y fue una sonrisa de satisfacción conmigo misma. Ojalá esa satisfacción hubiese conocido mis inseguridades diarias desde que murió Gabriella, así, quizá, mi vida hubiese sido muy distinta.

El presidente era rehén de un terrorista que había bombardeado la ciudad de Nueva York. Los medios nacionales estaban transmitiendo la situación. Y no lo transmitían de costa a costa, sino al mundo entero.

Los ojos de todos estaban sobre la ciudad y el país.

Pero lo más importante de todo es que yo estaba al cargo de aquella misión.

El mundo sabría mi nombre y que fui yo la que estaba al frente.

Olvidé mi diagnóstico médico.

Olvidé la inseguridad que sentía por la mañana.

Solo pensé en una cosa, que fue la que me permitió seguir adelante mientras escuchaba los helicópteros sobre nosotros: si todo eso salía bien, no habría juez en el mundo que me impidiera quedarme con Georgie.

Era todo lo que me importaba y lo que me hizo sonreír.

El jefe Rodríguez me confirmó que, por protocolo, mi marido y Georgie estaban siendo trasladados a una localización segura debido al impacto mediático que iba a tener yo y por mi posición dentro del Departamento de Policía desde que volví de mi retiro forzado después de dejar el FBI. *Forzado*, porque mis superiores pensaron que no tenía la estabilidad mental necesaria para dirigir más casos de tan alto calibre.

Mi familia era mi prioridad. Aunque no estuviésemos juntos, siempre preví que podía llegar un momento así y que ellos iban a requerir toda la seguridad y cuidado que les pudiese brindar. Tal vez mi inseguridad me volvía paranoica algunas veces, pero si algo le pasaba a Georgie, me moriría.

No quería perder a otro hijo.

No así.

No aquel día.

No en manos de algún tipo que se creía importante.

Me imaginé saliendo victoriosa de todo lo que estaba por venir. Me veía llegando al juzgado y siendo felicitada por el juez mientras me concedía la custodia de Georgie. Podríamos planear las vacaciones e irnos allá donde quisiéramos. Siempre quiso conocer Londres. A su corta edad

ya conocía, por fotos, muchos lugares del mundo que quería visitar en persona.

Si todo salía bien, podría llevarlo donde él quisiera. Perdernos los dos durante algún tiempo mientras recorríamos el mundo, sin nadie que nos detuviera ni batallas legales de por medio que frenaran nuestros sueños.

Hace falta tener un hijo para entender lo que estarías dispuesta a hacer.

Lo amaba sobre todas las cosas y sobre todo el mundo.

Al igual que Georgie, Gabriella fue muy importante para mí y no había día que no la echara de menos.

Su decimosexto cumpleaños estaba muy cerca cuando aquel río mostró el cuerpo de mi hija sin previo aviso. Cuando Downey me contó que aquel cuerpo era el de Gabriella, me hizo perder la cordura. Y cuando reconocí el cuerpo en la morgue sentí que toda esa experiencia era surreal.

Como si no estuviese ahí.

Como si todo lo que estaba pasando no fuese para mí.

Era otra persona.

Pero la realidad es cruel y la vida todavía más.

Gracias a eso, la relación con mi marido acabó de desmoronarse y se inició un conflicto que nunca terminaba. Era como si fuésemos un par de extraños.

Yo no hacía más que culparme y mi marido insistía en que no era culpa mía. Yo no me dejaba ayudar. Me seguía culpando a mí misma en cada discusión y en cada mala decisión que había tomado como madre. Deseaba volver atrás en el tiempo para compartir más tiempo juntas.

Hubiese sido maravilloso poder hacerlo, pero era imposible.

No podía ir por ahí viviendo de los «hubiera».

Quisiera decir que solo fue culpa mía, pero él también empezó a actuar de un modo extraño. Lo atribuí a la situación a la que nos estábamos enfrentando.

Él nunca volvió a ser el mismo.

Ni consigo mismo ni conmigo.

Pero el tiempo había pasado y ya no estábamos juntos. No lo necesitaba.

Soy una mujer fuerte. No necesito a ningún hombre para saber que valgo. La única aceptación que me importa es la que tengo conmigo misma y es, al mismo tiempo, la más difícil de conseguir. Pero la oportunidad de lograr mi propia confianza estaba ahí. El jefe Rodríguez confió tanto en mí que me estaba dando la oportunidad de volver a las andadas a sabiendas de mi situación.

Había llegado el momento de demostrar mi fortaleza.

Pensé en Downey. Pobre. Trabajando en el aniversario de la muerte de su hermana. Aun así, se presentó en cuestión de minutos para ayudarme. No podía decepcionarlo. Ni a él ni a ninguno del equipo.

Mi mente aterrizó y recordé que el terrorista me había pedido a mí. Exclusivamente a mí. ¿Quién era? ¿De qué me conocía? ¿Era alguien a quien yo conocía?

De tanto pensar en *hackers* recordé a Brandon. Jamás debí haber llegado bebida a su casa aquella noche. Pero me sentía tan sola... Mi marido ya se había ido de casa con Georgie y no tenía a nadie.

Llamé a su puerta y abrió.

Me miró con ternura, me abrazó y me invitó a pasar.

Cenamos, charlamos, tomamos vino a mansalva. Creo que los dos nos sentíamos bastante solos aquella noche. Fui yo la que dio el primer paso.

—Quisiera besar esos labios tan increíbles que tienes —le dije.

—Quisiera que lo hicieras —respondió.

Me abalancé sobre él sin pensarlo. El alcohol que recorría mis venas me ayudó a tener el valor suficiente para hacerlo.

Me desnudé y le quité la ropa. Nos tiramos sobre la alfombra frente a la chimenea. Su abdomen marcado se colocó sobre mí y le rodeé la cintura con las piernas. Era mi invitación para que me penetrara y me ayudara a olvidar lo ridícula que era mi vida en aquel momento. El placer se apoderó de mí y lo siguiente que recuerdo fue despertar junto a él, todavía desnudos sobre la alfombra.

La resaca moral que tenía fue más fuerte que la del alcohol. Me vestí de inmediato y me fui. No quería darle la oportunidad de culpar al alcohol o que me insinuara algún tipo de relación. Para mí solo había sido un momento para olvidarlo todo por una noche.

Interrumpí mis pensamientos, pues la patrulla se acercaba con rapidez a las barricadas y carpas que habían montado cerca del hotel donde fue el primer ataque. Se veían los importantes daños que la bomba ocasionó en los pisos superiores del inmueble. La fachada estaba igual de dañada que horas antes.

También había ambulancias y bomberos.

Por protocolo, las ambulancias aguardaban a cierta distancia por posibles incidentes de terrorismo, sin embargo, no había ni rastro de más cuerpos. Parecía que habían logrado negociar para recoger los cadáveres. En especial, por los medios de comunicación y su hambre voraz de «informar».

Bajé del vehículo y se me acercaron varias personas de inmediato. Uno de ellos, Smith, quien venía con el informe de la situación.

—Janet —saludó.

—Infórmame —respondí.

Él entendía que era mi modo de decir «hola» en un momento como ese.

No dudó.

—Tenemos un terrorista no identificado. Todavía no tenemos las grabaciones de la calle, pero pronto estarán aquí para analizarlas. Queremos estudiar su rostro y registrarlo en las bases de datos. Quizá encontremos una coincidencia.

—El jefe Rodríguez mencionó que su rostro no había dado ningún resultado con las imágenes del primer contacto —aseguré.

Smith asintió con la cabeza.

—Seguiré buscando alguna pista que nos permita saber con quién estamos lidiando.

—¿Qué más tenemos?

—El Servicio Secreto está liquidado. No quedó nadie con vida. No entendemos cómo, pero de alguna manera se infiltró y se deshizo de todos los agentes. El hotel fue evacuado desde hace horas por las mismas alarmas de seguridad.

—¿Y dónde se encuentra ahora? —pregunté.

Smith alzó una ceja, como preparándose para darme una sorpresa.

—Está en el vestíbulo del hotel, sentado, con el presidente de rodillas a su lado.

—¿El presidente está en riesgo visible de muerte?

—Eso depende —dijo Smith.

—¿De qué? —Mi impaciencia se estaba dejando ver.

—De si el presidente logra aguantar. Tiene explosivos de presión en sus rodillas y están conectados a un chaleco con material explosivo —respondió Smith—. Tenemos visibilidad de ambos, pues las puertas del hotel son de cristal.

—¿Podríamos atravesarlo con un francotirador?

—Imposible. El grosor del cristal no permitiría que la bala lo atravesase.

Debía ser alguien muy especializado. Ya había visto el dron sobrevolar con la caja y ahora estaba tras un cristal imposible de atravesar con una bala. Aquello me sonaba a minuciosa premeditación.

Mientras caminaba con Smith hacia la carpa, mi móvil volvió a sonar.

Alguien llamaba desde un número desconocido.

Colgué.

Volvió a llamar y colgué de nuevo.

No entendía qué sucedía aquel día. Algunas llamadas y mensajes llegaban, pero yo no podía realizarlas.

La llamada entró por tercera vez y decidí responder.

—Diga.

—Buenas tardes, agente Strait —dijo la voz al otro lado de la línea—. Aún la llaman agente, ¿no? Incluso después de haber sido expulsada del FBI.

—¿Quién e...? —Mi pregunta no tuvo final, pues comprendí lo que ocurría en cuestión de pocos segundos.

Corrí por la acera frente al hotel, al otro lado de la calle, y me coloqué junto a la carpa que habían montado. La ancha calle nos separaba y ahí estaba: el terrorista responsable de aquel día tan complicado, al otro lado de la puerta de cristal del vestíbulo. Sostenía un móvil en la mano con el altavoz puesto.

Volvió a hablar con una sonrisa en su rostro y lo siguiente que dijo iba a ser muy profético:

—Bienvenida a un día de revelaciones interesantes.



5

El fallo de la negociadora

Sonreí también.

Nadie iba a amedrentarme.

Tenía que verme fuerte y hacerlo sentir intimidado de alguna forma, aunque nos llevara un poco de ventaja en aquel momento, pues no entendíamos del todo la situación.

—Nosotros no negociamos con terroristas —respondí, manteniendo la compostura.

—Janet... —Torció la sonrisa—, para empezar a entendernos debemos ser amables el uno con el otro. El primer paso de una negociación es la empatía. No lo olvides.

Ese comentario me demostraba más de lo que el mismo terrorista hubiese pensado. Él sabía lo que hacía, no había duda de eso, pero había algo más. Un estudio profundo de aquella situación con meses, o incluso años de antelación. Al menos, aquella era mi hipótesis.

—Es cierto que vosotros no negociáis con terroristas —continuó—, pero yo no soy cualquier «terrorista». Me atrevería a decir que ese título me queda muy grande ahora mismo. Soy un simple mensajero que trae la palabra que nos liberará.

—¿El mensaje es religioso, entonces? —pregunté burlona.

—Para serte franco, ni de lejos. —Su sonrisa de perlas blancas me impactó.

Por lo que podía ver se trataba de un hombre no mayor de veinticinco años. Era alguien

joven, alto, atractivo, con buen físico y una sonrisa encantadora. Además, su acento me parecía curioso. Sonaba a nacional, pero con leves tintes de acento, casi imperceptibles. Terrorismo doméstico. Eso no tenía nada que ver con un manifiesto religioso. Ese no era el punto.

La intriga cada vez era mayor.

—¿De qué se trata tu mensaje, entonces? —le inquirí, sabiendo que un gran giro de los acontecimientos estaba a la vuelta de la esquina.

—Resulta que soy muy bueno para contar historias, Janet, y las verdades que vas a oír tienen que ver con dar un manifiesto de otro tipo —respondió.

—No tengo tiempo para manifiestos de ningún tipo.

—Agente Strait..., hoy lo tendrá. Le puedo asegurar con la mano en el corazón —Colocó su mano izquierda en el pecho—, que mi mensaje va a tocar la fibra de todos los presentes. Tú incluida.

—La justicia siempre tiene formas creativas de llegar. Llegará hoy o en otro momento, pero llegará. De eso estoy segura —respondí.

Sonrió de nuevo.

La siguiente pregunta que hizo me sacó por completo del control que creía tener sobre la situación.

—¿No te interesa saber por qué tú, Janet?

Me quedé en blanco. No supe qué responder y él fue consciente al instante. Sostenía el teléfono con mi mano derecha; la izquierda temblaba un poco por la ira. Mi deseo más grande era incrustar una bala en la frente de aquel idiota, pero la curiosidad y las ganas de ver cómo se desarrollaba aquella situación del modo más orgánico posible, me ganaban. Sin contar con que hubiese quedado en ridículo disparando contra un cristal de protección.

Estaba más que segura de que me conocía de alguna investigación antigua o entrevista de televisión. A veces salía haciendo declaraciones por asesinatos o investigaciones en curso. No era nuevo. Así supo mi nombre.

Al menos, eso quería creer.

Mi cabeza empezó a dar vueltas de nuevo, pero no como para desmayarme. No delante de él. No por culpa del licor que mi sistema aún pedía a gritos.

—Una petición cualquiera. Todos en la ciudad reconocen mi nombre si han visto las noticias locales. No es ninguna sorpresa. A veces estoy muy solicitada por psicópatas como tú. —Le sonreí mientras le dije aquello.

—Una agente popular en su ciudad, en efecto. Pero no —dijo—. Por el momento lo dejaremos así. Sería muy triste cargarme la sorpresa cuando apenas está empezando la función. Eso no nos daría buen índice de audiencia. No. Haría que tanto tú como el resto de las personas que están escuchando esta conversación en esa carpa que han montado tan rápido se aburran y no quieran escuchar mi historia. Hoy es un día de revelaciones y yo soy la luz que viene a sacarlas de la oscuridad. La razón por la que quiero que seas tú es un tanto poética.

—Todos tenemos secretos. No existe una sola persona en el mundo que no tenga un techo de cristal. Los secretos que quieres esparcir, cualesquiera que sean, no añadirán mucho al ya de por sí trágico mundo en el que vivimos.

—Janet, ¿te gusta leer? —me preguntó.

—¿Qué tiene que ver eso?

—*La verdad se entiende en comparación con la mentira* —respondió.

—Sigo sin entender.

—Las verdades que ofreceré harán que los cimientos de esta ciudad se resquebrajen uno por uno. —Ya no sonreía.

Apretaba los dientes mientras decía esas palabras. Su rostro se transformó por completo y mostró un odio genuino. Un odio que hubiese hecho que hasta el demonio más terrible corriera temeroso.

Continuó hablando:

—Casi lo olvido. Antes de que preguntes, no quiero dinero. No es lo que me interesa.

—¿Entonces? —Le desafié.

—Tiempo. Te aseguro que, al finalizar esta operación, estarás de mi lado. No tengo la menor duda.

Una vez dijo eso, colgó.

Dio media vuelta y se sentó detrás de la recepción del vestíbulo. Desde ahí podía verlo teclear en sus equipos.

El presidente seguía en la misma posición. De rodillas sobre un par de bombas de presión que estallarían ante el mínimo movimiento que hiciese. Si aquel pobre hombre empezaba a mearse y se movía, iba a morir. Pensé que no había peor forma de morir que por ganas de mear.

Era todo muy irónico.

También me di media vuelta y fui hacia la carpa. Mientras caminaba iba pensando en las verdades que aquel tipo decía querer revelar. Esperaba que no estuviese fanfarroneando. Esperaba, como él decía, que aquellas verdades hicieran temblar los cimientos de toda la ciudad.

Quería un poco de acción real.

Si era todo mentira, yo misma entraría en aquel hotel, a riesgo de morir, y le abriría un orificio en la frente con mi propia pistola. Nadie me hacía perder el tiempo. Nadie atacaba mi ciudad ni se metía con mi gente.

Sentía mucha adrenalina. No le había dado paso a que creyera que él tenía el control sobre mí. Debía demostrarle que yo era un hueso duro de roer y así sería, porque, de lo contrario, podía perder el control de ese juego mental.

—Downey, quiero saber cómo se está comunicando ese bastardo. Quiero ver y escuchar lo que dice y lo que hace —dije, entrando en la carpa.

—No podemos —respondió.

Me detuve en seco.

—¿Qué?! —Casi grité.

—Las señales de onda que emite y recibe están encriptadas. Es como si hubiese desarrollado su propio lenguaje de programación. Ningún sistema de la policía logra leerlo.

—¿Quiere decir eso que no hay forma de entrar en su mente de algún modo, Shawn? —le pregunté.

—Por el momento no, Janet —respondió sincero. Vi el conflicto por aquella respuesta en sus ojos—. Pero dame tiempo para intentar conseguir algo.

Asentí con calma. Después de todo, que él estuviera ahí sentado haciendo lo suyo era más un favor que cualquier otra cosa.

Downey siguió con su trabajo.

—¡Lloyd! —lo llamé.

Él se acercó con rapidez.

—Janet —dijo.

—Nosotros daremos el primer golpe. No me quedaré aquí sentada esperando un milagro que acabe con todo este circo.

En realidad, nunca pretendí darle tiempo. Iba a demostrarle quién era Janet Strait.

—¿Cuál es el plan? —inquirió Lloyd.

—Necesito un plano del edificio.

Casi al instante, el plano apareció en una de las pantallas que habían montado en la carpa. La capacidad tecnológica con la que contábamos en ese momento era de lujo. Lo mejor de lo mejor. Aun así, parecía que un mocoso prepotente al otro lado de la calle nos llevaba ventaja.

Cuando el mapa apareció en la pantalla más grande que teníamos, cogí el lápiz óptico y empecé a escribir sobre ella.

—Esta es la entrada trasera que hay por el callejón. Es por donde entra el servicio todos los días para evitar la entrada por el vestíbulo —expliqué—. Es una sola persona, por lo que este punto es ciego y sin vigilancia. Al menos eso es lo que quiero pensar y correré el riesgo de hacerlo. El señor presidente está ahí dentro y nuestro trabajo es salvarlo.

»Arriba hay una entrada por uno de los conductos de ventilación que podemos utilizar para entrar de un modo sigiloso, sin que se dé cuenta del ataque. Podemos utilizarlo para infiltrarnos y tener acceso no solo al vestíbulo, sino a todo el hotel, y mantenerlo asediado el tiempo que sea necesario hasta que se rinda. Es una sola persona jugando a ser un héroe. Los verdaderos héroes están aquí conmigo. Sois vosotros, y lograréis que el presidente cene con la primera dama. Lloyd, encárgate de los pormenores de la operación, pero intentemos por esos dos puntos.

Fue casi un discurso para infundir confianza a mis hombres y a mí misma. Quería demostrar que tenía el mando. Era yo, Janet Strait, la que ganaría aquella partida de ajedrez como fuese.

—Escuadrón G, ya habéis oído a la agente Strait, ¡vamos a rescatar al presidente! —bramó Lloyd a través del intercomunicador y dentro de la carpa.

El Escuadrón G, el equipo de choque más mortífero de nuestro departamento, se preparaba para entrar. Lloyd era la persona más adecuada para llevar aquella operación. No solo era mi mejor amigo; era una de mis personas de confianza.

No íbamos a perder.

No ese día.

Lloyd empezó a dar órdenes por radio a su equipo. Ya tenía un grupo aéreo saliendo en tres helicópteros que descenderían sobre el techo, donde se infiltrarían varios hombres haciendo rapel.

El resto se preparaba y se armaba para caminar calle abajo, burlar la entrada principal y tomar el control de las entradas traseras del hotel.

Era pan comido. Un plan un poco evidente, pero debía intentarlo. Una sola persona no podía mantener el control de toda aquella estructura de ninguna forma. Era demasiado grande, demasiado terreno por cubrir y yo conocía muy bien la ciudad y sus calles.

Revisé mi teléfono móvil para llamar a mi marido y preguntar por Georgie, pero la señal me salía bloqueada. Aquello me resultó curioso, porque no teníamos ningún tipo de bloqueo de señal en aquel momento, además, mi teléfono funcionaba intermitentemente, recibiendo llamadas y

mensajes.

—Downey, tengo la señal de mi teléfono bloqueada otra vez. No entiendo por qué puedo recibir llamadas del terrorista, pero yo no puedo hacerlas. Es intermitente —le dije, acercándome a él.

—Estamos probando varios bloqueadores de señal para intentar derribar lo que entre y salga del hotel. En algunos momentos afectará la carpa a nivel móviles y redes Wi-Fi, pero solo por unos minutos. Estamos midiendo el estado de las ondas electromagnéticas que se emiten y reciben dentro del edificio —confirmó.

—Ese es mi chico —le dije con una sonrisa y me alejé.

Lloyd se acercó corriendo.

—Estamos listos para la Operación Águila. Esperamos tu orden.

—¿Operación Águila? —pregunté—. ¿Por el presidente?

Lloyd asintió.

Sonreí.

—Imaginaba que te gustaría mi poca originalidad. —Lloyd también sonrió.

Me puse de nuevo el intercomunicador que me había quitado para intentar llamar a Brian. Nuestras señales de radio no estaban siendo afectadas, por lo que aún teníamos comunicación interna entre nosotros.

—Aquí la agente Strait. Escuadrón G: vamos con todo. Tenéis luz verde para proceder. Cambio —dije a través del intercomunicador.

—Copiado. Cambio —respondió el segundo al mando después de Lloyd.

Lloyd se quedó conmigo asesorando. Ambos teníamos tanto audio como vídeo gracias a las cámaras de tres de los oficiales del escuadrón.

En una pantalla podía ver a los oficiales acercándose a las entradas traseras y en otra podía ver la ciudad de Nueva York siendo sobrevolada por el equipo aéreo.

Mi confianza y adrenalina estaban a tope. Aquel era mi momento para intentar terminar un día tan fatídico lo más rápido posible. Tenía en mis manos el control de la operación y nada iba a salir mal. Nada *podía* salir mal.

Los tres helicópteros estaban sobre el edificio, preparados para ejecutar. Estaban listos para proceder en cualquier momento. Los oficiales de la parte trasera también lo estaban. Solo aguardaban a la confirmación de Lloyd para entrar.

Podía escuchar el ruido de la maquinaria sobrevolando la ciudad. Había varios helicópteros de los medios de comunicación intentando alejarse, pero manteniendo visión de todo lo que ocurría. Los ojos del mundo estaban sobre nosotros.

Lloyd buscó mi mirada para recibir la aprobación.

Volví mi cabeza hacia él y asentí.

En el momento justo en el que iba a dar la orden, una voz sonó en nuestra radio interna.

—Aquí Grupo uno. Aquí Grupo uno. Cambio. —Era uno de los helicópteros.

—Aquí oficial Lloyd. ¿Qué sucede, Grupo uno? Cambio —dijo Lloyd.

—Nuestro radar detecta objetos explosivos acercándose y pedimos información de cómo proceder. Cambio.

—¿Objetos? ¿Qué objetos? —pregunté frunciendo el ceño.

—Según el radar, misiles teledirigidos. Y vienen hacia nosotros. Cambio.

Lloyd y yo nos miramos incrédulos. ¿Misiles teledirigidos? Esa tecnología era costosa y muy avanzada.

En un momento de certeza que debí tener antes, entendí que todo aquello había sido un error.

—¡Aborten! —grité entre la confusión.

Segundos después de mi orden escuché un estruendo muy fuerte que venía de algún lugar de la ciudad.

En la pantalla pude ver que había perdido la señal de los grupos que se encontraban detrás del edificio. Todo lo que recibía era ruido en aquel rectángulo que debía estar mostrando la imagen de lo que sucedía.

Salí de la carpa corriendo y alcé la mirada hacia el cielo, buscando los helicópteros que iban a descender. Se alejaban del edificio, pero los tres misiles que impactaron venían a gran velocidad y fueron mucho más rápidos que ellos.

Por la dirección que llevaban las tres máquinas, comenzaron a descender envueltos en llamas detrás de los edificios que tenían al frente. Fueron explosiones muy grandes.

—Explosivos en la parte trasera del hotel. Entradas bloqueadas —dijo una voz agitada al otro lado del intercomunicador.

Empecé a saborear la bilis que subía por mi esófago. Iba a vomitar de un momento a otro si no lo evitaba. Presioné la lengua contra el paladar. Aquello no me iba a dominar. A pesar del mareo, logré mantenerme cuerda.

Bajé la mirada hacia el vestíbulo del hotel y ahí estaba. Sonriendo y mirándome.

¿Cómo supo tan rápido por dónde y en qué momento íbamos a entrar?



6

Mea maxima culpa

Cuando fui consciente del error que había cometido, volví a entrar en la carpa y pedí a mi equipo, todavía incrédulo por lo que acababa de suceder, que pusieran los medios de comunicación en algunas de las pantallas. El sentimiento general era el mismo en todos los canales. Algunos se tomaron la molestia de repetir las imágenes de los helicópteros estallando en el aire y cayendo en una espiral de fuego. Como si aquello aportara algo.

Las náuseas se intensificaban por momentos. Llevaba muchas horas sin dar un trago y, aunado a la vivencia de aquellas últimas horas, solo podía esperar a caer desmayada en cualquier momento.

No podía permitirlo.

Imaginaba que el jefe Rodríguez, a quien sí conocía bien, venía de camino con alguien que intentaría derrocarlo y tomar el control de mis funciones.

No lo permitiría jamás.

—Existen fuertes cuestionamientos del actuar de la policía en este momento. Nadie sabe cuál es el plan ni tenemos información precisa de si el terrorista ya se ha manifestado o ha si ha realizado alguna petición. —Se escuchaba en la CNN.

Los detractores están todos los días. Era algo a lo que nunca le prestaba atención. Si lo hacía,

corría el riesgo de caer en la trampa de intentar encontrar la felicidad de cada uno y yo no era de esas. Mi trabajo era el que era, y no podía satisfacer a todo el mundo. Debía cumplir con mis funciones y, a veces, llevar a cabo un plan no era tarea fácil. Se debía planear bien y al momento, y ese terrorista sin nombre me estaba dando la lata. No sabíamos quién era y estaba muy preparado, tanto a nivel físico y logístico como mental.

Observé una de las pantallas que mostraba al presidente todavía de rodillas. Era la cámara que teníamos colocada fuera.

Pobre hombre.

Su vida dependía de mí y estaba claro que yo no sabía lo que tenía que hacer. No sabía por dónde empezar. Adivinó mi plan, aunque, a decir verdad, fue demasiado evidente.

«Eres la mejor en lo que haces». La voz de Downey se repetía en mi cabeza con aquellas palabras que me dijo el mismo día en el que me comunicó que mi hija había muerto. Las dudas me atacaban por otro lado y no existía, dentro de mí, al menos, la forma de que se me quitara el síndrome del impostor.

—Tienes mal aspecto. —Una voz detrás de mí me hizo reaccionar.

—Shawn —dije.

—Aquí nos hablamos como profesionales. Llámame Downey —respondió con una sonrisa.

Estaba claro que era una broma.

—No había podido hablar de mejor forma contigo —dije—, siento mucho haber hecho que vinieras hoy. En especial sabiendo lo que significa para ti.

—El deber siempre llama, no importa la hora ni el día —respondió—. No existe peor mal que quedarse en la cama todo el día, sintiendo lástima por la vida que nos tocó vivir.

—Suenas lógico para mí.

—¿Estás bien? Es que no ha sido un buen comienzo y parece que estás dejando que te afecte. No deberías. Todo saldrá bien. —Downey intentaba levantarme el ánimo.

—La verdad, no. Siento que podría vomitar ahora mismo, pero es solo porque hoy no he bebido nada todavía —confesé.

Él conocía mis problemas con el alcohol, aunque no me juzgaba. Ambos habíamos pasado suficiente en esta vida para justificar nuestras debilidades más grandes.

—Bueno, si sirve de ayuda, tengo un poco de licor escondido en la estación. Podría enviar a alguien para que lo traiga. No sería beber; sería ayudarte. Creo que te está empezando a afectar un poco el síndrome de abstinencia.

—Puede que sí. Al menos hay alguien que me entiende. No sé si mi equipo todavía tendrá algo de fe con lo que acaba de ocurrir —dije, bajando la cabeza.

—Yo sí tengo fe en ti —respondió Downey—. Creo que deberías pensar un poco más en lo que te motiva. Solo así podrás seguir adelante con esto. Lo que nos da fuerzas al final del día es la gente que nos rodea, que queremos y que nos quiere. Son los que nos ayudan a hacer lo impensable. Aunque estos políticos no merezcan ser salvados.

Lo miré de nuevo.

Su mirada me daba un poco de ánimo.

—Janet, yo te entiendo —dijo. Cambió algo en su mirada. Sentía que quería decirme algo—, y entiendo toda la situación que has vivido los últimos años. Sé que tu vida no es la misma desde lo de tu hija. Sé que tu matrimonio está a punto de terminar y también sé que te afecta la idea de

que podrías perder a Georgie, pero déjame darte un consejo: en el momento adecuado, busca la justicia por ti misma. Los malos, los que de verdad son malos, merecen perder. Ellos nunca ganan.

Fui a responder, pero las luces de la carpa y las pantallas empezaron a parpadear. Pude ver por las noticias que las pantallas de todas las calles también lo hacían.

«¿Qué diablos?» me dije.

—Sin embargo, no sucedió nada. Todo volvió a la normalidad por un segundo, hasta que todos los móviles empezaron a sonar. Estábamos recibiendo una videollamada de un número que no conocíamos. Era de alguna parte del otro lado del mundo.

—Son llamadas falsas —le dije a Downey. Vi que su teléfono no sonaba—. ¿El tuyo también?

—Sin batería desde que llegué a la estación. No podré cargarlo hasta que terminemos con esto —respondió, mostrándome su móvil.

Volví con su equipo para ver qué sucedía.

Nadie podía responder las llamadas por más que pulsaban el botón. Era como si los móviles estuviesen bloqueados.

Las llamadas terminaron de repente. Las noticias estaban transmitiendo un vídeo que decía ser en vivo. Pude ver en alguna pantalla que también estaban transmitiendo en Times Square y en todas las pantallas de la ciudad.

Era él otra vez. Había *hackeado* toda la urbe y transmitía para los medios al mismo tiempo.

Estaba sentado, transmitiendo desde el vestíbulo del hotel. Sostenía la cámara con un soporte. Leía en voz alta para todo el que estuviese frente a una pantalla en ese momento:

—¡Buenos días, Nueva York! Hoy os traigo un mensaje de liberación. Un mensaje que, quizá, tendrá sentido más tarde y no ahora. Muy pronto entenderéis de qué se trata y juntos podremos tomar decisiones importantes para la ciudad y el mundo entero. El esclavo no se queda en casa para siempre; el hijo sí. Así que, si el hijo os libera, seréis verdaderamente libres. Mi amiga, la agente Janet Strait, está intentando capturarme. Eso no sucederá. Solo puedo advertiros de que nadie espera lo que sucederá hoy. Gracias por vuestra atención.

Sonrió y cortó la transmisión.

Un silencio aterrador nos invadió a todos.

La pantalla de la carpa volvió a parpadear y el rostro del terrorista sin nombre apareció frente a mí.

—No tengo tiempo para ti —dije con firmeza.

—No, agente Strait. Tú no eres igual que ellos. No. Eres diferente. Quieres justicia, pero no así. Tienes tu método. Si has prestado atención sabrás que yo soy ese justiciero para vosotros. Vengo a daros la verdad y la luz de lo que sucede en este mundo tan putrefacto.

—Todos sabemos que es un mundo podrido —respondí.

—No lo creo. —Su sonrisa blanca me molestaba.

Jugaba conmigo.

—¿Has venido a regodearte de la primera victoria? —pregunté, intentando descifrar qué quería.

—No. A pesar de que ha sido un movimiento de lo más evidente, he venido porque tengo una historia para ti, además de una petición.

—Ah, ¿sí?

—Verás, Janet, como dije al principio, lo único que pido es tiempo. Dame tiempo —insistió—, es todo lo que necesito. No creas que esto es un simple rescate por dinero. Es una cruzada por la verdad. Si no me das ese tiempo, acabaré con el presidente y con la ciudad.

—De acuerdo. Entonces, si hablamos de tiempo, ¿cuánto necesitas? —Fue mi intento de congraciarme para averiguar de qué iba todo eso.

—El necesario —respondió.

—Esa respuesta es un poco ambigua.

—Agente Strait, he de pedirte que mantengas la calma. No querrás que tus subordinados te pierdan la confianza y el respeto —dijo con una sonrisa.

—Quiero saber cómo sabías cuál era mi operación y cómo supiste por dónde entraríamos y en qué momento preciso.

—Quizá lo hayas pensado, pero, por un lado, era un primer golpe muy básico y la ejecución un poco pobre. ¿Has perdido tu toque? Pero, por otro lado, hay una historia un poco larga detrás. Déjame empezar por aquí. —Lo vi acomodarse un poco antes de iniciar su charla—. Verás, fui entrenado en varias tácticas militares de este país, aunque me da vergüenza admitir que nunca estuve en el ejército oficialmente. ¿Qué pensará la prensa mundial? ¿Que andamos por ahí entrenando a cualquiera en nuestros secretos? No, no. Fue un hombre al que aprecio como nadie. Él se tomó la molestia de buscar que me dieran el entrenamiento que necesitaba a nivel táctico y militar.

»También ayudó a que me enseñaran todo lo que sé de tecnología. Resulta que es un *hacker* muy hábil y me pasó todo el conocimiento que tenía a través de poderosos amigos. Agente Strait, yo puedo ver lo que quiera, cuando quiera. Para mí, no hay límites. Esa persona es la razón por la que estoy aquí, conversando contigo. Pronto, todo esto tendrá sentido.

Lo sabía. Era una persona diestra en tecnología. No podía haber otra explicación. Por suerte tenía a Downey. Él también era un *hacker* muy hábil que me podía ayudar a derrotar a ese tipo. Al menos, lo estaba intentando.

—¿Quieres un aplauso? —dije.

Di tres aplausos lentos, mirándolo con sarcasmo.

—La verdad es que no necesito tus aplausos, agente. —Ahora hablaba serio—. Solo quiero felicitarte por tu intento de operación. Ha sido irrisorio y tú no estás capacitada para este trabajo. Todo esto ha dejado un gran pesar en mi corazón, y la verdad es que mi alma requiere de un poco de luz por los oficiales que han sido heridos y asesinados por un ataque que tú has planeado.

—Dudo mucho que puedas sentir algo.

—Ya has visto, Janet, que mi entrega es total hacia mi cruzada. Por cierto, lo que he leído para todo el país es sagrado. Soy un católico entregado a la obra que solo quiere hacer el bien —respondió.

—Lo siento, no puedo ayudarte. No soy religiosa y tampoco creo en Dios —respondí tajante.

—Pero ¿qué dices, agente Strait? No te necesito a ti. —Rio con fuertes carcajadas.

Fruncí el ceño.

Tenía la ventaja de pensar muy bien en todos los posibles escenarios. Era mi don. Pude conectar lo que acababa de decir con lo que había sucedido antes. Sabía que hablaría conmigo.

—Agente Strait, lo que necesito ahora mismo es confesarme.
Me reí. Estaba en lo cierto.

—¿En serio crees que voy a traer un sacerdote para que puedas confesarte? —le dije, jugando con él.

—Haces eso o hago explotar una bomba en una hora, en algún lugar donde pueda hacer mucho daño. También puedo *hackear* más misiles del gobierno. No es difícil para mí. Ya te lo he demostrado con tres de tus helicópteros.

Sabía que hablaba en serio.

Lo pensé un segundo, pero cedí.

—Necesitaré tiempo para conseguir a alguien que pueda ayudarte con tu alma —respondí, intentando arrancarle el nombre que sabía que me diría.

—No será difícil, agente Strait —dijo—, quiero confesarme con el Cardenal Vanderbilt.

Mi mente nunca fallaba, pero el alma se me cayó a los pies de todos modos.

Maldije mentalmente.



7

Un tipo infernal

La comunicación se cortó y sentí que me fallaban las piernas. Aquello no era correcto. No estaba bien. Veía que Downey me hablaba, pero no podía oírlo. Lloyd venía corriendo con una silla. Alguien me trajo un vaso de agua. Me sentía ridícula y débil frente a mi equipo.

Notaba cómo las lágrimas de desesperación querían salir, pero no les daba paso. Por momentos veía borroso, por momentos veía claro.

Di un largo trago de agua.

Todo estaba mal.

El terrorista. El atentado. La petición de ver al Cardenal Vanderbilt.

Nada encajaba, pero a la vez una pieza iba colocándose en su lugar y empezaba a comprender de qué iba aquello, o al menos tenía mis sospechas.

Downey estaba a mi lado intentando hablarme. Fue al primero a quien pude escuchar del todo bien.

—... me de abst... —movía los labios un poco rápido.

—Vale, vale. —En un intento de acallar la conversación de Downey, solo respondí eso.

Síndrome de abstinencia.

No había bebido nada.

Siempre empezaba la mañana con un trago, pero dadas las circunstancias tuve que saltármelo. Por supuesto, las situaciones, las sorpresas, los giros y la falta de alcohol en mi organismo me hacían sentir mal.

Volví a beber agua y sentí que mi cuerpo temblaba un poco. Me puse en pie y vi que todavía me observaban los compañeros.

—¿Janet? —Me llamó Lloyd.

—Estoy bien —mentí.

Él se acercó un poco para que solo yo pudiera escucharlo.

—Janet, creo que no estás bien. No has bebido nada de alcohol y no puedes dejarlo de golpe —susurró a mi oído.

—No hay problema, en serio —mentí de nuevo.

Lloyd me miró con esa cara de preocupación que solo él podía poner.

Entonces fui yo la que se acercó a él.

—Si la cago en esta oportunidad de rehacer mi vida y mi carrera, estaré acabada para siempre —susurré, casi en una súplica.

Lloyd sabía que, desde la perspectiva profesional, su ética jamás le permitiría dejarme seguir. Llamaría al jefe, el cual, de todos modos, aparecería en cualquier momento, para decirle que no tenía la capacidad física ni mental para llevar todo aquello y que necesitaba un relevo.

Pero nuestra amistad no se lo dejaría hacer.

Tenía un corazón grande, pues sabía, y peor aún, entendía que estaba ante una encrucijada. Todo aquello iba a explotarme en la cara si él informaba de mi estado. Prefería ayudarme, aunque eso significaba perder cualquier oportunidad de salvar al presidente.

—Caballeros —dije en voz alta, levantándome—, necesito encontrar al Cardenal Vanderbilt para estudiar las opciones de lo que sea que vayamos a hacer. ¿Tenemos información de dónde puede estar?

—Tenemos entendido que está en un vuelo privado hacia Washington. Parece que venía hacia Nueva York y al enterarse del atentado en la Catedral lo han desviado hacia la Nunciatura Apostólica —dijo Downey.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté curiosa.

—Los medios —respondió sin más.

—Janet, ¿por qué Vanderbilt? —se atrevió a preguntar Lloyd—. ¿Qué quiere lograr el terrorista reuniéndolo con el presidente?

—Creo que tendremos que seguir su juego para descubrirlo. —Asentí con una cara que denotaba mi decepción ante el difícil camino que teníamos por delante.

—Está jugando con nosotros y necesitamos ir un paso adelante —respondió.

—Lo sé y soy consciente de ello, pero hasta ahora es él quien ha ido un paso por delante. Sabemos que es *hacker* y quizá esa sea la razón.

—Lo preguntaré de nuevo, pero de otro modo. Tal vez así entendamos un poco la gravedad de este asunto —dijo, con la vena de su frente marcada.

Eso no era bueno.

—Adelante.

—¿Por qué el terrorista quiere *al hermano* del presidente?

Silencio absoluto.

Esa era la pieza que encajaba. Parecía que Lloyd sospechaba lo mismo que yo, pero no podíamos hacer conjeturas sin fundamentos. Podríamos estar equivocados.

¿Era un crimen familiar? ¿Estaría decidiendo enviar al Cardenal a una muerte segura?

—Conspiración —alcancé a decir.

Ni siquiera yo entendía qué tipo de conspiración.

Era prematuro hacer afirmaciones. Si no medíamos nuestros pasos a partir de ese momento, podíamos cometer errores garrafales.

—Janet, deberías ver esto —dijo una voz dentro de la carpa.

Los medios estaban transmitiendo en directo. Teníamos varios canales pasando las mismas imágenes desde el aire.

—Joder —solté.

La caravana del ejército y una serie de vehículos del FBI estaban de camino e iban a llegar en cualquier momento. Sabía a lo que venían, pero no podía dejar que sucediera.

Por encima de mi cadáver.

Me terminé el agua. En lo que duró ese breve trago pensé en las palabras adecuadas. Necesitaba estar tranquila y bajo control.

Con la mirada le pedí a Lloyd que me siguiera. Él saldría conmigo porque sabía que me ayudaría a controlar la situación y porque su criterio me ayudaría a validar mis decisiones. Tendría que dar explicaciones sobre lo que le sucedió al equipo de choque.

Salimos de la carpa y ante nosotros se abrió el inicio de la tarde. El sol empezaba a descender desde su punto más alto. Debía ser pasadas la una.

Si fuese por mí, intentaría resolver ese desastre antes de la hora de cenar, pero ese tipo de situaciones eran inciertas. La psicología de un terrorista, sea doméstico o no, por lo general, es medible y tiene un objetivo. Pero nuestro amigo, al otro lado de la acera, parecía no tener ni una cosa ni la otra, por lo que hacía que la situación fuese tediosa y volátil.

Me detuve cuando vi al jefe Rodríguez acercándose con alguien. No me detuve por el jefe, lo hice por quien venía con él.

«Maldita sea. De entre todos, lo han mandado a él».

Lloyd me miró con la duda en su rostro. Sabía lo que aquello significaba para mí.

—¿A quién tenemos por aquí? —dijo el acompañante del jefe con una sonrisa burlona al llegar donde nos encontrábamos.

—To —dije sin creerlo todavía.

Lloyd se adelantó para saludar, sacándome de mi sorpresa.

—Oficial Lloyd —se presentó, dándole la mano a aquel tipo infernal.

—Agente To, del FBI —respondió—, pero puedes llamarme Sabueso o Perro de Beijing, o también Ojos Rasgados. La verdad, me tiene sin cuidado cómo me llaméis tú o tu estación. No me mandan para caeros bien. Me mandan para hacer mi trabajo, lo cual parece que a vosotros os queda grande.

Se rio.

Maldito, cómo lo odiaba.

Cuando lo enviaban a él era porque había algo grande y querían la menor cantidad de datos infiltrados. Su expresión burlona y aquel ego solo podían compararse con su profesionalidad y capacidad para manejar situaciones extremas con facilidad. Era muy bueno en lo que hacía y por

ello se vanagloriaba cuantas veces podía. Al final, había logrado lo que tanto negó: convertirse en un negociador del FBI.

Siempre husmeaba en todo lo que yo hacía antes de volver al Departamento de Policía de Nueva York.

Su familia era de Beijing, pero él había crecido en este país. Conocía a la perfección las calles de la ciudad y no había contacto que se negara a darle información para resolver sus casos. Decían por ahí que tenía métodos nada ortodoxos para conseguirla. Eso, aunado a su creciente popularidad entre los más poderosos, le había otorgado su apodo. Otros lo llamaban Perro en un intento de ofenderlo, pero no se tomaba nada a nivel personal. Era gastar saliva porque sí.

—Vengo por la jurisdicción, como es evidente —anunció To.

—Imposible —respondí.

—Janet desaprueba la decisión —se rio de nuevo mirando al jefe Rodríguez.

—Está de más decir por qué. Estamos en una situación crítica y no podemos dejarla. Mi equipo ya está trabajando con el análisis del perfil del terrorista y las acciones que debemos tomar. Llevamos algo de trabajo adelantado y odiaría darte todo el mérito —mentí.

Sabía demasiado bien que no llevábamos nada adelantado; más bien estábamos dando un paso atrás.

El jefe quiso intervenir, pero se frenó a sí mismo. Parecía no saber qué decir.

—Me ha enviado el presidente en funciones. Si quieres, puedes llamarlo y preguntarle a él —dijo mientras sostenía su móvil en la mano.

—¿El presidente? —cuestioné.

—No sé si sabes cómo funciona la política en este país, niña, pero cuando un presidente está inhabilitado para ejercer su función, sea por la razón que sea, su vicepresidente asume el cargo. —Aquella maldita sonrisa guasona no desaparecía en ningún momento.

—Sé cómo funciona el sistema, solo que no esperaba que fuese tan rápido.

—Una adicta con un amplio historial de problemas personales no está capacitada para manejar una situación como esta —dijo To mientras encendía un cigarrillo.

Para él no existían ni la ética laboral ni las reglas.

Su mirada se topó con la mía. Pudo leer el odio que emanaba de mis ojos, pero eso no hizo que su sonrisa se apagase.

—Quizá tenga algún que otro problema —dije, sonriendo también—, pero al menos mi equipo sí confía en mí.

Bingo.

Su sonrisa desapareció al instante. Sus ojos destellaron un odio desmedido contra mí, que se interrumpió cuando el jefe Rodríguez intervino.

—To, creo que deberíamos calmarnos un poco y pensar en lo que estamos haciendo. Como te he dicho durante el viaje, Janet está al mando y sé que tienes órdenes específicas desde muy arriba, pero la situación está controlada y necesitamos tomarnos las cosas con calma. El general Williamson ya nos había dado luz verde para que Janet negociara antes de la toma de posesión del presidente en funciones.

—Creo que no nos entendemos, jefe Rodríguez. —To lo miró—. Como usted dice, tengo órdenes de tomar el control. No veo dónde está el problema.

—Solo pido que analices la situación. Queremos lo mismo: que el presidente siga con vida.

Janet está haciendo su trabajo lo mejor que puede y con los recursos que tiene. No seremos el FBI, pero sabemos lo que hacemos y que hay vidas en riesgo.

To me miró de arriba abajo.

Dudaba.

—Además, el terrorista pidió a Janet —agregó el jefe.

—¿Cómo dice? —preguntó To, mirándolo.

Esa información le había impactado.

—El terrorista pidió a Janet. Quiere que ella lleve la negociación. Hizo contacto poco después de los ataques de esta mañana.

—¿Por qué ella? —To me miraba de nuevo con desdén.

—Todavía no lo sabemos, pero queremos abrírnos paso y recabar toda la información que nos ayude a descifrar de qué se trata todo esto.

Permanecí callada.

Podía ver a To muy alterado y al jefe intentando abogar por mí. A veces olvidaba que era mi mentor y el que me enseñó mucho de lo que sé. Ahí estaba, en la posición de figura paternal que a veces no me gustaba y que pensé que no iba a tener ese día.

To bajó la mirada y se quedó pensando un momento.

—Esperad —dijo, y se fue echando una última mirada de odio a todos.

Se dirigió hacia su equipo y empezó a hablar con ellos. Eran hombres con problemas de virilidad que no soportaban ver a una mujer al cargo, a juzgar por las miradas que me lanzaban.

—Janet, no solo está en juego la vida del presidente, sino la de todos nosotros —dijo el jefe—. Por favor, dime que no estoy cometiendo un error.

—No lo está cometiendo. Mientras To no me dé razones para hacerle daño, creo que podríamos llevar la situación con tranquilidad. Esto es más grande que todos nosotros y no estamos para perder el tiempo.

Volví a mirar a Lloyd, que había permanecido callado todo el tiempo. Era una persona que prefería tener paz y llevar las cosas con tranquilidad antes que discutir. Al lado de Lloyd ahora estaba también Downey. No supe en qué momento apareció, pero sabía que estaba ahí para apoyarme en caso de que lo necesitara.

To volvió a los pocos minutos. Su cara no expresaba ninguna alegría.

—Strait, ¿qué necesitas y cómo podemos ayudarte? —preguntó.

Aquella oferta del Sabueso fue totalmente inesperada. Sabía que no quería ayudarme y mucho menos saber *cómo* podía hacerlo. Había alguna motivación oculta. Quizá su reputación ante el presidente en funciones.

Al ver que dudaba, añadió:

—Tampoco es agradable para mí, pero el presidente corre peligro y mi nombre también está en juego. Esperan resultados desde arriba.

El jefe Rodríguez me miró con la esperanza de que yo no pusiera trabas.

—Muy bien —dije, y sentí que el ambiente se destensó un poco—. Para entrar en materia, el terrorista ha pedido... confesarse.

—¿Confesarse? —preguntó sorprendido To—. ¿Como los católicos? No entiendo.

—Así es. Pero no está relacionado con manifiestos religiosos —expliqué.

—Eso no me encaja en ningún perfil terrorista —reflexionó.

—Lo sé, sin embargo, no ha pedido cualquier sacerdote. Ha pedido que sea el Cardenal Vanderbilt.

Los ojos de To se abrieron tanto como pudieron por la sorpresa.

—¿Riña familiar?

—Pensé lo mismo, pero hay algo que sigue sin encajar en todo esto.

—Interesante... —Se lo veía pensativo. Dudó por un segundo—. No creo que sea buena idea traerlo. Corre más peligro aquí que de camino a la Nunciatura.

—No lo dudo, pero el terrorista amenazó con *hackear* más misiles del gobierno. Ya interceptó algunos helicópteros —respondí.

Era solo un eufemismo del fiasco de hacía un rato.

—Es un *hacker* muy avanzado, supongo —dijo To.

—Lo es.

—No estoy de acuerdo con la decisión —dijo tranquilo el jefe. To y yo lo miramos—. Correrá peligro si lo traemos.

—No puedo estar más de acuerdo, jefe Rodríguez —prorrumpió To—, pero veré, para mí es más importante el presidente que un cura.

—Es un civil. Sin embargo —dije, para aliviar un poco la palpable tensión—, creo que nos ayudará a ir descubriendo lo que ocurre.

—Estoy de acuerdo con Janet —dijo una voz. Fue Downey. Al fin decía algo—. En estos casos lo mejor es que las cosas vayan a su propio ritmo —reiteró mientras me sonreía.

Era su intento de apoyarme. Me conocía a la perfección.

—Para ser honesto, estoy en una encrucijada —dijo To.

—Déjame a mí —respondí.

To me miró, miró a Downey, al jefe Rodríguez y volvió a posar sus ojos sobre mí.

—Bien. Mandaré al ejército para que lo escolte hasta aquí y hablaré con el general Williamson y el presidente en funciones.

Las piezas del ajedrez empezaban a moverse.



8

Los hermanos Vanderbilt

Me encontraba sentada frente a las pantallas dentro de la carpa del centro de operaciones. Podía ver todos y cada uno de los medios que repetían escenas de los acontecimientos. La caída de los helicópteros, imágenes de los móviles que captaron la explosión de la Catedral, imágenes aéreas de la ciudad..., pero todas se interrumpieron al mismo tiempo.

Entonces empezaron a transmitir desde los helicópteros la caravana del ejército que escoltaba al Cardenal Vanderbilt.

De algún modo To usó sus influencias para convencerlo de que viniera. Cuando se lo proponía, el maldito era bueno en lo que hacía. O quizá no fue tan difícil convencerlo. A fin de cuentas, su hermano estaba en peligro de muerte.

El aire estaba cargado.

La tensión se sentía por todas partes.

Lloyd no dejaba de moverse de un lado a otro, mirando la pantalla. Su equipo notaba su ansiedad y yo veía el sudor que le corría por la frente. En cuanto el Cardenal llegara, era nuestro trabajo velar por su seguridad. Dadas las circunstancias, todos sabíamos que eso no iba a estar del todo asegurado, pero lo intentaríamos.

Downey preparaba todo lo necesario para la cámara y el micrófono que íbamos a ponerle al

Cardenal. Quería tener ojos y oídos donde no podíamos tenerlos. Necesitaba oír todo lo que el cura dijera y viera dentro. Quizá habría algo, alguna pista que nos ayudara a superar el intelecto del terrorista y terminar con todo.

La vida del presidente estaba en juego.

Los helicópteros quedaron suspendidos sobre la carpa, a más de tres kilómetros de altura. Oí la caravana deteniéndose y una cantidad considerable de soldados corrían con premura. La escolta de Vanderbilt constaba, al menos en ese momento, de treinta soldados listos para disparar y arriesgar sus vidas. Un poco dramático, pero no sabíamos a qué nos enfrentábamos.

Cuando salí, To venía junto al Cardenal. Los dos caminaban hacia la carpa donde Lloyd y yo esperábamos para recibirlo.

Después lo haríamos entrar para prepararlo con el equipo técnico.

La cara del Cardenal ya reflejaba su edad. Las arrugas y los ojos azules no tenían ese brillo jovial que lo caracterizó años atrás. Era muy popular dentro de su propio círculo, que constaba de amigos con cierta cantidad de millones en el banco y gente con pasados truculentos que actualmente estaban en posiciones de poder. El Cardenal Vanderbilt se codeaba con gente de muy alto nivel. Él venía de ese mundo, y su hermano, por razones obvias, también.

Sin embargo, corría la voz de que sus oraciones tenían poco que ver con el perdón de los pecados de sus amigos, sino de los suyos propios. Sus confesiones no se acercaban ni un poco a momentos de elevación espiritual, más bien a satisfacer deseos carnales con chicas jovencitas. Aunque no era algo oficial, se dice que los rumores pueden más que la verdad, y yo no podía verlo con otros ojos que no fuesen los de una mujer que no aprobaba el comportamiento de un anciano. Su Santidad lo mantenía como Cardenal, decisión que había herido la sensibilidad de una comunidad que lo acusaba de abusos no demostrados. O el poder del dinero era muy grande o todo era una gran mentira. De los Vanderbilt se podía esperar dos cosas: dinero y mentiras.

—Cardenal Vanderbilt, soy Janet Strait y estoy a cargo del operativo. Nos conocimos hace un par de años en el baile del alcalde para la recaudación de fondos por los afectados del huracán —me presenté, extendiendo la mano mientras él se acercaba hacia donde Lloyd y yo estábamos.

—Agente Strait, claro que la recuerdo —respondió con su anciana sonrisa—. Usted y su marido solían acudir a mis eventos de caridad. ¿Cómo está él?

«Mierda. ¿Por qué empezamos con el pie izquierdo?»

—Siento comunicarle, Cardenal, que ya no estamos juntos. Cosas de la vida —dije, cambiando el tono de mi voz.

—Soy yo quien siente mucho la noticia —admitió con un esbozo de sonrisa que denotaba más bien lástima.

—Cardenal Vanderbilt, yo soy el oficial Lloyd. Estoy a cargo de su protección a partir de este momento. —Lloyd extendió su mano.

—Muchas gracias, joven, pero verá, un viejo como yo no tiene mucho que perder a esta edad. Por lo que sé, no estoy ni cerca de ser Papa y he vivido una vida plena. Mi hermano está ahí dentro corriendo peligro y estaré encantado de dar la vida con tal de protegerlo. Siempre ha sido así —respondió el viejo con honestidad.

Logré ver que de verdad le importaba su hermano. Quizá el hecho de verlo en aquella situación le carcomía y haría lo que fuera por verlo salir del hotel con la cabeza bien alta.

Lloyd asintió, pero no dijo nada. Me miró de nuevo y en este caso fui la responsable de cortar

el momento.

—Pasemos por aquí —dije, señalando el camino hacia el interior de la carpa.

Nos pusimos en marcha y las personas del interior se quedaron estáticas cuando vieron al Cardenal. Aquel personaje era icónico y famoso en la ciudad, pues estuvo a punto de ser Papa unos años atrás. Lo único que se celebró aquel día fue que el Papado, por lo menos, quedó en América por primera vez, aunque no fuese por el Cardenal Vanderbilt.

Downey se acercó para presentarse. El Cardenal lo saludó a él y al resto del equipo.

—Gracias a todos —empezó—, sé que esta situación no es fácil y yo más que nadie quisiera que Dios nos permitiera salir con vida de esta. Espero que esto no se alargue mucho más y podamos estar todos cenando y celebrando el triunfo esta misma esta noche.

El equipo entero asintió y el Cardenal se volvió hacia mí.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudar?

—El terrorista que tiene secuestrado al presidente pidió verlo a usted. No puedo evitar preguntarle, Cardenal, ¿sabe de qué va todo esto? —pregunté sin filtros.

—No tengo ni la menor idea, agente, pero, al igual que usted, quiero descubrir qué desea de mí.

—Tenemos leves sospechas de que esto es algún tipo de ajuste familiar.

—No me extrañaría. Nuestra familia siempre tuvo enemigos. Tenemos mucha influencia en dos áreas muy importantes: la política y la religiosa, pero no puedo dejar de pensar que todos esos ataques son demasiado, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—Bueno, pues, si hubiese querido ajustar cuentas con los Vanderbilt, ¿por qué atacar Nueva York de este modo? No tiene sentido. Siento que la escala es muy alta para un ajuste de apellido —respondió.

Arqueeé las cejas.

El viejo tenía razón.

Pensé que el terrorista quizá solo quería llamar la atención. Que su mensaje se escuchara alto y claro, pero tenía sentido lo que el Cardenal decía.

—Es solo una teoría. Aún no ha dado un manifiesto claro de qué es lo que quiere. Lo único en lo que ha sido claro, es en que quiere confesarse y lo pidió a usted.

—Bueno, quiero pensar que el Señor tiene una misión para mí y para él. Espero que sienta arrepentimiento y pueda ayudar a llevarlo ante la justicia.

—Cardenal, mi compañero, el oficial Downey, de tecnologías, procederá a colocarle un micrófono y una cámara. Tenemos la esperanza de que el terrorista pueda comentar sus intenciones y nos ayude a esclarecer qué estrategia podemos usar para terminar con esto de una vez por todas —expliqué.

Downey lo llevó a otra parte para colocarle los dispositivos mientras yo esperaba.

Estaba un poco impaciente y con mucha ansiedad.

El Cardenal volvió y Downey confirmó que estábamos preparados. Teníamos audio y vídeo en las pantallas.

Le pedí al Cardenal que me siguiera y salimos de la carpa. Nos encaminamos hacia el otro lado de la calle, donde estaba el vestíbulo del hotel. El terrorista se acercó a las puertas de cristal con una gran sonrisa.

Cuando nos detuvimos frente a la acera del hotel, escuché a través del intercomunicador a uno de los francotiradores de Lloyd.

—Si las puertas se abren y el objetivo no se mueve, tendríamos un tiro claro y limpio. Confirmar procedimiento.

Era un buen tiro, pero no creía que el terrorista cometiera ese error.

Llevaba una tableta en la mano que utilizó para abrir la puerta.

Se había movido para permanecer detrás del cristal.

—El objetivo se ha movido —dijo la misma voz por el intercomunicador.

«Por supuesto que se ha movido» pensé.

El Cardenal me miró y le pregunté:

—Padre, le preguntaré por última vez: ¿está seguro de esto?

Sonrió, pero no dijo nada. Empezó a caminar hacia las puertas de cristal.

El terrorista sonrió y las puertas se cerraron una vez el Cardenal estuvo dentro.

Volví de inmediato a la carpa; quería ver y escuchar todo lo que sucediera a partir de ese momento. Era imperativo analizar toda la información que pudiésemos obtener.

La adrenalina se apoderó de mí. Estaba dispuesta a encargarme de aquella situación con la concentración que necesitaba.

Era muy arriesgado para el Cardenal, pero aun así había decidido participar en la operación.

Lo que dijo era cierto. Solíamos ir algunas veces a los eventos que organizaba para recaudar fondos. Para Brian y para mí, ayudar de ese modo era nuestro acercamiento espiritual a lo que fuese que existiese en el más allá, aunque no fuésemos creyentes.

—¿Qué tenemos? —pregunté una vez en la carpa.

El equipo estaba observando. Nadie dijo nada.

—Parece... —dijo Downey—, parece que no tenemos vídeo.

«¡Lo sabía!» pensé.

—¿Podemos hacer algo? ¿Qué ha sucedido? —pregunté para intentar barajar las opciones que teníamos.

—Parece que hay un bloqueo de imagen. Teníamos buen vídeo, pero de alguna forma, al entrar al hotel, se perdió.

—Era más que evidente que estaba preparado. Lo esperaba. Lo más probable es que quiera que escuchemos, pero no que veamos lo que ocurre dentro.

Oía la respiración un tanto agitada del Cardenal. Imaginé que al verse en aquella situación le podían más los nervios que la valentía que demostró tener hacía solo unos minutos.

Yo estaba más nerviosa que él, de eso no había duda.

—Padre, perdóneme porque he pecado —dijo la voz del terrorista en el audio que teníamos.

—Hijo, ¿de qué va todo esto? —preguntó el Cardenal.

—Cardenal Vanderbilt, miembro fundador de La Orden de Manhattan —dijo el terrorista en tono acusador.

Aquel comentario fue seguido de un profundo silencio. Solo se escuchaba la risa agitada del Cardenal.

Por primera vez en lo que llevábamos de día, el Cardenal Vanderbilt se salió de su personaje.

—Estás muy bien informado —dijo mientras se reía—. Pero pierdes tu tiempo, muchacho. Estoy cerca del final de mis días y no pienso lidiar con esto. Ya hay otra persona en mi lugar.

—¡No se lo he contado yo! —Por primera vez escuchaba la voz del presidente.

Su tono era de una persona cabreada. Muy cabreada.

—Janet, esto es solo el principio —dijo el terrorista.

La comunicación se cortó de inmediato. Solo quedó el ruido de señal inexistente.

Miré a Lloyd con incredulidad y él me devolvió la misma mirada. ¿Qué significaba aquella información? No le encontraba sentido y, por el modo en el que me miraba Lloyd, él tampoco.

—Downey, ¿hay algún modo de conseguir audio? —pregunté.

—Completamente bloqueado.

—¡Mierda!

En la carpa todos compartíamos el mismo sentimiento de impotencia.

—Las únicas tomas que tenemos de lo que está ocurriendo ahí dentro vienen de los medios —dijo una voz.

Era cierto.

Se trataba de tomas muy lejanas en las que apenas se podía definir la figura del Cardenal dentro del vestíbulo, nada más. Al menos sabíamos que seguía con vida.

No podía controlar la situación.

Él tenía el control sobre todo y parecía que le gustaba recordármelo constantemente. Pero no podía dejar que lo siguiera teniendo. Necesitaba encontrar la manera de acorralarlo; quitarle ese poder de algún modo.

En un arranque de valentía o estupidez, caminé hacia atrás y después salí corriendo hacia el hotel. Él no me iba a matar. Por alguna extraña razón me necesitaba y sabía que, si atentaba contra mí, su grandioso plan se vendría abajo.

Cruzaba la calle corriendo y estaba justo a mitad de camino cuando la puerta de cristal se abrió y salió el Cardenal Vanderbilt.

Aquella conversación había ido muy rápido.

El Cardenal venía caminando con calma. Como si estuviese paseando en un día normal por la ciudad. Su cabello blanco brillaba bajo el sol de la tarde y lo hubiese visto limpio y decente de no ser por la pistola que llevaba en las manos.

Me paralicé; no supe qué hacer.

La puerta del hotel se cerró de nuevo y el Cardenal empezó a caminar hacia donde me encontraba yo.

—¡Cardenal! ¡¿Cardenal?! —grité.

El hombre se detuvo justo frente a la salida del hotel. Aún lo tenía a una distancia considerable. Cuando quise caminar hacia él para estudiar la situación y ayudarlo, levantó la mano para pedirme que me detuviera y me mostró el arma en su mano.

Movió la cabeza de izquierda a derecha en negación y sonrió. Fue lo último que vi antes de que se apuntara a la sien y decidiera acabar con su vida de un disparo.

El cuerpo del Cardenal cayó al suelo y el charco de sangre pintaba la calle.

Me quedé inmóvil viendo el resultado de la decisión de llevar al Cardenal Vanderbilt a su propia muerte. Lo más irónico de todo es que había sido por su propia cuenta.

¿Qué era La Orden de Manhattan? ¿Qué lo había alterado al oír aquel nombre?

La sangre salía a borbotones del ahora fallecido Cardenal. Sin lugar a duda, los medios se estarían dando un festín con ese momento. Estaban transmitiéndolo todo en vivo.

Sentí la vibración en mi pierna y supe que era mi teléfono. Respondí al ver la ya conocida llamada privada del terrorista.

—¿Qué le has dicho para que decidiera suicidarse?

—Que tendría que lidiar contigo al volver, porque te iba a contar lo que hizo. Le indiqué, de un modo muy sutil, que era eso o encargarse del asunto por sí mismo. Por eso le di el arma —respondió.

—¿Qué hizo el Cardenal?

—Janet..., fue uno de los implicados en la muerte de tu hija.

Mi corazón se detuvo.

«¿Qué ha dicho?»

—Todavía no te daré más detalles porque sé que debes estar procesando lo que te acabo de contar, pero te diré una cosa más: tu departamento está corrompido. Tienes infiltrados.

Colgó.



9

Las dudas de Janet

Atónita en mitad de la calle donde recibí aquellas noticias. No sabía cómo procesar ni una ni la otra. Habían sido, de verdad, como había dicho el terrorista. No sabía por dónde empezar a procesar. ¿Primero mi hija o el departamento?

¿Quién o quiénes podían ser?

Meter a mi hija en el juego de ajedrez que manteníamos era el movimiento perfecto para sacarme de mi zona de confort.

¿Quién era ese sujeto?

Conocía mi vida privada. Sabía lo de mi hija. De algún modo lo sabía, y lo que era peor, debía creer que sabía cómo sucedió todo y qué o quién fue lo que la mató. Al menos eso creía; no quería ilusionarme con saber la verdad.

Una mano tiró de mí y volví a la realidad.

Estaba arrodillada en mitad de la calle. Era media tarde y el sol empezaba su descenso. La mano me sostuvo y me ayudó a caminar. Pude ver el rostro de To mirándome con fijeza.

—¿Estás bien, Janet? —preguntó.

—Hay infiltrados —logré decir.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó mientras me llevaba de vuelta a la carpa.

—Él me lo ha dicho. Me ha llamado al móvil y me lo ha dicho.

Mis ojos mostraban que intentaba comprender lo que estaba ocurriendo. Lo supe porque To me analizaba mientras caminaba a mi lado.

Cuando llegamos a la carpa pude ver y oír las pantallas donde los medios seguían hablando, pero esa vez sobre los últimos acontecimientos. Fue un *shock* para ellos y para nosotros. Muchos señalaban que llevar al Cardenal para que entrase solo en el hotel había sido como ponérselo en bandeja al terrorista. Otros cuestionaban a los que estaban al mando.

—La pregunta que recae sobre todos nosotros en un momento como este, John, es: ¿la policía, el FBI y el ejército serán suficientes para derribar a un solo hombre que ha demostrado ser muy superior a todos los que parecen llevar la negociación de este secuestro? —preguntó una periodista.

Pude ver las caras de todo el equipo y estaban igual de asustados que yo. Quizá los medios decían que había servido al Cardenal en bandeja de plata, pero ninguno de ellos sabía que, en realidad, les salvé la vida a todos. Era una vida o miles.

El teléfono de To empezó a sonar.

Mientras Lloyd me ayudaba a sentarme, To respondió a la llamada y se alejó.

Mi compañero aprovechó para preguntarme sobre lo que acababa de ver.

—¿Qué ha sucedido, Janet? ¿Qué te ha dicho?

Se lo veía preocupado.

—¿Cómo sabes que me ha dicho algo?

—Te he visto responder al móvil. Tenía que ser él, ¿no?

—Se ha reído de mí —mentí.

—No esperaba menos de él.

Estaba en un momento en el que no podía confiar en nadie, y se lo había contado a To. ¿Y si él era uno de los infiltrados? To no era de mi departamento, pero formaba parte de la negociación.

Mi cabeza daba vueltas sin parar.

Ni siquiera confiaba en mi sombra.

Bebí de un vaso de agua que Downey me ofreció. Tenía la adrenalina a mil y temblaba un poco por el *shock*.

—Downey, necesito conectar esta llamada al altavoz —dijo To, que apareció tapando el auricular del móvil.

—Enseguida.

Downey conectó el móvil de To a uno de los ordenadores del departamento para amplificar el audio por medio de los altavoces que había en la carpa.

—Señor presidente, está en altavoz —dijo To en voz alta.

—Agente Strait, quiero saber qué ha sido eso que acaba de ver todo el mundo —dijo el presidente en funciones con voz firme.

Maldito To.

Aún quería tener el control de todo y me arrojaba bajo el bus frente al presidente.

—Señor presidente, el terrorista nos tenía acorralados. Si no accedíamos a su petición de hablar con el Cardenal Vanderbilt, tenía más bombas listas para detonar.

—Nosotros no negociamos con terroristas, Strait.

—Lo sé, señor presidente, pero este caso es distinto. Parece que lo sabe todo sobre nosotros —Evité mencionar que sabía mucho de mí en particular—, y es un *hacker* muy hábil.

—Logró tener acceso a nuestro sistema de defensa y enviar varios misiles hacia Nueva York para atacar a los helicópteros, según me han dicho.

—Así es. Todavía no ha dicho qué quiere o busca, pero sabe cuándo tenemos pensado atacar. Solo nos ha pedido tiempo. No ha dicho para qué.

—Me siento muy mal proponiendo esto, pero... ¿existe la posibilidad de dinamitar el hotel entero?

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Acceder a eso significaba matar al presidente secuestrado, y de paso no descubrir lo que el terrorista sabía sobre mi hija.

—Señor presidente, no sé si eso sería lo más adecuado —dijo To—. Acabamos de ver al Cardenal Vanderbilt suicidarse en televisión, posiblemente a nivel mundial.

Intentaba apaciguar al presidente en funciones para que la bola no se hiciese más grande. Estaba claro que quería ganárselo. Después de todo, con un poco de suerte, tanto To como el presidente podían conseguir más poder del que merecían.

—Strait y To, quiero esto resuelto lo antes posible y del modo que consideren adecuado.

—Así será, señor presidente —respondí.

Cortó la comunicación.

Todos me miraban a la espera de alguna orden. No tenía nada, al menos no después de ver al Cardenal pegándose un tiro.

—Sigamos monitoreando al terrorista —les dije—, viendo sus movimientos e intentando buscar pistas de quién es. A trabajar.

To se acercó a mí y habló en un susurro:

—Si lo que dices es cierto, necesitas personas de confianza.

—Lo sé, pero ahora mismo todos sois sospechosos, incluso tú —respondí, también en un susurro.

To sonrió. Claro que él era sospechoso también, y lo entendía, pero por más estúpida que fuese su forma de ser, había algo en mí que me decía que podía confiar en él.

—Puede que tengamos grandes problemas si la información se está filtrando desde aquí —me dijo.

Se me quedó mirando, esperando algún tipo de orden.

—Lloyd. Downey. Acercaos —dije en voz alta.

Ambos lo hicieron de inmediato.

Puse mi mirada en To.

—Ve a por el jefe Rodríguez.

To salió a buscarlo inmediatamente. En cuestión de dos minutos entró con él y se acercaron donde estábamos Lloyd, Downey y yo.

—Agente To, su móvil —dijo Downey, devolviéndole el móvil con el que habíamos hablado con el presidente en funciones.

—Gracias, Shawn.

—Os he llamado porque sois las únicas personas en las que puedo confiar con los ojos cerrados —expliqué—. He recibido información de que hay infiltrados en el departamento. Aún

no está claro si es alguien que está aquí con nosotros o si ni siquiera está presente. Tampoco sabemos si es uno o son varios. Y mucho menos sabemos qué información está filtrando. Hay algo que se nos escapa. Tampoco sabemos si es cierto o es para desestabilizar al equipo.

»Necesito vuestra ayuda para buscar posibles infiltrados y poder recuperar el control. Lloyd, quiero que estés muy atento a las comunicaciones de tu equipo. Downey, tú del tuyo. Jefe Rodríguez, necesito un par de ojos extra para vigilar todo esto desde fuera. La gente confía en usted. Le cuentan cosas que no muchos sabemos.

Todos asintieron con la cabeza, menos To.

—¿No estás de acuerdo, agente To? —le pregunté.

—Estoy de acuerdo, Strait, pero no me tengas en cuenta para ninguna de tus decisiones. No tomaré partido en esto. Si hay infiltrados y esto se derrumba, no quiero que mi nombre quede asociado con las pésimas decisiones que puedas tomar.

Aquel comentario no mejoró mi confianza.

—Si hay infiltrados y esto se derrumba, será mejor que pueda informar de tu ayuda y no que rechazaste colaborar.

—Lo siento. Llámame si me necesitas —dijo, saliendo de la carpa.

«Maldito imbécil».

Esas dos palabras ya eran típicas para describir a To.

Downey, Lloyd y el jefe Rodríguez no dijeron nada. Entendieron el mensaje y se pusieron manos a la obra con lo que les pedí.

Cuando estuve sola, recibí un nuevo mensaje de Brandon, el hombre con el que menos quería hablar en ese momento.

¿Estás bien? El país entero está pegado a la televisión. Te he visto en directo cuando ha muerto Vanderbilt. Solo quiero saber si estás bien.

Por más que apreciara su preocupación no respondí al mensaje.

Cuando iba a guardar el teléfono tuve una idea.

Me acerqué a Downey y me lo llevé a un lado para que nadie nos oyera. Me puse cerca de su oído y susurré:

—Downey, sé que eres el mejor en lo que haces, pero tengo un amigo *hacker*, graduado en Harvard, que creo que nos puede ir bien para una consulta técnica. Añadiríamos un par de ojos imparciales que nos pueden decir qué es lo que no estamos viendo.

Downey dudó un segundo, analizando la opción que le planteaba.

—¿Estás segura de querer traer a alguien de fuera para esto? Solo necesito desencriptar el cifrado que está usando —susurró.

—Creo que él podría ayudarnos a lograrlo —respondí mientras me ponía en marcha.

Downey pensó un momento y después me siguió.

—No me parece una buena idea. Solo dame más tiempo para descifrar el encriptado. Creo que ya casi lo tengo. Quiero tener el círculo reducido en caso de que logre descubrir quiénes son los infiltrados —dijo.

No presioné más. Asentí con la cabeza y Downey volvió a su mesa.

Me parecía sensato, pero me guardaría esa carta en caso de necesitarla.

Los medios todavía hablaban del incidente. Muchos pasaban notas que hablaban de

Vanderbilt y su vida como sacerdote. Era un recuento muy rápido, porque no habían tenido tiempo de montar un texto decente dada la rapidez de su muerte. Aunque daba la impresión de que muchos medios esperaban que eso sucediera y se fueron preparando para el gran momento.

To entró de nuevo en la carpa y se dirigió donde yo estaba monitoreándolo todo.

—He podido hablar con los medios. Van a cortar la transmisión unos minutos mientras un equipo se encarga de recoger el cuerpo del Cardenal —me informó.

Asentí y se marchó.

Qué forma tan horrible de morir. Una persona se había suicidado frente a mí. Si lo miraba con frialdad, yo lo envié a la muerte. ¿Qué propósito tenía el terrorista con todo eso? ¿Era tan culpable como él? Me preguntaba si el hermano del Cardenal lo vio morir o prefirió cerrar los ojos. El presidente jamás iba a perdonarme aquel error. Lo sabía. Eso me iba a traer graves consecuencias en cuanto todo terminara. Podía alegar que tomé las decisiones que consideré convenientes en pro de la supervivencia de miles de personas, pero iba a ser muy difícil lidiar con eso.

Solo quería salvar al presidente.

Volví a darle vueltas al rompecabezas que intentaba resolver.

Dos hermanos. Uno muerto. Otro a las puertas.

Ese terrorista no podía estar actuando solo. Aunque quisiera creer que su comentario de los infiltrados era para desviar mi atención, no podía dejar de pensar que quizá tenía razón. Había señales entrando y saliendo del edificio. ¿A dónde se dirigían esas señales que salían del hotel? El terrorista teledirigió misiles para destruir los helicópteros. Aunque el plan hubiese sido obvio, ¿cómo sabía la posición exacta de las naves para dar las coordenadas concretas a los misiles? Se encargó del Cardenal porque se lo entregué. ¿Por qué lo quería justo en ese momento? Tuvo que premeditarlo durante mucho tiempo. Tal vez meses o puede que incluso años para saber en qué orden tomar cada decisión.

Era un guion y lo estaban llevando de un modo magistral; nosotros caíamos a cada paso que dábamos.

Algo no encajaba. No estaba bien y mi mente seguía en *shock* por la primera revelación del terrorista. Él dijo que iba a revelar más cosas. ¿Cuáles faltaban? Intentaba por todos los medios no pensar en eso a pesar de que debía sentirme devastada por recordar ese momento de mi vida, pero no lo estaba. Mi mente se negaba a procesarlo.

—¿Agente Strait? —dijo una voz de mujer.

Era Liz, una del equipo de Downey.

—¿Sí?

—Downey cree haber encontrado una pista.

—Quiero verla.

PARTE II

LAS REVELACIONES



10

Heridas del pasado

En el callejón donde me encontraba, el olor a pólvora, suciedad y basura se juntaban para crear un nuevo aroma que penetraba en mi nariz, hasta lo más profundo de mi cerebro, haciendo de las tuyas para marearme y provocarme malestar que podía o no convertirse en una expulsión desagradable por la boca.

Sin embargo, las vivencias que había tenido durante las últimas horas podían ayudarme a centrar mi mente y mis habilidades en otras cosas.

El terrorista atrincherado al otro lado de la calle, a dos manzanas de allí, me llevaba ventaja en cualquier movimiento que hacía o discutía con mi equipo. Tenía infiltrados en la policía, o eso dijo. Era un dato que no me había dado tiempo ni confianza para verificar correctamente.

Después de revisar la pista por la que Liz me había buscado y darnos cuenta de que no llevaba a ningún sitio, decidí salir de la carpa y meterme en ese callejón.

Necesitaba cerrar los ojos y concentrarme. Sentía mucha presión y mi ritmo cardíaco me lo recordaba con cada palpitación. Decidí caminar de un lado a otro del callejón. En la profundidad de mis pensamientos ideaba algún esbozo de plan que me ayudara a terminar con todo ese espectáculo mediático.

No lo conseguía. No podía dejar de darle vueltas a lo que dijo de Gabriella. Habían pasado

unas horas y yo seguía sumida en el vacío de aquella revelación.

Hablé con el jefe Rodríguez y se lo comenté. Me dijo que hablaríamos de eso, pero yo necesitaba hacerlo ya.

Para intentar no pensar más en todo eso, le di más vueltas a algún posible plan, cuando de pronto vi una figura al final del callejón. Las luces artificiales que teníamos en todo el perímetro del hotel solo me permitían definir el contorno de aquel ser humano. La figura caminaba hacia mí a paso decidido, con seguridad.

—Parece que necesitas un momento a solas. Siento mucho haberte interrumpido —dijo Lloyd al llegar frente a mí.

—Parece que todos necesitamos ese momento a solas —respondí con una media sonrisa en mi rostro—. ¿Ha contactado?

—Aún no.

—Le gusta hacerse de rogar, ¿no?

—Creo que lo hace por simple satisfacción. Lo hace porque sabe que eso te cabrea. —Sonrió.

—Hay muchas cosas que me cabrean últimamente. Tal vez solo busca el modo de salir de todo esto. A veces pienso que ni siquiera tiene un plan definido —respondí mientras me tocaba las yemas de los dedos.

Intentaba darle un poco de calor a mis manos congeladas. Si les daba la vuelta, Lloyd vería que incluso mis uñas habían tomado un tono púrpura por el frío interno que sentía.

—Estamos embarazados —acotó Lloyd.

—¿Cómo dices? —Mis pensamientos se interrumpieron abruptamente.

Sabía lo que Lloyd había dicho, pero no lo procesaba.

Él sonreía con una dentadura blanca y perfecta.

—Estamos embarazados. Mi mujer y yo —respondió.

A pesar de que mi mundo estaba patas arriba, la noticia de que Lloyd iba a ser padre me alegraba más que nada en ese momento. Sabía lo difícil que había sido para ellos y el proceso tan complicado que vivieron durante años.

La verdad es que él era una persona muy especial. Muy profesional en su trabajo, pero muy entregado a su familia.

Me acerqué y lo abracé tan fuerte como pude.

—No sabes lo feliz que me hace esta noticia —susurré.

—Gracias. Sé que es así.

—¿Ya sabéis qué será? —pregunté cesando el abrazo.

—Una niña.

—Las mujeres siempre son especiales. Puedo decir que Brian supo lo que era el amor verdadero hacia una mujer cuando tuvimos a Gabriella —conté con un deje de tristeza en mi voz.

—Janet... —Lloyd me miró con los ojos húmedos.

—Está bien. Estoy yendo a terapia. He aprendido a lidiar un poco con el tema —dije, moviendo las manos para que no se preocupara.

No quería quitarle importancia a la noticia que había compartido conmigo.

Era su momento, no el mío.

La verdad es que sí había estado yendo a terapia para lidiar con el tema de Gabriella, aunque fuese un poco. Perder a un hijo es perder una parte de ti mismo. Solo los padres de mi grupo de

terapia sabían lo que se sentía en realidad.

—Bueno, pues habrá que celebrarlo. En cuanto salgamos de esta celebraremos el nacimiento de... —Dudé un segundo—. Lo siento, no me has dicho si ya habéis elegido un nombre.

—Cristina —respondió Lloyd.

—Celebraremos el nacimiento de Cristina, entonces.

—La verdad es que no sé si seré un buen padre —admitió.

—Pero ¿qué dices? —pregunté atónita—. Eres el mejor hombre y marido que conozco.

Intenté ofrecerle una sonrisa de ánimo, pero creo que lo que salió en ese momento fue una terrible mueca. Estaba segura de ello. Lloyd supo disimularlo muy bien. No iba a decirme nada porque así de increíble era Francis Lloyd. Había luchado mucho por ser padre y ahora dudaba de su capacidad como tal.

Lloyd asintió y por un segundo su rostro cambió al oír los pasos que se acercaban.

Ambos miramos hacia el mismo lugar por donde Lloyd vino. La figura era más menuda, pero no tardamos ni dos segundos en reconocerla porque venía un poco agitada.

—Agente Strait. Oficial Lloyd. Parece que tenemos una nueva pista que podría ayudarnos —dijo Liz, la asistente de Downey.

—Dile a Downey que ya vamos para allá —le dije de inmediato.

Liz asintió y se fue.

Miré a Lloyd y señaló con la cabeza para irnos, por lo que empezamos a caminar para cruzar las dos manzanas que nos llevarían de vuelta al centro de mando.

—No creo que avancemos si solo esperamos.

—Lo sé. Yo también pienso lo mismo —respondió Lloyd.

—Pero tampoco podemos hacer mucho. Nos tiene a todos atados. Tenemos infiltrados en alguna parte del equipo que aún no hemos descubierto y cualquier intento de ataque que hagamos estará gafado sin empezarlo siquiera.

—Tenemos que identificar al terrorista. Solo así podremos saber cuáles serían los posibles aliados y nos facilitará el trabajo. El problema es que ni siquiera estamos cerca de saber quién es o qué quiere.

Estábamos a punto de llegar cuando Lloyd me detuvo, se giró y me dijo:

—Quiero darte un consejo, pero te lo daré solo si me dices que estás dispuesta a aceptar un consejo mío.

—Por supuesto —respondí curiosa.

—Intenta confiar más en los que te rodeamos. Estamos aquí para ayudarte. No estás sola. Y, sobre todo, avísanos si necesitas alejarte un par de minutos. Somos muchos los que podemos cubrirte y ayudarte. Habla, por favor —dijo, casi en una súplica—. Lo digo porque el equipo siente tu tensión y yo también.

Era cierto.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas —aseguré con un temblor en la voz que él no notó.

Me miró y me invitó a seguir caminando.

Llegamos a la carpa y nos dirigimos de inmediato hacia donde estaba Downey, que trabajaba en el ordenador y observaba con fijeza varios monitores.

—Estoy intentando algo, Janet, pero no sé si funcionará —dijo sin ni siquiera apartar los ojos de las pantallas.

—Lo que sea que pueda darnos una pista.

—Intento triangular el lugar desde donde se están recibiendo las señales que salen del hotel.

—¿Cuánto tardarás en tenerlo?

—El sistema nos lo dirá en diez segundos.

«Los diez segundos más largos de mi vida», pensé.

La máquina calculaba algo y mostraba un mapa del mundo. Había un puntero que iba de localización a localización alrededor del mundo y una barra de carga que estaba a punto de terminar.

—Parece que está en... ¿Londres? —Downey dudaba.

—¿Estás seguro? —pregunté.

El ordenador marcó otro punto en el mapa.

—Londres y Sídney —dijo.

—¿Qué?

Los puntos en el mapa empezaron a multiplicarse en varios alrededor del mundo.

Downey se levantó y tiró su silla.

—Está usando distintos servidores para desviar la señal. Es imposible rastrearlo.

Estaba agotada y esa había sido la gota que colmó el vaso.

—¿Cómo es posible que un niño nos lleve la delantera?! —grité.

El equipo se calló y se giraron para mirarme. Sabía que no saldría nada bueno en los próximos segundos, pero no pude evitar que saliera todo lo que sentía. En pocos segundos fallé a Lloyd en la promesa que le había hecho.

Él me cogió del brazo con cuidado y movió la cabeza de un lado a otro, pidiéndome que me calmara. Lo que sucedió a continuación lo lamentaría siempre. En un intento de soltarme dejé que la palma de mi mano impactara con fuerza en la mejilla de Lloyd.

Abofeteé a uno de mis oficiales frente al resto del equipo.

Los gritos ahogados de sorpresa no se hicieron esperar.

To y el jefe Rodríguez presenciaron aquella bochornosa escena, pues también estaban dentro de la carpa hablando entre ellos. Vi al jefe acercarse a mí y me pidió que lo acompañara.

La sonrisa de To fue inmediata. Después se cubrió la cara con ambas manos y negó con la cabeza mientras intentaba ocultar su cara de frustración y decepción.

Intenté disculparme con Lloyd, sin embargo, desapareció en dos segundos y no pude verlo.

Salí de la carpa con la mirada de todo el equipo a mis espaldas. No creí que ninguna de esas miradas fuese clemente con mi comportamiento.

—Agente Strait, está destituida de la negociación —dijo el jefe mientras yo aún caminaba para llegar hasta donde él me esperaba.

—Lo siento de veras. Me he dejado llevar por la tensión y el impulso del momento.

—¿Qué diablos estás haciendo, Rodríguez? —La voz de To apareció por detrás de mí.

—Agente To, el FBI cogerá las riendas de la negociación para intentar salvar al presidente —respondió el jefe.

—¿Está loco?! —preguntó To sorprendido—. Yo no cogeré las riendas de este desastre.

—No, no lo estoy, agente To. Y si me toma en serio, hará lo que le estoy pidiendo.

Yo me mantuve callada viendo aquel intercambio de palabras entre ambos.

—¡El terrorista pidió a Janet para la negociación! ¡Si la sacamos del equipo ponemos en

riesgo la vida del presidente! —gritó.

Aquello sonaba casi a súplica. Tanto él como yo nos jugábamos la reputación.

—Lo sé, agente. Pero no puedo tolerar este tipo de comportamiento por parte de mis oficiales. No podemos permitir que el equipo se enfrente. Usted lo sabe mejor que nadie.

—Esto es increíble. —To se agarraba la cabeza con ambas manos.

—Créalo —se limitó a decir el jefe.

Me fulminó con la mirada y me pidió que lo acompañara.

Mientras caminábamos, habló por radio y solicitó escolta para volver a la estación. De pronto aparecieron tres patrullas y subimos a uno de los vehículos. Un helicóptero apareció sobre nosotros para protegernos desde el aire.

Nos alejábamos del centro de operaciones. Cuanto más lejos estábamos, menos iluminada se veía la ciudad.

Intenté hablar con el jefe, pero la voz no me salía.

—Linda —dijo él, sonriendo con el móvil en la oreja—, Janet y yo volvemos a la estación. Por favor, prepara dos cafés.

Colgó la llamada sin decir nada más y después de un momento de tenso silencio, el jefe habló:

—Janet, esto no es una derrota. A pesar del bochornoso espectáculo que has dado, somos muchos los que te seguimos admirando por lo que has aportado al departamento durante todo este tiempo.

—Jefe, yo quería... —Me detuvo alzando la mano en señal de silencio.

—Sé que te sientes muy mal, en especial por Lloyd —dijo.

Asentí.

Me sentía mal por él. Acababa de confiar en mí contándome lo del embarazo y yo le abofeteé sin razón.

—Él estará bien. Ya es mayorcito —concluyó.

Quise decir algo más, pero no me salieron las palabras.

Él se dio cuenta.

—Janet, sé que en este trabajo, a veces, la amistad es complicada. Queremos encariñarnos con las personas con las que trabajamos, pero olvidamos que vivimos con la incertidumbre de si moriremos hoy o mañana —empezó a decir—. La naturaleza de nuestro trabajo es así. Yo lo aprendí a la fuerza. Lloyd entenderá tu reacción. —Hizo una pausa y después siguió—. Cuando empecé me hice amigo del que en el futuro sería mi jefe, el jefe Brown. La amistad creció hasta el punto de que quedábamos constantemente con nuestras respectivas familias. Un día Brown descubrió algo que quería comentarme, pero nunca llegó a decírmelo. Al parecer, había oído algo de alguien que era importante, pero no tenía pruebas. Al menos eso fue lo único que pudo decirme en aquella llamada que me hizo mientras iba hacia mi casa para hablarlo. Lo siguiente que supe de él fue que tuvo un accidente de tráfico. Cuando nos personamos en el lugar, estaba dentro de su coche con un tiro en la cabeza y la boca llena de arena. Nunca logramos encontrar pistas y la investigación se cerró sin ningún sospechoso. Declararon que murió allí y me asignaron darle la noticia a su mujer; mi amiga. Fue desgarrador. Ese día comprendí que la amistad en el trabajo es muy complicada. No por eso tenemos que dejarla de lado, pero el no tenerla en ocasiones nos ayuda a aligerar la carga.

Sus ojos brillaban por las lágrimas que contenía. Nunca, en todos los años que lo conocía, Rodríguez lloró delante de mí. Siempre fue muy profesional y tener una amistad con él era impensable para todo el departamento. Conocía la historia del antiguo jefe de policía, sin embargo, nunca supe que habían sido íntimos amigos. Ahora entendía las razones. Con mi comportamiento, le toqué una fibra sensible.

Yo también contuve las lágrimas. Había tenido demasiadas emociones desde primera hora de la mañana y por fin podía dejar que algunas de ellas salieran a la luz.

El jefe dejó de hablar porque estábamos llegando a la estación de policía.

Me limpié las pocas lágrimas que corrieron por mis mejillas y vi que él hizo lo mismo.

El frío de la noche empezaba a filtrarse por todos los rincones y la oscuridad se cernía de un modo distinto sobre la ciudad.

Bajamos del vehículo y el helicóptero se detuvo sobre nosotros, alumbrando nuestra llegada. Las patrullas que nos escoltaron iluminaban la calle con sus luces rojas y azules. Desde donde se viese, aquella era una escena dramática.

El jefe me acompañó hasta el interior.

Volví a ser la Janet negociadora. Al menos en mi mente y por un corto periodo de tiempo, para no parecer la mujer inmadura de la carpa un rato antes.

—Jefe, quería preguntar... ¿qué se sabe de los posibles infiltrados?

Me miró dubitativo. No parecía estar seguro de lo que fuese que quisiera decirme.

—Todavía nada. Creemos que lo dijo para desviar la atención —respondió serio.

No se inmutó ante mi pregunta, lo cual me sorprendió. Unos segundos atrás me abrió su corazón y de pronto se había vuelto frío conmigo. Como un padre que intenta corregir a su hija. De nuevo, se comportaba de un modo muy paternalista.

Me guio hasta una de las salas de interrogatorios. Abrió la puerta y me invitó pasar.

Aquello me dejó dudosa y fruncí el ceño.

—¿Soy culpable de algo? —pregunté.

—Solo hablemos.



11

Vitam et mortem

Linda llegó con los dos cafés que pidió el jefe Rodríguez de camino a la estación. El humo que emanaban por lo calientes que debían estar me hizo sentir tranquila por un segundo. Sabía que aquella ilusión quizá no duraría mucho tiempo, así que decidí aprovecharla todo lo posible.

Linda dejó los cafés sobre la mesa y le lanzó al jefe una mirada cargada de dudas, cerrando la puerta tras ella cuando se fue.

Me senté frente a la mesa que no desconocía en absoluto, y el jefe Rodríguez me pidió el móvil. Se lo entregué a regañadientes.

¿Estaba detenida? ¿Era sospechosa de algo?

Dio media vuelta y se marchó sin decir nada.

Di un sorbo al café; sabía a basura, aunque en aquel momento era lo mejor de lo que podía disponer, dadas las circunstancias.

Llevaba mucho tiempo sin beber un café en condiciones. Ni siquiera iba a las cafeterías de camino a la estación por las mañanas. Prefería ahorrar ese dinero y gastarlo en algo más fuerte que eso.

El jefe volvió y cogió su vaso.

Lo seguí con la mirada sin decir una sola palabra. No iba a hacerlo hasta que él hablara y me

explicara por qué me tenía ahí dentro, aislada del mundo.

Se lo veía preocupado. Con el ceño fruncido, se sentó en una silla y dio otro sorbo al café, contrayendo el rostro en el acto. Sabía tan bien como yo que el café que preparaba Linda era de las peores creaciones de aquella estación, pero, por alguna razón que todavía hoy me cuesta entender, lo seguía pidiendo a diario religiosamente. Una vez a media mañana y otra a media tarde.

El jefe seguía sin decir nada. Tomó otro sorbo y mis nervios empezaban a florecer en la boca de mi estómago y la cabeza.

Otro sorbo sin decir nada.

Seguía mirándolo en busca de alguna pista que me dijese qué estaba haciendo conmigo.

Cuando se disponía a dar el cuarto sorbo sin soltar palabra, fui yo la que decidió romper el silencio. Ya no podía más con todo aquello.

—Sin rodeos, Rodríguez.

Sostuvo el café en el aire, a la altura de su boca. Después de un breve periodo de vacilación, volvió a dejarlo sobre la mesa, entrelazó los dedos de las manos y se dispuso a hablar.

—Eres un riesgo, Janet.

—¿Un riesgo? —cuestioné con desdén.

—Eso he dicho —afirmó—. Eres un riesgo para la seguridad de tu equipo y estás implicada emocionalmente con el caso. Le bastó con mencionar a Gabriella.

Me levanté de la silla. El impulso fue tan fuerte que esta cayó al suelo, hacia atrás. El estrépito del golpe vibró por todas partes.

El jefe había dicho que hablaríamos de eso, solo que no esperaba que fuese de ese modo.

Me impactó que el jefe dijese que estaba implicada emocionalmente. Eso no tenía nada que ver con mi hija, al menos para mí. Intentaba concentrarme porque era un asunto de seguridad nacional. El presidente estaba en peligro de muerte, arrodillado desde hacía horas sobre un par de bombas de presión que estallarían ante el mínimo movimiento del hombre. Mi preocupación y responsabilidad estaban con mi país.

—No he tenido una sola reacción respecto a lo que dijo el terrorista sobre Gabriella —expliqué, señalando con mi mano derecha a la nada.

La apreté con fuerza para reforzar mis palabras.

—Exacto, Janet, exacto —respondió tranquilo.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando habló de tu hija no tuviste ninguna reacción, al menos, visible para nosotros. Eso te convierte en una bomba de relojería. Mira cómo le gritaste al equipo. Has golpeado a uno de tus oficiales frente al resto. Y eso ha sido el principio. Si no te hubiese sacado de ahí, se hubiese desbordado todo y no hubiéramos tenido ningún control de la situación.

—Pero... —quise interrumpir.

Sin embargo, él siguió:

—Lidiamos con un terrorista que amenaza con volar la ciudad y asesinar al presidente. Ya se encargó del Cardenal y mi mayor preocupación sigue siendo tu comportamiento.

Mis lágrimas luchaban por salir, pero no iba a permitir que se saliesen con la suya.

Me sentía vacía, como si nadie entendiera el cóctel de sentimientos que tenía.

La última vez que lloré en serio fue cuando Brian anunció que se iba y se llevaba a Georgie

con él. No he olvidado lo que hizo después de encontrarme borracha en el suelo, sobre la alfombra. Mis vómitos estaban esparcidos por toda la sala y había algunas copas rotas. Me despertaron los gritos de Brian mientras me levantaba con dificultad del suelo. Alcancé a ver a Georgie, mirándome preocupado. Vi la confusión en su rostro.

Brian me sujetaba por los brazos y me hablaba. Yo apenas entendía lo que me decía. El alcohol que todavía corría por mis venas no me ayudaba ni siquiera para comprender lo que estaba ocurriendo. Me senté en el sofá con dificultad y Brian seguía hablando.

No supe qué decir o de qué modo reaccionar. No lo supe hasta que la palabra «separación» salió de sus labios. Ahí fue cuando el alcohol dejó de tener efecto en mi organismo. Empecé a entender palabra por palabra y cómo lo decía. Georgie lloraba y se escondía detrás de Brian, que lo sujetaba con una mano para que no se acercara a mí.

Escuché con atención mientras decía que se iba y que se llevaba a Georgie. Que lucharía por la custodia, porque yo no era una madre responsable ni adecuada para nuestro hijo.

Brian no lloraba.

Estaba furioso.

Empecé a llorar y le pedí que me diera una oportunidad para hacer las cosas de otro modo, pero no quiso escucharme. Salió por la puerta con mi hijo... para no volver. Lo último que dijo antes de marcharse fue que enviaría a alguien de su equipo a por la ropa y demás enseres. Cuando quise sujetarlo para que no se fuera mi cuerpo me traicionó y caí al suelo. Estaba muy mareada y ni siquiera podía mantenerme en pie.

Hubiese preferido que me gritara o incluso insultara, pero se limitó a decir «ya no te reconozco» antes de salir por la puerta, dando un sonoro portazo.

Las mismas lágrimas que derramé ese día eran las que me estaban ganando la batalla en la sala de interrogatorios, frente al jefe Rodríguez, dejándome en ridículo una vez más.

Suprimir el llanto provocó que otro sentimiento tomara el control de mí. La ira amenazó con envolverse. El sentimiento era tan fuerte que llegó en el momento en el que ya no pude contenerlo más.

—¿Acaso es usted estúpido? —solté.

—¿Qué dices?

—¡No entiende que liderar esta negociación de tan alto perfil es lo que me permitirá luchar por la custodia de mi hijo?!

—Janet, creo que...

—¡Usted no entiende que esta es la oportunidad que necesito para rehacer mi vida! —gritaba sin control.

—La que no entiende la situación eres tú. Hay vidas humanas en juego y parece que no te estés tomando las cosas en serio.

Su templanza me hizo sentir ridícula, pero la ira aún podía conmigo y me dolía la cara de tanto que la contraía.

—¿No tomo en serio las vidas humanas? —cuestioné—. ¿Cree que no tomo en serio las vidas humanas después de que la policía encontrara a mi hija muerta? ¿Cree que no tomo en serio cada vida que intento salvar a diario porque me recuerdan a Gabriella?

El jefe permaneció inamovible. Solo escuchaba, atento a las palabras que salían por mi boca sin control. Era más profesional que yo, de eso no había duda. Era como si una fuerza invisible

me impulsara a sacar todo lo que sentía.

—El caso nunca se resolvió, Rodríguez —continuó—. Nunca supimos qué le ocurrió a mi hija. Simplemente desapareció después de salir del colegio y lo siguiente que supimos fue que apareció muerta. Dígame, ¿cree usted que no tomo en serio las vidas humanas? Ahora, de la nada, años después, un terrorista amenaza la ciudad y me ofrece respuestas a lo que he intentado dar algún sentido durante todo este tiempo. ¿Cómo se sentiría usted en mi lugar?

»Las únicas respuestas que busco están ahí fuera, al otro lado de una calle donde intentamos salvar al presidente. Y las tiene un asesino. Es el único que puede dármelas y no me facilitará las cosas. Me las quiere dar a su tiempo, con sus reglas.

El dolor que sentía en el alma era tan fuerte que cogí la silla y la lancé contra los cristales de la sala de interrogatorios. Ni siquiera el estruendo del impacto contra el cristal, y menos el que sonó de nuevo cuando la silla cayó al suelo, hicieron que mi jefe se inmutara.

Me miraba con fijeza. No se sorprendía por mi comportamiento.

Caí al suelo de rodillas y empecé a llorar desconsolada. Lo que siguió a la ira fue la tristeza más profunda. Como si aquella tristeza llevara mucho tiempo intentando salir de mi interior para ser expresada y entendida.

El jefe Rodríguez decidió levantarse de la silla y se acercó donde me encontraba.

Se puso de cuclillas.

Imaginé que para alguien de su edad ese simple gesto debía ser agotador si se mantenía así durante algunos minutos.

Seguía llorando. Ni siquiera alcé del todo la cabeza al mirarlo con los ojos rojos, hinchados, y las lágrimas rodando por mis mejillas.

Él sonrió. Pero no fue una sonrisa amistosa o de gozo. Fue una sonrisa de cordialidad y respeto. Entendimiento. Empatía.

—¿Puedo darte un abrazo? —preguntó.

Agradecí que me hubiese preguntado sin asumir que podía hacerlo, porque lo que menos quería en ese momento era un abrazo. Moví la cabeza de lado a lado en señal de negación.

Él lo comprendió, pero no apagó su sonrisa.

—Perder a Gabriella implicó perder el amor de mi marido y a mi hijo. Eso sin contar lo que significó para mí dejar el FBI y volver aquí. Ahora... —Me calle.

Sentía que iba a revelar más de lo que en realidad quería.

—¿Ahora...? —preguntó el jefe, entrecerrando los ojos.

Su sonrisa desaparecía a medida que pude ver las preguntas que pasaban por su mente.

—Y ahora mi salud.

El jefe no dijo nada. La mirada que me dedicó fue clara. Necesitaba saber más sobre lo que le había dicho.

Mi respeto hacia él era máximo, como jefe y amigo, por lo que le conté sobre las pruebas médicas y los resultados que recibí esa misma mañana; le conté cómo estuve a punto de llegar borracha al trabajo, antes de que empezaran los ataques del terrorista.

Esperaba que me reprendiera de alguna forma. No lo hizo. Se comportó como un caballero y no preguntó nada más, solo dijo algo que llevo grabado a fuego:

—Aún hoy y así, hay esperanza.

—Quizá es lo que menos tengo en este momento —dije mientras me levantaba.

Él también se levantó.

—Yo sufrí lo mismo hace años y aquí estoy. Recuperado y complicando tu vida a cada instante.

Me reí por su comentario.

No sabía que él había tenido la misma enfermedad y eso me sorprendió. Pensé que lo conocía mejor.

Pero al menos me hizo reír por un segundo y olvidar todo lo que estaba viviendo en aquel momento. Tanto dentro como fuera de esas paredes.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo nuestra conversación.

El jefe se dio la vuelta para abrirla. Ahí estaba Linda, teléfono en mano. Se lo entregó al jefe, que respondió de inmediato. Después de unos segundos me miró y me entregó el teléfono.

—Quieres coger esta llamada —dijo.



12

El alcalde

—Es el alcalde. Tu marido —dijo el jefe al verme dudar.

Cogí el teléfono con la mano temblorosa. Sabía que al aflojar la ira que había sentido un momento atrás mis músculos se relajarían y quizá tuviera un poco de temblor en todo el cuerpo. Eso sin mencionar las horas que llevaba sin beber alcohol.

Me puse el auricular en la oreja y hablé.

—¿Hola? —logré decir con la voz un poco afectada por el llanto.

—¿Janet? ¿Eres tú? —La voz al otro lado hizo que me levantara de un salto y mi corazón se emocionara por un momento.

—Sí, soy yo, soy yo...

Oí un suspiro de alivio.

—No sabes cuánto me alegra oírte y saber que estás bien —respondió Brian.

—No ha sido fácil. La verdad es que ha sido un día muy difícil.

—Imagino que lo ha sido. Te he estado viendo por la televisión, pero la transmisión ha sido un poco inestable.

Imaginé que con todo lo ocurrido, las cadenas de televisión no querían mostrar mucho más.

—Supongo que ver morir a un Cardenal en directo no es algo para lo que el mundo entero esté preparado.

—No es algo que se vea todos los días, en eso tienes razón.

—Georgie y tú... ¿estáis bien? —pregunté.

—Estamos bien, estamos bien. Nos escoltó un grupo de oficiales. Siguieron el protocolo establecido para estos casos al pie de la letra y estamos en la casa segura.

—Por Dios, no me digas dónde está esa casa.

—No lo haré. Ni siquiera me dejan usar el móvil por razones de seguridad. Estoy llamando desde un teléfono no rastreable del jefe del grupo de policías —me informó Brian.

—Bien. Mejor así —dije sin más.

—Hay alguien que quiere hablar contigo.

No dije nada. Sabía quién era y por primera vez aquel día me sentía muy tranquila. El corazón me dio un vuelco al escuchar la voz de la personita que hacía que mi vida fuese un poco mejor.

—Hola, mami —saludó Georgie.

—Hola, mi pequeño. —Me tapé la boca para no llorar.

No quería que se diera cuenta de que me afectaba tanto.

—Quiero volver a casa.

—Lo sé, amor, pero debes ser paciente. Mami y papi están trabajando para que podáis volver a casa lo más pronto posible.

—¿Vas a venir? —preguntó.

Era una pregunta trampa. Lo que dijera podía crear falsas ilusiones.

—Papi me invitó para que fuese a visitaros en cuanto volváis a casa.

—Te echo de menos —dijo, y mi corazón se encogió.

—Yo también te echo de menos, mi pequeño. —El nudo de mi garganta apretaba cada vez más fuerte.

Oí de fondo que Brian le pedía que terminara de hablar conmigo y le devolviera el teléfono.

—¿Has podido recoger los resultados de las pruebas médicas antes de que ocurriera todo este desastre? —preguntó Brian cuando tuvo el teléfono de nuevo.

Él lo sabía todo sobre mí porque hablábamos a menudo por Georgie, así que no me sorprendí de que supiera lo de los resultados. Lo que no sabía y me negaba a contárselo..., era el resultado. Por eso no quise molestarlo.

Estuve a punto de decirle que sí, pero si le decía la verdad y le contaba sobre mi estado de salud, le estaría dando información valiosa que quizá, más adelante, podía tergiversar y usar en mi contra en los tribunales. No quería que ocurriera eso. La oportunidad de tener a Georgie de nuevo en mi vida era lo único que me daba fuerzas, así que hice lo único que me pareció más sensato: mentí.

—Estuve a punto de ir a recogerlos, pero tuve tanta suerte que estaba cerca de los dos primeros atentados.

—¿Lo presenciaste todo de primera mano? —preguntó.

—Así es.

Hubo un momento de silencio en el que ninguno de los dos dijo nada. Sabía que él no quería mostrarse preocupado por mí. Sin embargo, dadas las probabilidades de poder volver a hablar

aquel día, le conté lo que tenía en mente.

—Brian...

—¿Sí?

—Es sobre Gabriella.

El silencio incómodo fue la respuesta de Brian.

—¿Qué sucede? —preguntó sin más.

—Después de que el Cardenal muriera, el terrorista contactó conmigo. Dijo algo a lo que todavía le estoy dando vueltas.

—¿Qué dijo?

—Que había muerto uno de los responsables de la muerte de Gabriella.

Lo que sucedió a continuación fue lo más inesperado que hubiese podido pasar. Ni en cien años hubiese creído que Brian reaccionara de ese modo.

Quiso decir mil cosas a la vez. En cada intento, se detenía a sí mismo y volvía a empezar. La revelación lo había sacado de quicio, pero la pregunta que concluyó de aquel desastre de oraciones fue la que me dejó confusa.

—¿De verdad necesitamos esto ahora mismo?

—¿Cómo dices?

—Sí, Gabriella murió hace tiempo. Que un terrorista te ofrezca pistas sobre la muerte de nuestra hija, las cuales no sabemos si son ciertas, no es más que un intento desesperado de parecer cuerdo. Y peor aún, de justificar su comportamiento.

—Sé que no te lo vas a creer, pero tengo la sensación de que no miente, que sabe algo de verdad.

—No lo sabe, Janet. Él no conoció a nuestra hija y no sabe nada sobre nosotros. Solo ha hecho muy bien sus deberes, sabe quién eres y cómo desestabilizarte.

Lo que Brian dijo tenía sentido. A fin de cuentas, el terrorista me pidió a mí. A nadie más. ¿Me creía débil? ¿Quería manipularme? ¿Estaba capacitada para esa lucha?

En ese momento me sobrepasaban las dudas.

—Brian, lo único que quiero es zanzar este asunto. Jamás podré superar la muerte de mi hija, no como tú esperas que lo haga. Nunca lo entenderás. Yo la llevé en mi vientre durante nueve meses.

Hubo otro silencio incómodo.

Como Brian no dijo nada, seguí hablando.

—Por favor, dime algo. Estoy haciendo un esfuerzo muy grande por encarrilar mi vida, y lo de Gabriella es una parte fundamental para conseguirlo.

—¿Eso significa que has estado yendo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos? —cuestionó con desdén.

«Mierda» pensé.

Quizá ya sabía que dejé de ir.

Llevaba semanas bebiendo todos los días.

—Así es —mentí de nuevo—. He estado yendo.

—Me alegra oír eso.

Sabía que en algún momento descubriría mi mentira y me lo reprocharía. Entonces, ¿por qué le mentía? No sabía explicarlo.

—¿Sabes por qué me alegra? —preguntó.

—No.

—Porque ayer estuve en el centro de Alcohólicos Anónimos de la ciudad y no saben nada de ti desde hace semanas.

«¡Mierda!»

No supe qué decir.

Me quedé en silencio intentando formar alguna frase útil. Sabía que nada de lo que le dijera me ayudaría a salir del problema en el que me metí yo sola.

—Justo por esa razón es por la que sé que no puedes ocuparte de tu vida. Y si no puedes hacerlo con la tuya, jamás podrás con la de Georgie. Es un niño, Janet, y necesita un adulto responsable a su lado.

Lo que decía era cierto. El silencio volvió a dominar la conversación. Supuse que Brian esperaba a que dijese algo con un poco de coherencia, pero no lograba articular las palabras adecuadas que replicaran todo lo que había dicho.

«Tiene razón» me repetía una y otra vez.

No soy perfecta. Nunca lo fui y en ese momento no pretendía serlo. Solo era una madre con un problema... Varios problemas, en realidad, que buscaba salvar su matrimonio y recuperar al único hijo que le quedaba en la vida.

Pensé una y otra vez que estaba haciendo eso por las razones equivocadas. Que no existía, ni existiría jamás, una razón de peso para que yo quisiera ser reconocida en el país como la mujer que salvó al presidente, más que la certeza de ser popular, y eso iba a darme la imagen perfecta en el juzgado.

Joder, incluso pensé que el presidente podía recomendarme y ayudarme. Así de ingenua fui.

Las razones equivocadas.

Brian tenía razón.

—¿Por eso me dejaste? —pregunté con los ojos llenos de lágrimas.

Esperaba que su voz al fin me dijera que sí, que todo lo que sucedió entre nosotros fue por mi culpa.

Quería y necesitaba averiguar mi parte de culpa en todo este lío. Sabía que, para Brian, encontrarme en la alfombra, desmayada sobre mi propio vómito, fue la gota que colmó el vaso, pero pensé que tendría paciencia y me entendería. Acabábamos de perder una hija, sin embargo, sentía que él seguía como si nada hubiese ocurrido.

Brian era muy político.

Tenía que serlo; ese era su trabajo después de todo. Pero en el amor, en la intimidad, no necesitaba que lo fuera. Lo que necesitaba era que fuese sincero.

—Por mucho que intentara explicártelo, jamás entenderías lo que siento.

Nunca iba a ser sincero conmigo. Eso ya era una utopía.

—Al menos prométeme que os mantendréis a salvo de esta. —Fue lo único que pude decirle de corazón—. En cuanto pueda me reuniré con vosotros.

—¿Qué ha sucedido con la negociación? —preguntó Brian, ignorando mis palabras.

—To tiene el control. Ya no importa.

La puerta de la sala se abrió de par en par y el jefe entró con rapidez. Sus gestos denotaban que estaba a punto de decirme algo importante.

Puse el teléfono contra mi pecho para escuchar lo que me iba a decir.

—Necesito que vuelvas.

—Pensé que To estaba al mando y que no querías que me implicara —respondí confusa.

To parecía haber logrado, al fin y sin esfuerzo, lo que buscaba desde el principio.

—Necesitaba mantenerte en un espacio donde pudieras estar tranquila mientras el terrorista volvía a contactar —dijo el jefe—. Acaba de hacerlo y no le ha gustado la voz que ha oído. To está muy nervioso porque sabe que el terrorista te quiere a ti y ha pedido que volvamos lo más pronto posible. Haz lo que tengas que hacer; volvemos a la acción en cinco minutos.

En cuanto dijo eso, dio media vuelta y salió.

Brian seguía al otro lado de la línea diciendo mi nombre. Quise decirle que debía irme, pero en ese momento decidí que no tenía que darle explicaciones a nadie, mucho menos a la única persona que se suponía que debía estar ahí para ayudarme, y no lo estaba.

Colgué el teléfono sin decir nada y me levanté para terminar de una vez por todas con ese caso.



13

La llama y la tiniebla

Salí de la estación de policía más segura que nunca, lista para enfrentar lo que fuese y a quien fuese. Me cansé de esperar un futuro distinto. Decidí, en cuestión de medio segundo, que a partir de ese momento sería yo la que marcara mi propio camino. Y eso empezaba con el terrorista que me llamaba a gritos para negociar.

Al hablar con Brian abrí los ojos. No necesitaba su aprobación. No necesitaba la aprobación de nadie.

Yo podía con eso.

—Janet, quiero disculparme contigo —dijo Rodríguez. Fruncí el ceño por la confusión. Él entendió que yo no sabía a qué se debía la disculpa—. Por haberte apartado de la acción. Quería que tuvieras un momento de paz y tranquilidad antes de volver a lidiar con el terrorista. No conté con que fuese a contactar tan rápido.

El helicóptero que iba a escoltarnos sobrevolaba por encima de nosotros, iluminando la estación.

La oscuridad había engullido al sol y la noche se cernía sobre la ciudad.

Subí al coche patrulla y nos movimos. Llevábamos un vehículo delante y otro atrás. El mismo protocolo de seguridad de siempre.

En ese momento se me ocurrió pensar en cuántas veces había salido mi cara en las noticias. No tenía contacto con los medios de comunicación, aunque, según procesaba lo que me dijo Brian, seguían transmitiendo a nivel mundial el épico desastre.

Aquella escolta no hacía más que agregar un buen material para las cadenas de noticias de todo el mundo.

—Todo bien —dije al fin, respondiendo a las palabras del jefe mientras miraba por la ventanilla—. En serio.

Rodríguez no le dio más importancia al asunto. Era un hombre muy sabio y era consciente de que, si me daba más atención de la necesaria, acabaría montando una escena de niña mimada. Debía admitir que ocurrió alguna que otra vez.

El jefe cambió de tema drásticamente y volvimos a la acción.

—Como ya sabes, el terrorista ha contactado.

—¿Y ahora qué necesita? —pregunté.

—Quería saber dónde diablos estabas —contó el jefe—. Ha amenazado con volar la ciudad entera si no volvías pronto. No ha querido hablar con To.

—No lo culpo. Nadie quiere lidiar con un tipo tan capullo como él.

Mi respuesta fue tan fría que me sorprendí incluso yo.

Rodríguez esbozó una extraña sonrisa torcida como si aprobara mi comentario. Ambos conocíamos muy bien a To.

—Se nos acaba el tiempo. Todavía no sabemos qué quiere y pretende manteniendo esta espera. Creo que es importante que empieces a presionarlo un poco para ver hasta dónde se deja doblegar con tal de obtener algo de información.

—Creo que él tiene información muy valiosa que todavía no quiere compartir con nadie. Creo que no tardará en hacerlo. Lo único que no entiendo es a qué está esperando. Es como si esperara alguna señal.

—Downey mencionó que hay señales electromagnéticas que entran y salen del edificio, ¿no es así? —preguntó Rodríguez.

—Exacto. El problema es que Downey todavía no ha logrado descifrarlas. Según entendí de las explicaciones que dio, es como si ese tipo tuviera su propio lenguaje de programación para enviar mensajes cifrados. Tuvo que diseñarlo durante años, pero me cuesta creer que lleve tanto tiempo planeando esto.

La ciudad sigue desierta. En cada calle por la que pasamos hacia el hotel, encuentro desolación. Como un cáncer que se ha propagado, y yo sabía entender esa referencia.

En el aire todavía volaban helicópteros de los medios de comunicación. La ciudad seguía siendo el centro del mundo. Conforme pasaban las horas, más crecía la tensión.

Al fin pude vislumbrar, de nuevo, la carpa donde estaba el centro de operaciones. Todavía rodaban por ahí los vehículos del ejército y el FBI. Los francotiradores estaban en posición sin poder realizar ni un solo disparo. Había demasiada gente que intentaba encontrar una solución o simplemente esperaban una orden.

Y todos ellos respondían ante mí. La nueva Janet. La que iba decidida para terminar con eso de una vez por todas.

El vehículo se detuvo y bajé para volver a la carpa.

—Al fin vuelves, niña —saludó To—. El presidente en funciones está presionando para

obtener resultados. Quiere que esto termine cuanto antes.

—Haré todo lo que esté en mis manos, To. Recuérdale al presidente que tenemos un sociópata al otro lado de la calle que está dispuesto a hacernos volar por los aires y que tiene todos los medios para lograrlo.

To esbozó una sonrisa condescendiente.

—Yo me encargo —respondió.

Me sorprendió su actitud. Me costaba averiguar si lo decía en serio o estaba siendo sarcástico.

De To podía esperar ambas cosas.

No volví a verlo durante un buen rato.

Supe que había logrado transmitir una nueva imagen, la cual era muy distinta a la mujer inestable que fui por la mañana.

Cuando To se marchó, mi equipo entero se quedó en silencio. Todos me miraban, así que decidí romper el hielo.

—Quiero aprovechar para disculparme con vosotros, sobre todo, con el oficial Lloyd. No actué con profesionalidad y tampoco es como soy en realidad. Vosotros me conocéis y habéis trabajado conmigo en otros casos. Sabéis quién soy y cómo trabajo; que os respeto a todos y cada uno de vosotros. Dejé que mi vida personal me afectara, pero eso se ha acabado. Vamos a salvar al presidente y devolvámosle a esta nación un poco de lo mucho nos ha dado. Hagamos que los habitantes de este país sepan quiénes les protegen, y lo haremos salvando al presidente. Vamos a luchar con todo —dije del tirón.

Me salió del alma.

Tenía la ansiedad por las nubes, pero había recuperado la energía que necesitaba para acabar con ese terrorista.

Todos aplaudieron enérgicamente, excepto Lloyd.

No parecía del todo contento. Lo podía notar, lo cual era extraño viniendo de una persona tan profesional como él. Había algo en su mirada que no me gustó y me dejó con malestar. Transmitía enfado y confusión en una mezcla indescifrable.

Quise pensar que no era nada y dejé de prestar atención cuando mi móvil empezó a sonar dentro de la carpa.

El terrorista estaba contactando de nuevo.

El equipo conectó la llamada al sistema de la policía y pusimos los altavoces.

—Janet, me alegra saber de ti —saludó—. ¿Te han tratado bien tus superiores? He oído aplausos, imagino que eran para ti.

Me sentí contrariada.

Cada vez que hablaba con ese tipo sentía un deje de preocupación por su parte, como si de verdad me conociera. Y yo sabía que no me conocía de nada.

No obstante, dejé que la situación fluyera. A partir de entonces iba a seguirle el juego tanto como pudiera para ver hasta dónde podíamos llegar. Quería información y la quería cuanto antes, así que no pensaba tirar por la borda ninguna oportunidad.

—Sí, eran para mí —respondí calmada—. Relevé mis funciones durante un rato, pero ahora estoy de nuevo al mando —asegué.

Él rio por lo bajo.

—Me alegro mucho. Solo quería ofrecerte una sincera disculpa por mi parte. Creo que te he

hecho perder unas valiosas horas durante todo el día. Lo siento de corazón. Te he solicitado tiempo y he ocultado para qué lo necesitaba. Todavía no puedo darte ese dato, pero sí quiero ofrecerte más información.

Era como si me leyera la mente y al mismo tiempo como si jugara conmigo.

—Tienes razón. Sigo sin entender para qué necesitas ese tiempo. Como es tan valioso para ti te lo hemos dado, pero no ha sido por voluntad propia. Valoramos nuestras vidas y no me gustaría poner en riesgo a mi equipo.

—Me parece sensato, Janet. Aún no puedo darte esa información. Te prometo que esto terminará pronto.

Sentía que, a pesar de haberme ido un momento y regresar con más fuerza, él seguía jugando con nosotros de alguna forma. Y se lo seguíamos permitiendo porque nos tenía acorralados. No teníamos la capacidad suficiente para atacar sin salir heridos o muertos.

—Pronto te lo explicaré todo. Te lo prometo —prosiguió, reafirmando lo que ya había dicho.

—Sé que sí. Si no es de este modo, será en los tribunales cuando te estén juzgando por todas las personas que han muerto por tu culpa.

—Bueno, como veo que entre nosotros fluye una buena conversación, déjame que al menos me presente. Mi nombre es Light. Creo que eso no lo sabías. Como dije esta mañana, vengo para ser la luz que alumbra las mentiras ocultas durante tanto tiempo en la oscuridad. Vengo a dar luz a muchas situaciones, incluida la muerte de Gabriella. Pero también de otras más preocupantes y que requieren de toda nuestra atención. ¿Juzgarme, dices? Cuando diga todo lo que tengo por decir, los que serán juzgados serán aquellos que se creyeron inmunes. Los que creían que podían esconderse sin más. Esos darán que hablar. Yo solo soy un simple peón en una *gran* partida de ajedrez.

Mi cabeza empezó a dar vueltas. El terrorista tenía un nombre. Uno ridículo, pero tenía un nombre al que poder asociar su cara: Light.

Imaginé que ese sería su alias de *hacker*.

Después de su discurso tenía más preguntas.

—¿Qué es lo que buscas?

—Estás intrigada, ¿verdad? —preguntó.

—Hablas de arrojar luz a la oscuridad, pero ¿no podías hacerlo de otro modo? ¿Por qué el presidente? ¿Por qué hoy?

—Cuando te diga lo que busco en realidad, aparte de todo lo que quiero desvelar, entenderás por dónde voy.

Oí cómo esbozaba una sonrisa.

—Sé claro —exigí.

—Quiero el *Cordón de Hierro* —dijo.

Mi corazón se detuvo de inmediato. Ahora entendía por qué fue a por el presidente.

—Así que quieres apropiarte del código fuente del software. El presidente es uno de los tantos de alto de nivel que puede decirte dónde está.

—No lo queremos para usarlo. Te estarás preguntando entonces por qué no ir a por cualquiera de los otros autorizados. Bien, pues este era el que más me interesaba, además de que es el único que no requiere una segunda aprobación para acceder a él. Janet, el presidente también tiene oscuros secretos, así que... ¿por qué no matar dos pájaros de un tiro? Además, el

proceso de descryptado es largo. El presidente ya me ha dado el acceso que necesitaba. Mientras el ordenador hace su trabajo, tengo que mantenerte a raya para que no arruines el plan. Como te dije, al final de la noche estarás de mi lado.

—¿Y de verdad crees que eres el indicado para llevar a cabo este plan? No eres más que un niño malcriado en pijama con un ordenador —dijo socarrona.

Mi equipo rio. Pero no fueron carcajadas, sino una risa más bien modesta que no le gustó a Light, pues su tono de voz cambió.

Estaba claro que aquel comentario no le había hecho gracia. Me burlaba de él y lo sabía.

—Qué gracia, ¿no? Te daré un dato: yo también quiero reírme. Deja de buscar ratas en tu gente, porque no las hay. No existen. Solo quería saber si lo que sabía sobre ti era cierto. Ver cómo dudabas de todo lo que eras y creías ser. No me equivoqué. Sigues teniendo una gran inestabilidad mental con la que cualquiera dudaría de que seas capaz de llevar esta situación con la precisión que requiere.

Aquel comentario me lo confirmaba: estaba lidiando con un niño que quería ser hombre. De paso usaba ataques personales para controlar la situación. Solo quería que me cabreara de nuevo.

De reojo vi que Rodríguez estaba cerca y me lanzó una mirada de aprobación. Él había tenido esa teoría de que Light solo jugaba con nosotros.

Estaba lista para cortar la comunicación y dejar la pelota en mi lado de la cancha, cuando de pronto soltó la bomba que ninguno de nosotros esperaba:

—Lo que sí puedo confirmarte es que hay otro terrorista que ya está listo para actuar en el momento adecuado. Su nombre es Shadow y él no dudará ni un solo segundo para bombardear esta miserable ciudad y acabar con todos si a mí me ocurre algo —dijo riendo.

—No sois nada buenos eligiendo nombres —dijo, de nuevo con socarronería—. Diría que nosotros estamos listos para actuar cuando sea oportuno. Si es necesario, volaremos el edificio entero con tal de verte caer, aunque perdamos al presidente.

Light rio de nuevo.

—Haré que entiendas qué es lo que está en juego —dijo.



14

Fuego en el cielo

—Mantén las televisiones encendidas. Quiero que estés pendiente y que sepas de primera mano lo que has ocasionado —continuó.

Aquello rompió mi tranquilidad. No dije nada, solo miré hacia Downey y asentí. Él se apresuró a encender las televisiones para ver las noticias.

Todos seguían repitiendo escenas de lo ocurrido durante el día. Una pantalla mostraba un debate en vivo entre especialistas de seguridad y reporteros. Otro transmitía en vivo.

Después de un par de minutos escuché a Light tecleando con rapidez.

—No es necesario que me demuestres nada —le dije—. Creo que ambos nos respetamos mutuamente, aunque a primera vista no lo haya parecido.

Estaba intranquila por lo que podía ocurrir, pero no quería demostrarlo para no hacerle creer que tenía el control sobre nosotros. Sobre mí.

Light no dijo nada y cortó la comunicación.

Se me erizó el vello de la nuca al imaginar lo que podría ocurrir. Aquel loco era capaz de hacer cualquier cosa y tenía la posibilidad de destruirnos en un santiamén.

—Tranquila —dijo To.

Estaba a mi lado y no lo había visto.

—Lo estoy, solo que no sé qué esperar.

—Creo que de este tipo esperamos lo que sea —respondió.

—Eso es lo que me preocupa. Ese *lo que sea* —dije, antes de ver que los medios de comunicación empezaron a cortar sus transmisiones.

—... reportes de avistamientos de objetos rodeados de fuego moviéndose en el cielo...

—... destello de luz que alumbra la oscura noche de Texas...

—... confirman objeto no identificado cruzando el cielo en California, todo esto después de los ataques perpetuados en Nueva York...

—Pero ¿qué cojones...? —oí decir a Lloyd a lo lejos.

Lo miré, pero él no me devolvió la mirada. Aún estaba molesto. No podía dejar de justificar el sentimiento que tenía hacia mí. Aquel comportamiento se debía, en mayor parte, a lo que le había hecho horas atrás.

—Agente Strait, nos informan de helicópteros del ejército que despegan sin autorización —alertó uno del equipo tecnológico.

—¿Dónde? —pregunté. Él parecía nervioso—. ¿¿Dónde?!

Me miró y sus ojos no auguraban nada bueno después de todo lo ocurrido a lo largo del día.

—En todo el país.

—Downey, ¿misiles? —pregunté esperanzada de que la respuesta fuese un rotundo «no».

Shawn se sentó y empezó a teclear desenfrenado.

De pronto, la pantalla central detallaba un mapa del país y siete puntos rojos en distintos estados.

—Siete lanzamientos no autorizados —informó Downey.

—¿Son los mismos que informan los medios? —pregunté.

—Houston, Los Ángeles, Atlanta, San Francisco, Boston, Filadelfia... —To leía la lista de Downey en voz alta, pero se calló y me miró.

—¿Nueva York? —pregunté, a sabiendas de la respuesta.

—Nueva York —balbuceó To.

—¿Qué opciones tenemos? —le pregunté a Downey.

—Estoy intentando descifrar qué tipo de misiles son para saber a qué nos enfrentamos.

Me giré para ver las pantallas con los medios de comunicación. Un misil había alcanzado Alcatraz, en San Francisco. Podía verse a los civiles correr desesperados por las calles cercanas del Golden Gate.

Vivían en sus propias carnes lo mismo que nosotros.

En Los Ángeles, destruyó el rótulo de Hollywood.

Las imágenes de los noticiarios de California mostraban a cada uno de los momentos que vivían. Las personas corrían y dejaban sus vehículos abandonados en mitad del tráfico. Las imágenes aéreas que mostraban eran una completa locura.

—Janet, informan que los helicópteros se están autodestruyendo en el aire —dijo Rodríguez mientras sostenía su móvil en la oreja.

—Un momento —dije, levantando la mano.

—¿Qué pasa? —Quiso saber To.

—Misiles que destruyen lugares no habitados. Helicópteros que estallan en el aire... Este tipo no quiere causar daños civiles.

Lo que estaba viendo parecía sacado de una película. Personas corriendo para salvar sus vidas, explosiones a lo largo y ancho del país... Aunque de momento no se informaba de bajas, sí se genera una atmósfera de terror.

El teléfono de To sonó. Él respondió y después escuchó con atención.

—Sí... Entiendo. Sí... Luz verde —dijo.

Colgó.

—¿Y ahora qué? —pregunté exasperada.

—Los helicópteros que vuelan hacia aquí... Al parecer no somos el blanco directo.

—¿Cuál es el blanco?

—La Isla de la Libertad. —To no pudo ocultar su enfado.

Sus ojos me lo dejaban bien claro. Estaba cabreado con aquel hombre al otro lado de la calle. Sabiendo cómo era, estaba segura de que, si por él fuera, se habría arriesgado a cruzar la calle, abrir las puertas del hotel e intentar volarle los sesos como fuese, pero el riesgo era demasiado alto y tanto su vida como la del presidente correrían peligro.

Aquello era algo que nos unía como personas y profesionales.

De repente se escuchó el sonido de las hélices sobrevolándonos y salí; quería ver la situación con mis propios ojos. Muchos de los que había en la carpa también salieron.

Los helicópteros pasaron volando bajo, pero no se detuvieron.

La radio interna de To empezó a emitir algo, pues llevó la mano a su auricular.

—Copiado. Fuera —dijo.

—¿Malas noticias?

—Al contrario. El ejército va a volarlos.

Se oyeron las dos detonaciones; los misiles del ejército salieron disparados para seguir aquellas naves sin alas.

Se escucharon dos detonaciones más de impacto. Los misiles habían destruido los helicópteros y ahora eran dos bolas de fuego inmensas que caían en picado a lo lejos.

Ya no pudimos ver más, pero el humo se elevaba en una columna visible.

—Aquí corremos peligro, To —dije—. Creo que lo mejor será evacuar una parte del equipo y solo dejar a aquellos que de verdad sean imprescindibles.

—Lo he pensado, pero no hay modo de escoltar a tanta gente fuera del perímetro sin que corran peligro. Cualquier movimiento podría suscitar sospechas en los terroristas y podrían atacar a gente inocente.

Tenía sentido.

Había un terrorista más que era los ojos de Light fuera del hotel.

—Se registra impacto en la Isla de la Libertad. Repito. Se registra impacto en la Isla de la Libertad —dijo una voz por mi intercomunicador.

—Informe de daños —respondí.

—Impacto de misil. La Estatua de la Libertad ha sido destruida. No hay heridos registrados. Cambio.

Como le había dicho a To, parecía que Light no quería matar a nadie. Solo pretendía enviar un mensaje alto y claro: estaba dispuesto a todo.

—Copiado. Fuera.

Volvíamos a la carpa cuando, a lo lejos, se oyó un nuevo impacto.

—¿Qué ha sido eso? Cambio.

—Un misil ha impactado en el One World Trade Center —respondió To.

Corrí hacia la carpa.

Los medios de comunicación centraban su atención en Nueva York. Las imágenes de la Estatua de la Libertad destruida en el lado izquierdo de la pantalla y la terraza del One World Trade Center en llamas a la derecha.

Al menos no había nadie en la ciudad. Había sido evacuada por completo. Pero no sabía cuántos ataques más podrían llevar a cabo, así que decidí hacer lo único que se me ocurrió en ese momento. Salí de la carpa y corrí hacia el hotel. Tenía el corazón a mil por hora y sabía que aquello quizá funcionaría.

Al llegar, aporreé las puertas de cristal con la mano.

—¡Es suficiente! —le grité a Light, que estaba sentado al otro lado, mirándome.

No había nada nuevo en su rostro, solo la misma sonrisa de siempre.

Se acercó a las puertas y pude escuchar con claridad cada una de las palabras que dijo.

—Yo decidiré cuándo es suficiente —respondió.

—Si no detienes esto cederé la jurisdicción al FBI o al general Williamson, en Washington, para que ellos decidan qué hacer contigo —le dije—. Olvídate de mí, de tus revelaciones y de cualquier otra cosa que tengas que decirme.

Su rostro cambió de repente. Lo que le dije surtió efecto. Él me quería ahí, así que no me dejaría marchar con facilidad, por lo que jugué con sus propias cartas.

—No te preocupes, Janet, ya no habrá más juegos. Esta ha sido mi última carta. Shadow saldrá de entre las sombras en cualquier momento —dijo.

No pude apartar la mirada. Tampoco pude decirle nada. Solo caminé hacia atrás unos pasos y volví a la carpa corriendo.

—¿Qué haces? —recriminó To cuando estuve de vuelta.

—Lo único que se me ha ocurrido para asegurarme de que los ataques cesaran.

—Ha sido muy arriesgado —dijo Downey—. Podrías haber muerto.

—No me matará —aseguré—. Y tampoco dejará que me vaya con facilidad.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Rodríguez.

—Porque me necesita para su juego y poder tener el *Cordón de Hierro* —respondí.

—Esperamos que nos expliques qué es el *Cordón de Hierro* —dijo el jefe.

Todos me miraron expectantes.

—Es altamente confidencial —respondió To, salvándose de la situación—. Lo siento, Rodríguez, pero ni Janet ni yo estamos autorizados para compartir esa información.

Tanto él como yo sabíamos qué era aquel secreto del FBI.

—Downey, ¿has podido descifrar las comunicaciones que se emiten y reciben en el hotel? —pregunté, intentando dirigir la atención hacia otra cosa.

—Todavía nada. He hecho todo lo que sé por mi experiencia y no hay nada de utilidad contra él. Está muy bien preparado.

—¿Hemos intentado *hackearlo*?

—Por supuesto —aseguró Downey—, sin éxito. Es imposible entrar en sus sistemas.

Sin embargo, yo sabía de alguien que sí podría lograrlo. Al menos, intentarlo.



15

El nuevo plan de Janet

—No lo traerás.

La respuesta de Downey cuando comenté mi idea me sorprendió.

Quizá se ofendió con la propuesta.

—Debemos considerarlo, Shawn.

—No. No quiero a nadie que no sea del equipo —respondió.

—Te estás cerrando a la oportunidad de resolver todo esto —dije. Estaba a punto de ser un poco borde—. Además, es una decisión que no te compete a ti. La última palabra es mía.

—Entonces, ¿por qué me lo comentas? —preguntó, alzando las manos al mismo tiempo.

—Por una cortesía que no debería haber tenido.

—Si yo no he podido romper la seguridad de Light, ¿qué te hace pensar que él podría siquiera raspar la superficie?

—No lo sé. Lo conozco y sé cuáles son sus habilidades, pero como he dicho antes, quizá hay algo que no estamos viendo y él nos pueda ayudar a averiguar qué es.

Downey dio media vuelta y se sentó sin decir nada. Me dejó hablando sola.

Los hombres y sus egos inmensurables. Creo que ofendí sus capacidades profundamente. Lo recompensaría en otra ocasión; aquel no era el mejor momento para tonterías. Acabábamos de

vivir un ataque a lo ancho y largo del país, y necesitábamos resolver el caso lo antes posible.

Tenía que salvar al presidente y actuar con inteligencia. No quería más riesgos o bajas.

Salí de la carpa y busqué a To, dirigiéndome a él cuando lo encontré hablando por teléfono.

Levantó una mano en señal de espera.

—Sí, entiendo —decía a la persona con la que hablaba.

Estuvo un buen rato con la llamada mientras yo esperaba impaciente.

—El presidente en funciones quiere que seamos cautelosos —dijo cuando colgó.

—Ahora, de repente, quiere cautela después de presionarnos —respondí jactanciosa.

—Bueno, ya sabes cómo va esto. La política manda en las decisiones que vienen de arriba.

Por un momento dudé en cuanto a lo que quería preguntarle a To, porque no confiaba en él. No obstante, sentía la necesidad de compartir con alguien lo que sentía. No es fácil estar al frente de algo así y no poder expresar lo que sientes, pero como estaba frente a To, se me ocurrió que quizá él era una buena opción para hablarlo.

—¿Crees que lo lograremos?

Él me miró con fijeza. No respondió de inmediato y eso me preocupó un poco. Tal vez tenía sus reservas por todo lo ocurrido y lo que estaba por venir.

—¿Quieres que sea honesto?

—Siempre —respondí.

—Hay algo que no encaja y hasta que no tengamos todas las piezas del rompecabezas no podré ser certero en mi predicción, pero creo que tenemos pocas posibilidades de salir bien parados de esto. El Cordón de Hierro podría estar en malas manos en cualquier momento y, en especial, porque no confío en ti para llevar este caso.

Decidí ignorar el último comentario.

—Pienso igual que tú. Hay algo que todavía no termino de entender, sobre todo, que no sabemos quién es el otro terrorista. Es como si esperara una señal para aparecer.

—Lo sé. Lo que me preocupa es la señal. —Me miró y vi que en sus ojos se reflejaba una gran preocupación. Era real. No lo decía porque sí.

—Creo que lo mejor será esperar. No hacer movimientos bruscos ni asustarlo. El país ya ha pagado bastante —dije.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué querías decirme? ¿O solo me has hecho perder el tiempo?

—Quiero saber qué piensas de una situación. —Me miró atento y seguí hablando—: Tengo un amigo que es informático y un hacker fantástico. Graduado en Harvard. Es muy bueno. Sé lo que digo y creo que nos podría ayudar a colarnos en el sistema de Light sin que él se entere.

—Acabamos de acordar no hacer movimientos bruscos y no quiero que cometamos otro error —susurró, mirando a nuestro alrededor.

—Lo sé, lo sé, pero dame una oportunidad. Esto no será brusco, lo prometo. Tenemos una oportunidad de intentar atacarlo sin que se dé cuenta —respondí, también en un susurro.

To dio un paso atrás y puso las manos en su cintura. Fijó la mirada a la oscuridad de la noche y me miró de nuevo.

—Tienes que asegurarme que no habrá errores.

La inseguridad de To ya rayaba un poco la locura. Sin embargo, sabía que tenía razón. No nos podíamos permitir el lujo de que eso saliera mal.

—No los habrá —aseguré.

To se quedó callado y de pronto dijo:

—De acuerdo. Eres la dueña de este circo.

Asentí y di media vuelta para llamar a Brandon. Cuando fui a marcar su número, noté que me cogían del brazo. Era To. Me tendió la mano y me ofreció un teléfono por satélite.

—No sabemos quién es Shadow y no podemos dar ni un solo paso en falso. Desconocemos si nos están escuchando a través de nuestros teléfonos móviles —dijo, hablando muy bajo cerca de mi oreja.

Viniendo de To, aquello era un voto de confianza hacia mí y mi idea.

Asentí, guardé mi móvil y usé el que me dio él.

El teléfono empezó a dar tono de llamada.

—¿Diga? —respondió una voz dulce al otro lado.

—Brandon, soy Janet —dije.

—¡Janet! ¡Por Dios! ¿Cómo estás? ¿Estás a salvo? Te he escrito varios mensajes, pero no he obtenido respuesta. Estoy preocupado por ti. Inclusoforcé los mensajes por canales de seguridad y satélites para asegurarme de que te llegaran. No sabía siquiera si tenías una buena recepción donde estás.

—Lo sé, pero es que no podía responder. Ya sabes en lo que estoy metida ahora mismo.

—Claro que lo sé, por eso mismo estoy preocupado por ti —respondió.

—Brandon, no tengo tiempo para explicaciones, pero necesito tu ayuda. En realidad, *el país* necesita tu ayuda. —Hice hincapié en lo último porque no quería provocar un posible malentendido.

No en ese momento.

—Está bien. Dime.

Le conté con rapidez todo lo que estaba ocurriendo a nivel tecnológico y por qué creía que él era una buena opción para ayudarnos a ver la luz al final del túnel.

—¿Crees que puedes hacerlo? —le pregunté.

—Por supuesto que puedo. Solo tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Has pensado en mí por lo que sé o porque de algún modo me necesitas cerca de ti ahora mismo? Sé quién eres cuando pasas por fuertes momentos de aflicción y ansiedad.

Él me conocía muy bien. Sin embargo, aquello venía desde lo más profundo de su ego. Era una pedantería que me atraía viniendo de él.

—¿Cómo dices? —Fue lo que se me ocurrió responder, con una sonrisa tonta que reprimí para que no saliera.

—No dejo de pensar en la noche que pasamos juntos.

Por un momento dudé en lo que iba a decir, pero entendí que quizá lo que iba a hacer tendría repercusiones, tanto personales como profesionales. O tal vez solo afectara a las personales. Tenía miedo de responder. Sabía que debía centrar toda mi atención en lo realmente importante en ese momento.

—Aquella noche fue un error —dije.

El silencio era ya una de las respuestas que solía recibir en las últimas semanas. Brandon no fue la excepción.

Todavía no lograba identificar qué quería decir con ese silencio. Creo que, dependiendo de la

persona, puede decir una cosa o muchas.

—Brandon, no creo que sea el mejor momento para hablar de esto —dije al no recibir respuesta, mostrando un poco de enfado interno y pensando en lo amada que me sentí aquella noche.

—Entiendo. ¿Cuál es la logística, entonces? —Sentí la frialdad en su voz.

—Mandaré un helicóptero para que te traiga. Quiero que estés listo. Si todo sale bien, puede que llegues al centro de operaciones en quizá... —Miré mi reloj—, cuarenta y cinco minutos.

—Nos vemos entonces —dijo y colgó.

Sabía que mi respuesta no le había gustado, pero tampoco era el lugar adecuado para abrir mi corazón. Lo único que pensaba era que Brandon venía. Lo iba a ver al fin, después de tanto tiempo rehuyéndole. Él me hacía sentir mujer y también querida. Veía en mí algo que Brian nunca pudo ver. No sabía explicar a ciencia cierta qué era ese *algo*. Con él era yo y me sentía cómoda a su lado.

Me acerqué de nuevo hacia donde estaba To, que me esperaba mirándome con fijeza.

—¿Todo listo? —preguntó.

—Así es.

—¿Estás segura de que esto no traerá problemas? —preguntó dubitativo.

—Te aseguro que no —respondí firme.

—No me refiero a problemas con el terrorista —aclaró.

Me ruboricé de inmediato. Había oído nuestra conversación y no me percaté de lo cerca que estuvo mientras hablaba con Brandon.

—Te aseguro que no —repetí y le entregué el teléfono.

—Sigues casada y tu marido es el alcalde de Nueva York —dijo mientras caminaba a mi lado hacia algún lugar con menos miradas curiosas—. No quiero que esto sea un escándalo y después nos traiga problemas a todos.

—To, te he dicho que no te preocupes. Además, a estas alturas del juego, todo podría ser un escándalo. El presidente sigue secuestrado y nosotros intentamos salvarlo.

—Tengo una pregunta —dijo.

—De verdad que no significó nad...

—No es eso —me cortó—. Mi pregunta es táctica.

—Ah. Lo siento.

—Está bien. ¿Has considerado o consideraste en algún momento anular la corriente de la manzana para cortar la comunicación del terrorista?

Viniendo de To, aquella pregunta era un tanto extraña.

¿Qué se traía entre manos?

—Claro que sí, pero con el desarrollo de los acontecimientos creo que sabemos que él está preparado para eso —argumenté—, además, eso también nos afectaría a nosotros y no sabemos qué consecuencias puede acarrear. Recuerda que hay alguien más detrás de todo esto, listo para salir a la luz, y no sabemos quién es ni dónde está.

To me miró y asintió.

—Dame los detalles y mandaré que traigan a tu amigo —dijo como única respuesta.

Le di la dirección y To habló por radio. Dio las instrucciones para que el helicóptero fuese a por Brandon.

—Sé que en todos estos años no nos hemos llevado nada bien, pero gracias por confiar en mí —le agradecí.

—Lo hago por mi imagen, no por la tuya —respondió.

Sonreí.

Tal vez era así o tal vez no. A veces, tener respeto por alguien se demuestra de muchas formas.

Le di las gracias de nuevo y me encaminé hacia la carpa, viendo de reojo que alguien me miraba.

Era Lloyd.



16

El *hacker* de Harvard

Ignoré por completo el modo en el que me miraba. Sabía que todavía estaba cabreado por el golpe que le di, pero la forma en la que me analizaba me hizo sentir muy incómoda.

Llegué a la carpa y esperé por Brandon.

Cuarenta y cinco minutos después, el helicóptero del ejército aterrizaba a varias manzanas de donde estábamos. Yo estaba muy nervioso con el plan y sabía que no quería errores.

Yo tampoco los quería.

Necesitábamos acabar con todo eso en un periodo de tiempo que fuese el mejor para todos.

Podía ver el helicóptero descendiendo, con sus luces rojas titilando a lo lejos. Se oía el ruido de las hélices y se podía confundir con cualquier otro de los que todavía sobrevolaban la ciudad. Los medios de comunicación no descansaban y no tenían por qué. Todavía quedaba bastante espectáculo por delante.

Mientras observaba esa escena, no pude dejar de repetir en mi mente otra en particular: la de aquella noche con Brandon.

Empecé a sentir un peso en mi estómago. Los nervios se asomaban y Brandon ni siquiera había aparecido. Quería que llegase pronto para acabar de una vez por todas con la causa de su visita. A fin de cuentas, iba para ayudar a la policía, al FBI y al ejército para resolver el caso. No

iba a verme exclusivamente a mí. O eso me repetía mentalmente.

Brandon era mi última esperanza para intentar algo distinto y terminar con el secuestro.

A lo lejos se veía una mezcla de luces azules y rojas. Se asomaban entre la oscuridad que todavía caía sobre varias calles de la ciudad.

—Es una mala idea —dijo Downey a mi espalda.

Me giré y lo encontré mirando las luces de la patrulla que escoltaba a Brandon hacia donde nos encontrábamos.

—Quizá, pero es nuestra última esperanza —respondí.

Downey era, hasta ese momento, el principal detractor de la presencia de Brandon. No entendía si era una cuestión de ego porque Brandon tenía altas probabilidades de resolver el problema que él no había resuelto o si era una preocupación de que él quedara como un tonto por no saber hacer su trabajo.

Fuera como fuese, confiaba en Brandon, aunque Downey no lo quisiera cerca.

—He notado a Lloyd muy raro desde el incidente —dijo de repente.

Seguía sin apartar la mirada de la patrulla que estaba cada vez más cerca.

—¿En serio? ¿Qué has notado? —pregunté, haciéndome la sorprendida.

—Miradas extrañas. No sabría explicarlo bien. No me gusta.

—No lo he notado, pero prestaré atención a partir de ahora —respondí.

Downey me miró.

Mi respuesta pareció no haber aliviado para nada su rostro. Había tomado una decisión y las consecuencias estaban por llegar.

—Sé lo que ronda por tu cabeza —le dije—, pero es más difícil para mí. Es mi talón de Aquiles.

—Esa, entre otras tantas situaciones, es la que menos me preocupa. Pero tú eres la jefa —acotó mientras se daba la vuelta y caminó de vuelta a la carpa.

Las sirenas que empezaron a sonar me devolvieron a la realidad; Brandon llegaba.

La patrulla se detuvo frente a mí y los helicópteros que la escoltaban se quedaron en el aire sobre nosotros.

Me acerqué al vehículo para abrir la puerta mientras las hélices de aquella máquina levantaban tierra a nuestro alrededor. Me cubrí los ojos como pude.

Ahí estaba, con esa sonrisa perfecta.

Me miró y me dio un gran abrazo.

Yo necesitaba ser fuerte frente a él y no demostrar cualquier deje de sentimientos por mi parte.

Lo llevé hasta la carpa intentando protegerlo. Cuando llegamos, el equipo nos estaba mirando. No supe qué decir en ese momento. Me puse nerviosa y no me salían las palabras.

Brandon me miró como esperando algo, alguna palabra o comentario para cortar la obvia tensión que se había generado.

—Equipo, os presento a Brandon —dije al fin—. Es un consultor tecnológico que nos ayudará a intentar romper los protocolos y encriptados de las comunicaciones entrantes y salientes del terrorista. —Mi boca se movió sola; mi mente estaba en aquella sala de su casa, desnuda con él encima de mí.

—Muchas gracias por su ayuda, ¿señor...? —To estaba ahí.

Era como una sombra. A veces aparecía sin más.

—Brandon —respondió.

—¿Señor Brandon? —To frunció el ceño—, pensé que ese era su nombre.

—Quiero decir... Sí... Brandon, ese es mi nombre. —Se lo veía muy nervioso—. Es decir, podéis llamarme así.

To fingió una sonrisa y saludó con la mano. Después me lanzó una mirada fulminante.

—Por aquí, Brandon —le indiqué—. Te presentaré al equipo de tecnologías.

Lo dirigí hacia donde estaban Downey y su equipo.

Mientras caminábamos dijo:

—¿Ni un hola?

Lo miré un segundo.

—Hola. —Sonreí, mirándolo de reojo.

Él me devolvió la sonrisa.

Llegamos donde estaba Downey y los presenté.

—He podido ver el caos de la ciudad cuando la sobrevolábamos —dijo Brandon en tono preocupado.

—No solo en la ciudad; en todo el país. Este tipo nos ha atacado con todo lo que tiene y seguimos siendo muy vulnerables —dijo Downey antes de que siquiera hubiese podido decir algo por mi parte.

Le conté con rapidez todo lo que estaba ocurriendo y los pormenores de aquel día.

—No es un principiante —terminé.

—Eso ya lo veremos —dijo Brandon.

—¿Tienes alguna idea de por dónde empezar? —le pregunté.

—Vengo preparado para lo que sea —respondió él.

Aquella seguridad en él me derretía. Sentí que me sonrojaba y todo.

—Gracias por ayudarnos, Brandon —dijo Downey.

—¿Bromeas? Para mí es un honor trabajar junto al famoso Shawn Downey.

Brandon hablaba muy en serio.

Miré a Downey con la duda en mis ojos; él me miró del mismo modo.

—¿Downey es famoso y no lo sabía? —pregunté.

—¿No lo sabéis? —preguntó Brandon—. El señor Downey desarrolló un lenguaje de programación muy concreto para situaciones muy específicas con la que necesitaría toda la noche para intentar explicarte, Janet. Solo puedo decir que es una eminencia y que todos en Harvard admiramos al «gran arquitecto» del Departamento de Policía de Nueva York.

—¿El gran arquitecto? —preguntó Downey.

Su rostro no mostró perplejidad, tampoco presunción.

—Así te llamábamos allí. —Brandon no pudo ocultar la sonrisa al revelar ese detalle.

—¿Quién lo diría? Downey es famoso y admirado en algún lugar que no es Nueva York.

Después de mis palabras hubo un silencio incómodo. Downey no dijo nada más. Me miró como si esperase una respuesta y corté la situación.

—Manos a la obra —ordené.

Brandon se sentó y sacó su ordenador. Lo enlazó a la red interna de la policía con la ayuda de Downey, quien metía todos los códigos para atravesar los cortafuegos y protecciones que había.

No podía dejar de mirarlo. Aquella sonrisa blanca. Ese rostro perfecto. Su mirada sensual. Pero pensaba también en Brian y me sentía en un conflicto, porque todavía lo amaba. Incluso con su comportamiento errático como marido, lo amaba. No podía ser injusta después de todo.

Aunque mi terapeuta me repetía que no podía seguir echándole la culpa de todo lo que sucedió en nuestro matrimonio para que llegase a su fin, yo no podía dejar de hacerlo de la noche a la mañana. Me sentía tan culpable... Lo que a veces me mataba era intentar descubrir si él sentía la misma culpa que yo. Sé que no fui la mujer perfecta, pero tampoco fui mala persona durante los años que llevábamos casados.

De veras quería no sentir que todo había sido culpa mía. Insistía tanto en pensar que las cosas sucedieron así por un cúmulo de situaciones que nadie pudo anticipar, pero por más que lo intentaba, la ansiedad se encargaba de hacer su parte y me mantenía despierta noches enteras, pensando en los «hubiera» de mi vida. En cómo *hubiera* sido si Gabriella no hubiese muerto. En la relación que tendría en ese momento si *hubiera* actuado de un modo distinto. En la salud que tendría si no *hubiera* empezado a beber y hacer de mi vida un desastre.

Los «hubiera» son veneno puro.

Lo sabía, pero no había nada que pudiese hacer en ese momento para que las cosas fuesen distintas. Solo me quedaba lidiar con las consecuencias de todo lo que había acontecido.

—Veo señales entrantes y salientes del edificio. —El comentario de Brandon cortó por completo mis pensamientos.

—¿Algún modo de descifrarlas? —pregunté.

—Están bien protegidas —dijo.

—Mi equipo y yo hemos intentado por todos los medios saber qué tipo de encriptado es, pero no hemos tenido suerte —intervino Downey.

—¿Habéis intentado cortar el flujo eléctrico para que no tenga comunicación de ningún tipo? —preguntó Brandon.

—Lo hemos considerado, pero no sabemos si el terrorista tiene alguna tarjeta de datos y baterías extra que le permitan seguir controlando la situación —respondió Downey de nuevo.

—Además... —interrumpí.

Dudé con lo que iba a decir.

Brandon me miró con fijeza a la espera de que siguiera hablando.

No sabía hasta qué punto ponía en riesgo la operación, pero se lo dije de todos modos.

—Además —seguí—, sabemos que hay un segundo terrorista con quien se comunica fuera del edificio. No sabemos cuál es su localización, por lo que pondríamos en riesgo al país entero y al presidente si pierden comunicación entre ellos. No sabemos qué tipo de protocolos o señales han establecido para que uno termine de ejecutar el trabajo del otro.

Brandon me miró atónito.

A continuación, bajó la mirada como procesando la información y volvió a alzarla.

—Eso tiene mucho sentido. Más sentido del que me gustaría que tuviese —dijo, esbozando una sonrisa.

—Lo sé, por eso tu ayuda es muy importante para nosotros.

—Gracias por confiar en mí. Intentaré solucionar este problema.

Que me dijera eso no hizo más que hacerme sentir satisfecha de haberlo hecho venir. Nada podía hacerme cambiar de opinión de lo segura que me sentía teniéndolo ahí. Nada.

Nada.



17

Penumbra en Nueva York

El golpeteo sordo de las teclas en el portátil de Brandon me tenía un poco nerviosa. Escribía muy rápido y las líneas de códigos que aparecían en la pantalla no hacían más que aumentar la ansiedad que ya de por sí sentía desde la mañana.

Podía oír la respiración de todos los que lo estábamos observando. En algún lugar profundo del corazón de todos los presentes, guardábamos la esperanza de que el panorama se aclarase y pudiésemos terminar con el secuestro del presidente tan pronto como fuese posible.

Si Brandon conseguía entender o al menos arrojar una pista que nos ayudara a dar con los mensajes y los responsables del atentado, tendríamos un gran camino recorrido y una solución a nuestros problemas.

—Janet —me llamó To.

Dejé a Brandon haciendo lo suyo y me acerqué a él.

—Dime.

—Salgo de la carpa. Avísame cuando tu amigo esté listo para atacar.

—Por supuesto. Imagino que es un momento que ninguno de nosotros se quiere perder.

To sonrió y se fue.

Algo muy extraño, viniendo de él.

Me quedé observando la entrada de la carpa y las tenues luces que aún entraban y salían. La oscuridad ya era parte de nosotros. Quizá aún no era medianoche. No lo parecía. No sentía que lo fuese. Maldita sea, no sabía ni qué hora era. Estaba tan concentrada en lo que tenía que hacer, que ya ni me importaba ese detalle.

Desde que hablé con Brian una parte de mi ansiedad se calmó por completo. Sabía que él y Georgie estaban bien y no corrían peligro. Nadie sabía dónde estaban, ni siquiera yo, y eso me daba una paz interna y extraña.

Downey se acercó a mí.

—Salgo un momento a fumarme un cigarro. La ansiedad me mata.

—Adelante. Creo que la ansiedad nos está matando a todos, pero no podemos hacer más que lidiar con ella, con lo que sea que tengamos en la cabeza.

—¿Con lo que sea que tengamos en la cabeza? —preguntó.

—No lo sé, cualquier cosa.

—No sé qué más podríamos tener en este momento. Solo al bastardo que tenemos al otro lado de la calle y del que nos queremos deshacer.

Me reí.

La verdad es que deshacernos de aquel bastardo, como había dicho Downey, sería la cereza que adornara pastel de aquella noche.

—Janet, hay algo que quiero decirte —dijo Downey, bajando la voz.

Lo que más me preocupó no fue que bajase la voz, sino que tuviera algo privado que decirme en ese momento.

—¿De qué se trata? —le pregunté sin titubear.

—Es sobre Lloyd.

Mi corazón se detuvo al instante. ¿Acaso pensaba algo más sobre Lloyd de lo que yo misma me permitía pensar? ¿O tal vez exagerábamos respecto al comportamiento de nuestro compañero, que se comportaba de un modo distinto desde que lo abofeteé?

—¿Qué ocurre con él?

Miró a nuestro alrededor antes de responder.

—Te sigue mirando de un modo extraño —susurró—. No mientas más, sé que también lo has notado.

Sabía que negarlo no valía la pena y hablar de eso con alguien podía ayudarme a entender qué le ocurría a Lloyd.

—Es cierto, me mira mal. Desde que lo golpeé ha estado actuando de un modo muy raro. Bueno, en realidad, desde que volví de la estación. Como si me investigara y analizara con esa mirada que tiene.

—No quiero dar paso a dudas, pero ¿eso es normal en él? —preguntó Downey.

—No, no lo es. Lo conozco demasiado bien. Justo antes de venir aquí y del incidente, hablábamos de su mujer. Todo va bien con la familia y lo comentábamos como dos buenos amigos.

Se quedó pensativo y solo dijo una cosa antes de irse a fumar.

—Ten cuidado con él.

El comentario de Downey no hacía más que incrementar las dudas de lo que podía estar pasando por la mente de Lloyd.

Lo busqué con la mirada y no lo encontré en la carpa, pero eso no me preocupaba. A fin de cuentas, su equipo estaba paralizado porque cualquier movimiento que hicieran, Light lo interceptaba, por lo que no había mucho que él pudiera hacer todavía. Entendía que no estuviese siempre presente, pero tenía un nudo en el estómago solo de imaginar lo que podría hacer o a los extremos a los que podría llegar.

Pensé que hablaría con él cuando lo viera. Quería aclarar las cosas de una vez por todas. No quería malos rollos con el que había sido mi amigo desde que entré en el Departamento de Policía. Él fue el único que no me llamaba por aquel apodo horrible por el que todos se referían a mí.

Downey, Lloyd y yo siempre habíamos sido los mejores amigos de la estación. Conocíamos lo suficiente los unos de los otros, y eso ayudaba a que la relación no fuera como las del resto. Éramos un trío único. Pero Downey dudaba y cuando él lo hacía, había que prestar atención.

Ni siquiera quería imaginar lo que ocurriría si Lloyd era el traidor. No podía ser él. Había estado conmigo codo con codo desde que empezó esa situación.

Después de pensar en todo aquello vi que Downey volvía.

Solo venía a informar.

—Voy a hacer una llamada. Ahora vuelvo.

—Claro. Adelante —respondí, todavía ensimismada en mis pensamientos.

Volví a entrar a la carpa para saber si Brandon había avanzado algo. Había más gente reunida a su alrededor. Parecía que su encanto aunado a su inteligencia había atraído a hombres y mujeres por igual. Todos estaban sorprendidos de la rapidez con la que tecleaba códigos sin cesar.

Podía atraer lo que quisiera a su vida. Las mujeres lo buscaban porque querían tener un futuro con él. Brandon buscaba una relación seria, pero no con cualquiera; solo conmigo. Estaba dispuesto a dejar su soltería atrás si yo me divorciaba de Brian y me iba con él.

—Janet, qué bien que has vuelto —dijo, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué ocurre?

—Estoy a punto de iniciar un primer ataque a la conexión del terrorista —dijo.

—¿Cómo has podido entrar para atacarlo? —pregunté sorprendida.

—Esa es la cuestión; no he podido entrar. Para eso es el ataque —explicó.

—Por eso es por lo que Downey se encarga de estas cosas, para no hacerme quedar como una tonta —dije, recordando que fue a hacer una llamada.

Brandon empezó el primer ataque digital a la conexión del terrorista. La pantalla marcaba una barra de progreso. Cuando llegó al cien por cien, una serie de líneas de códigos apareció en la pantalla.

—Se defiende —dijo Brandon—. Muy bien. Vamos a probar algo distinto.

De repente, empezó a escribir más líneas de códigos que empezaron a desplegar todo tipo de ventanas emergentes en la pantalla.

Se movía rápido con el ataque.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó a la asistente de Downey.

—Liz —respondió.

—Muy bien, Liz, necesito que bloques con un cortafuegos el programa maligno que está intentando descargar el terrorista desde un servidor externo. ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto.

Liz se dispuso a teclear algunas cosas en su ordenador y las ventanas emergentes fueron desapareciendo al instante.

Mi mente estaba tan concentrada en lo que sucedía, que por poco no me percaté del móvil que vibraba. Miré quién podía ser; número privado. Era Light, pero no iba a responderle.

—Por supuesto, ahora quiere hackear las comunicaciones internas para transmitir un vídeo aquí dentro. Tu amigo quiere hablar, Janet —dijo Brandon.

—¿Qué tan cerca estamos de tumbarlo? —pregunté.

—Parece que más cerca de lo que puedas imaginar, según estoy viendo —respondió sin apartar los ojos de la pantalla.

—Entonces no dejes que se comunique con nosotros. Está desesperado.

Brandon asintió y siguió moviéndose rápidamente sobre las teclas.

—Liz, por favor, bloquea la señal alterna que quiere entrar por el router. Está intentando sobrescribir las directrices del dispositivo para controlarlo.

—Ahora mismo —respondió Liz.

El móvil volvió a vibrar una vez más. No iba a responder, pero si Brandon estaba a punto de tumbar al terrorista y bloquearlo, íbamos a poder entrar y arrestarlo con el equipo de choque. No había más riesgos de ataques, por lo que decidí responder.

—Light, estás acorralado —dije a modo de saludo.

—¡Detén el ataque ahora mismo! —dijo, visiblemente alterado.

—No —respondí sin más.

—Janet, no sabes lo que estás haciendo. No sabes lo que puedes desencadenar.

—¿Más ataques? Por lo que sé, estás a segundos de no poder amenazarnos más.

—Piensas que esto es solo para atacar este país —afirmó.

—¿No es así?

—No podrías estar más lejos de la realidad.

Colgué la llamada.

—Brandon.

—Dime.

—¿Cuánto falta?

Señaló la pantalla donde había una nueva barra de progreso que marcaba un 35%.

—Tenemos acceso a un router portátil que tiene para enviar los mensajes cifrados. Estamos a un 35% de cargar un virus con aprendizaje automático en sus dispositivos y bloquearlo. Tienen una red privada que utilizan para transmitirse información que también bloquearé. No podrá enviar ni recibir mensajes. Con esto también estamos bloqueando las direcciones MAC para identificar físicamente todos los dispositivos que haya tocado internamente y con los que haya tenido comunicación externa. El virus se cargará en cualquier central inteligente u ordenador que utilice para entrar a su red privada de hackeo y lo bloqueará. Cualquier movimiento digital que realice se verá perjudicado en cuestión de cinco minutos en cualquier parte del mundo —explicó.

—¿Eso quiere decir que también estás bloqueando al otro terrorista? —pregunté esperanzada.

—Así es. El otro terrorista también estará sin poder utilizar cualquier dispositivo que haya usado antes durante las últimas horas. También bloqueará algunas centrales del gobierno que hackeó, pero esas tienen un sistema de reinicio constante de sus comunicaciones, por lo que no

me preocupan.

Un atisbo de esperanza, al fin.

Luz al final del túnel.

La barra estaba al 98% de carga cuando me llegó un mensaje de texto de Light.

Yo que tú, buscaría a tu amigo perdido.

La barra llegó al cien por cien y la celebración no se hizo esperar. La carpa estalló en aplausos y Brandon se relajó, echando atrás en el asiento.

Pero mi preocupación era otra.

Me dispuse a buscar a Lloyd, al que no vi por ningún lado. Quizá estaba con alguno de mis jefes en algún lugar de todas las manzanas que teníamos acordonadas.

Saqué el móvil y marqué el de To. De repente, mi teléfono era completamente funcional. Probablemente Light me tenía bloqueada a su antojo.

—¿Noticias? —dijo la voz seca de To al otro lado.

—En realidad, no —respondí.

—Eso son malas noticias.

—Lo siento, quería comprobar si Lloyd estaba por ahí. Necesito hablar con él —solté con urgencia.

—No, no está. No lo he visto desde hace un buen rato, la verdad. —To fue cortante.

—Siento haberte molestado. Gracias.

Colgué la llamada.

To no lo había visto. Eso sí que era extraño, porque parecía tenerlos a todos controlados. A todos y todo. Tenía ocho ojos para vigilar.

Golpeé la esquina del móvil contra mis labios de manera suave mientras pensaba dónde podía encontrar a Lloyd. Marqué otro teléfono evidente de mi lista mental que tal vez podía darme pistas sobre su ubicación.

—Janet, ¿estás bien? —preguntó Rodríguez—. ¿Suced algo?

—Sí, jefe, estoy bien. Siento interrumpirle.

—No interrumpes, Janet. Dime, ¿qué sucede?

—¿Lloyd está con usted? —pregunté.

Hubo un largo silencio. Rodríguez no dijo nada inmediatamente. Se quedó pensando un buen rato y después habló de nuevo.

—No, no sé dónde está. No lo he visto por aquí. De hecho, estoy con To —respondió muy amable.

Nadie había visto a Lloyd.

Colgué sin decir más y corrí fuera de la carpa. Había muchos agentes del FBI, el ejército y la policía mirándome. Como si esperasen que les diera alguna indicación, pero no estaba ahí para dar órdenes.

De pronto, varias personas empezaron a reunirse a dos manzanas de distancia. Tanto del FBI como del ejército y la policía empezaron a caminar apresuradamente, lo cual llamó mi más absoluta atención.

Estuve a punto de echarme a correr en aquella dirección, cuando entonces me topé con

Downey.

—¡Janet! —exclamó.

—Shawn, ¿qué ocurre?

—Es Lloyd.

—Dime qué ocurre —le dije mientras lo agarraba con fuerza de los hombros.

—Está muerto.

No pude creerlo.

Entré en un estado de shock terrible que no podría describir con palabras. Lloyd era alguien a quien apreciaba muchísimo y ahora me decían que había muerto.

No podía ser.

No quería creerlo.

—¿Por qué está muerto? —Fue lo único que pude preguntar en ese momento.

—Nadie lo sabe. Ha aparecido con un tiro en la cabeza.

—¿Quién lo ha encontrado? —pregunté atónita mientras me tapaba la boca con la mano, incrédula.

—He sido yo —dijo Downey—. Iba al callejón que está a dos calles para hacer una llamada y ahí estaba, tendido en el suelo.

No supe qué más decir o preguntar. Hacía unas horas que Lloyd me contaba que iba a ser padre y que estaba feliz, justo en el lugar donde ahora yacía muerto.

No podía superar esa carga.

Me sentía destrozada. Mi mirada se perdió y notaba que las lágrimas se asomaban por la comisura de mis ojos.

Mi teléfono empezó a sonar; era To.

No dije nada cuando descolgué.

—Janet, Lloyd está muerto.

—Lo sé. Downey me lo estaba contando ahora. —Me puse de espaldas a Downey—. ¿Quién ha sido, To?

—Aún no lo sabemos. Estamos investigando el callejón y desplegando un batallón de oficiales en las cercanías para dar con el responsable.

—To...

—Dime.

Pensé por un segundo antes de soltar mi hipótesis.

—El otro está cerca. No puede haber otra explicación. —Su silencio me desconcertó—. ¿To?

No hubo respuesta y colgó la llamada.

¿Por qué me colgaba? ¿Había descubierto algo? ¿Había visto a alguien? ¿Lo habían descubierto?

Las dudas me acecharon por un momento y de pronto sentía de nuevo la necesidad de tener alcohol en mi organismo. Me sentí mareada y con náuseas.

Demasiadas noticias.

Y ahora Lloyd no estaba.

Me fallaron las piernas y caí de rodillas, llorando.

En mi oído sonó un ruido proveniente de la radio interna de la policía.

—¡Carpa a Janet! —dijo una voz—. ¡Carpa a Janet! Cambio.

—Aquí Janet. Cambio —dije, con las lágrimas aún en los ojos.

Mi frustración empezaba a manifestarse de nuevo.

—Brandon ha encontrado algo. Creo que debería ver esto. Cambio.

Era Liz, la asistente de Downey.

—¿Qué quieres decir? —dije.

Ni siquiera dije el código para dar paso a la otra persona. Solo pregunté sorprendida qué significaba aquello.

—Brandon ha encontrado algo que necesita que vea. Cambio.

¿Qué hacer? ¿Lloyd o Brandon?

En un momento de decisión, sintiendo que estábamos cerca de encontrar respuestas, respondí:

—Voy para allá.

El FBI y el ejército ya se estaban encargando del asesinato de Lloyd. Ni siquiera había podido verlo con mis propios ojos para constatar la tragedia.

Creía que era lo correcto. Tenía que pensar con la cabeza fría.

De pronto recordé que Downey estaba conmigo hacía tan solo un segundo.

—¡Downey! —Me giré hacia donde debía estar.

Pero no estaba.

Miré en varias direcciones y no lo encontré.

—¿¿Downey?! —grité, pero no vi a nadie.

Quizá había vuelto a la carpa.

Empecé a caminar rápido para recorrer la manzana y media que me alejaba de la carpa. El caminar se convirtió en casi correr en cuestión de segundos.

Estábamos cerca. Estábamos muy cerca. Podía sentirlo.

Haber llevado a Brandon fue la mejor decisión que pude tomar.

De pronto la radio volvió a sonar. Era la asistente de Downey una vez más. Dejé de correr y me detuve para prestar atención.

—¡Carpa a Janet! Cambio.

—Aquí Janet. ¿Qué sucede?

—Brandon la necesita aquí de inmediato.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté casi aterrorizada.

—Cuando Brandon atacó el sistema de seguridad de Light... —La voz se interrumpió, pero seguía escuchando el sonido de fondo—, ... hablar con Janet. ¿Dónde está?

Reconocí la voz de Brandon.

—¿Qué ha pasado? Cambio. —Mi pregunta denotaba la preocupación.

El tono con el que Brandon hablaba no era el mismo de siempre. Incluso por radio sonaba distinto.

—Señor Brandon, Janet está por la radio.

—¿Janet? ¿Janet? —Era Brandon.

—¿Brandon?

—Sí, soy yo. Janet, necesito que vuelvas para que puedas ver con tus propios ojos esto —su voz sonaba preocupada.

—Estoy de camino, pero ¿puedes decirme qué ocurre?

De repente, la luz se fue en toda la manzana. Me giré y observé cómo la corriente se iba

apagando paulatinamente por toda la ciudad.

Nueva York pronto estuvo en la penumbra y dependíamos de la luz de la luna para iluminarnos.

—¿Brandon? ¿Estás ahí? —pregunté por radio.

—Aquí estoy. —Las ondas de radio seguían funcionando.

—¿Qué has hecho? Habíamos acordado no cortar la corriente.

—No he sido yo —respondió tajante.

No respondí. No entendía nada.

Brandon continuó hablando.

—Janet, tengo algo que decirte. No sé dónde estás, pero esto es urgente y es mejor que lo sepas ya. Los cifrados que entraban y salían del edificio no son difíciles de decodificar para una persona versada en este lenguaje de programación. Están cifrados en el lenguaje que Downey desarrolló y que mencioné cuando llegué.

El alma se me cayó a los pies.

A continuación, la ciudad se iluminó con la explosión proveniente de la carpa donde estaba todo el equipo.

Incluido Brandon.



18

Las distracciones

Me levanté del suelo; me había tirado para cubrirme de cualquier metralla u objeto que pudiera llegar hasta donde estaba. El fuego, que era vestigio de la explosión, iluminaba el camino que debía seguir. No tenía ninguna fe de encontrar a nadie con vida, pero algo dentro de mí me motivaba a acercarme a lo que había sido la carpa.

Mis compañeros.

Brandon.

Todos estaban ahí.

La cabeza me daba vueltas. A esas alturas, quizá ya tenía algún órgano dañado por tantos impactos y bombas. Había sido golpeada por tres explosivos en un mismo día y como obra de un milagro, sobreviví a todos ellos. La tercera era la vencida. No quería llegar a la cuarta posibilidad.

Algunas patrullas aún iluminaban las oscuras calles de la urbe. Había personas corriendo hacia donde yo me encontraba. Eran oficiales de todas las fuerzas de seguridad. Algunos llegaron antes que yo a la gran llama de fuego que consumía lo que había sido el centro de operaciones improvisado frente al hotel, al otro lado de la calle.

La ciudad seguía consumida por la negrura. Alguien había cortado el flujo eléctrico, dejándonos a oscuras, intentando encontrar caminos a ciegas. La luz de la luna era un tanto fuerte y eso me dejaba ver un poco detrás de mí. Al frente solo había llamas.

Olía a pólvora. Por lo que estaba viendo, la bomba estalló desde dentro de la carpa.

¿Cómo era posible?

—Agente Strait, ¿se encuentra bien? —Alguien me había agarrado por los hombros.

Era uno de los agentes de To.

Sentí que mis piernas flojeaban. Escuchaba la voz de To en mi cabeza, pidiéndome que pensara bien en lo que hacía trayendo a Brandon.

Ahora, media fuerza de policía e inteligencia, sin contar con el ejército y el FBI que estaban dentro de la carpa habían muerto. Nadie podía sobrevivir a esa explosión. El lugar era lo suficientemente grande como para albergar a tantas personas.

Oí a alguien pedir auxilio.

A duras penas logré abrir los ojos en medio de la mezcla de oscuridad y luces de la policía. Vi que To se acercaba corriendo con Rodríguez.

—¡Janet! Dios mío, ¿estás bien? —preguntó el jefe.

—Sí, sí..., lo estoy —dije en un intento de conversación.

Balbuceaba un poco, la verdad.

—¿Dónde está Downey? —preguntó To—. ¿Y Brandon?

—No lo sé. No estoy segura —respondí, intentando sentarme en la calle.

Les expliqué que había hablado con él después de que encontraran a Lloyd muerto en el callejón, pero luego lo perdí de vista. No sabía dónde estaba o si había estado dentro de la carpa cuando esta voló por los aires.

Me levanté de un salto porque necesitaba saber cómo estaba Brandon. Quería saber dónde estaba. Sabía y auguraba que nada bueno podía salir de aquella repentina necesidad de verle.

Así que, como pude, me zafé de To y de Rodríguez, quienes gritaban mi nombre detrás de mí.

Todavía dudo de si fue el impulso causado por la adrenalina o el miedo lo que me hizo dejar de sentir los dolores que tenía por el cuerpo. De repente, las piernas ya no me temblaban y podía ver con mucha más claridad.

Muchos miembros de la policía, los bomberos, ambulancias y demás personas que teníamos a disposición ante una emergencia seguían corriendo a mi lado.

Cuando llegué donde había estado la carpa vi muchas partes de cuerpos por doquier. Mi estómago se revolvió. Muchos de esos restos pertenecían a personas que habían trabajado conmigo y a las que yo conocía. Tal vez no de un modo personal, pero eran mis compañeros. Personas entregadas a la causa.

Vi varios muertos y reconocí a bastantes. Mi corazón se partía en mil pedazos solo de imaginar cómo sería explicarles a los familiares de estas personas que un terrorista nos tuvo acorralados para, finalmente, matarnos.

El giro de los acontecimientos fue inesperado.

Ayudé a mover algunos escombros. Pantallas dañadas, ordenadores, restos de la carpa, armas...

—¡Aquí hay algunos vivos! —Oí gritar a alguien.

Corrí inmediatamente hacia la voz y vi a varios miembros del equipo que hacían sonidos extraños. Sus probabilidades de vivir eran escasas. Aun así, los paramédicos que iban llegando los atendían a todos con esperanza.

A muchos se los llevaron al hospital. Otros fueron encontrados vivos, pero declarados muertos a los pocos minutos.

Seguía buscando a Brandon, sin embargo, empezaba a perder la esperanza hasta que alguien gritó de nuevo.

—¡Janet! ¡Janet!

Me giré y encontré a To arrodillado entre algunos escombros. Llegué como pude y entonces lo vi. Ahí estaba.

Brandon no se movía ni emitía ningún sonido.

Estaba tirado en el suelo con golpes en el rostro.

Me dejé caer junto a él y puse la cabeza en su pecho.

Lloré desconsolada.

—Lo... siento... tanto... —balbuceaba, hablándole al cuerpo de Brandon.

Muerte.

Eso era lo que atraía para la gente que yo más quería o que apreciaba de algún modo.

Muerte.

Él solo me había ofrecido su ayuda y a cambio yo lo asesiné en cuanto lo hice subir a ese helicóptero.

De pronto, sucedió algo extraño: el cuerpo de Brandon se sacudió.

Respiraba.

—¡Ayuda! —empecé a gritar—. ¡Que alguien traiga ayuda!

To también gritó pidiendo ayuda para que viniesen los paramédicos lo más pronto posible.

Existía una pequeña esperanza de salvarle la vida, porque al menos respiraba. En ese momento no sabía si iba a tener secuelas a corto o largo plazo, pero... maldita sea, respiraba, y eso era lo que importaba.

Mientras seguíamos gritando sentí que Brandon me apretaba la mano con fuerza.

Abrió un poco los ojos. Tenía una lucha constante con él mismo para mantenerse despierto e intentaba murmurar algo, aunque no lograba comprender qué era lo que decía.

Yo le apretaba la mano como señal de apoyo.

—Brandon, lo siento muchísimo... —dije—. De veras lo siento. Te traje a tu peor pesadilla.

Mis ojos derramaban lágrimas sobre su rostro sucio y golpeado.

—La ayuda viene en camino —dijo To, acercándose—. Sería conveniente que les dejaras espacio para trabajar y ayudar a Brandon.

No quería apartarme de él. No quería. Podía perderlo en cualquier momento y no saber jamás qué quería decirme. Aquella sonrisa iba a desaparecer para siempre y sus ojos nunca más se abrirían. Ahí estaba yo, arrepentida a más no poder, sin dejar de llorar.

—Janet, la ayuda está de camino. Déjales espacio, por favor —repitió To.

—¡No! —grité.

Brandon seguía balbuceando palabras, pero no lograba entenderle.

—¿Qué me quieres decir? —le pregunté.

No entendía nada a pesar de que parecía hablar.

Me acerqué tanto como pude a sus labios para intentar descifrar qué decía y vi de reojo que To detenía con un gesto a los paramédicos, que ya habían llegado.

—Dadle un momento —les dijo.

A pesar de todo, To se comportaba como una persona. Era todo lo contrario a ser especial o considerado como ser humano, sin embargo, ahí estaba, dándome espacio para poder estar con Brandon.

—No te entiendo —repetí.

Intentó repetirlo, pero sus fuerzas no pudieron aguantar.

Se desvaneció en un segundo y no se movió más. Dejé de llorar de inmediato. Mi cuerpo y mi mente eran más bien un estado de *shock* completo.

¿Había muerto?

Los paramédicos me apartaron por órdenes de To, quien me cogió y me llevó lejos.

No podía mirar atrás. No podía y no quería. Las reacciones de mi cuerpo eran tantas que en ese momento no podía darle espacio a ninguna de ellas para que saliera. ¿Quería gritar? ¿Llorar? ¿Maldecir?

En realidad, hubiese podido hacerlas todas si me lo hubiera propuesto. Sentía que me veía desde arriba, como si mi cuerpo fuese tan solo un objeto que To transportaba lejos de toda la acción.

En un momento de vacilación me detuve a la fuerza. To se sorprendió.

—Es mejor que sigamos andando —dijo.

Me seguía mirando sin entender qué pasaba por mi mente.

Era como si mi subconsciente hubiese seguido trabajando sin mí. Me mostró un camino que no había considerado y una sospecha que estaba más que clara.

Ya sabía quién era Shadow.

Mi pantalón empezó a vibrar. Era mi móvil. El número no era desconocido, sino un número cualquiera. Sin embargo, sabía quién era.

Le hice una señal a To para que se acercara e intentase escuchar y respondí a la llamada.

—Hola, Janet —dijo Light.

—Eres un cabrón —le dije con extraña tranquilidad.

—Sé que estás muy cabreada ahora mismo y lo entiendo. Tenía este teléfono desechable por si ocurría esto. Estaba preparado. Te di el aviso y parece que no me escuchaste.

—¿A cuál de todos te refieres? —pregunté.

—Al que hablaba de Shadow y del momento que esperaba para revelarse.

—¿Era esta su gran entrada triunfal?

—Es una persona un tanto teatral.

—Sé quién es Shadow —dije convencida.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó Light—. Gracias a él, el ordenador de tu amigo Brandon se integró con una pequeña carga explosiva. Suficiente para deshacernos del cuerpo policial y crear las dos distracciones necesarias para no ser vistos.

—¿No ser vistos? —pregunté atónita.

«Mierda» me dije.

Con todo lo que había ocurrido, la muerte de Lloyd y la explosión, habíamos olvidado lo más importante. La razón por la que estábamos ahí.

Corrí con todas mis fuerzas hacia las puertas del hotel. Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la oscuridad de dentro y al fin pude verlo: el vestíbulo estaba vacío.

Lo habían planeado muy bien. Demasiado bien, en realidad.

Justo en ese momento logré procesar todo lo que mi mente no había logrado antes de la forma correcta. En cuestión de segundos, llegué a las conclusiones más obvias, las que tenía delante de mis ojos.

Light había escapado con el presidente y Shadow estuvo todo el tiempo a mi lado.

PARTE III
LA SOCIEDAD SECRETA



19

La orden Manhattan

Light se dio cuenta de que me quedé en silencio. Ambos sabíamos que logró escapar. Yo, por mi parte, me quedé muda. Fue una jugada maestra digna de alguien como él, que nos había tenido acorralados hasta el último segundo. No había modo de ganar esa partida a menos que él decidiera terminarla. Esa era la verdad.

Mientras Light intentaba persuadirme, yo me perdía en el huracán de pensamientos que tenía. Brian, Georgie, Brandon, Downey, Lloyd... Pensé en todos y cada uno de ellos a mi manera. Unos con desprecio, otros con un profundo amor.

—Te entiendo, Janet. —Light interrumpió mi volatilidad mental.

—¿Qué entiendes?

—Entiendo lo que sientes por lo que le ocurrió a Gabriella.

Un nuevo ladrillo cayó en mi estómago, retorciéndomelo de dolor.

Había olvidado lo que Light decía saber sobre lo que le pasó a Gabriella y por qué había muerto. Me enfraqué tanto en mi papel y en intentar salvar al presidente, que olvidé la revelación que había hecho.

Empecé a sentirme nerviosa. Ahí estaba, escuchando al terrorista que decía conocerme. A mí y a todos los que me rodeaban. En algo debía tener razón, pues exprimí cada uno de mis

sentimientos en menos de veinticuatro horas.

Quizá sí me conocía.

—Jamás sabrás lo que se siente al perder a una hija —respondí con calma.

—Una hija no, pero sí una madre.

¿Una madre?

—No entiendo.

Intenté con todas mis fuerzas no creermelo nada de lo que me fuese a decir. Ni una sola palabra, sin embargo, había algo dentro de mí que no me dejaba.

Pero ¿qué era aquello que me obligaba a escucharle?

No quería pensar que fuese el simple hecho de que mencionó a Gabriella. No quería que eso sesgara mi juicio o me alterara. Ya de por sí me había alterado bastante. Abofeteé a Lloyd y ahora estaba muerto. Ni siquiera pudimos despedirnos como era debido.

—Necesito alguna prueba de lo que sea que vayas a decir.

—Ahora mismo es bastante difícil, querida Janet —dijo—, pero te ofrezco una historia que ayudará a aclarar tus dudas.

—Quiero la verdad —exigí.

—La tendrás —aseguró.

Había algo en su tono de voz que lo hacía sonar sincero. No sabía explicar qué me transmitía, pero de algún modo sabía que lo que iba a contarme era real. Cada palabra.

Lo que no tenía ni idea de cuánto iba a afectarme.

—Déjame empezar por el hecho de que mi madre murió cuando yo todavía era muy pequeño —dijo.

—Lo siento.

Lanzó una risa forzada.

—Lo sé, pero la historia que tú y yo estamos viviendo empieza con ella, muchos años atrás. Cuando mi madre era joven empezó a trabajar para los Vanderbilt. Específicamente para el entonces político aspirante a cargos más altos. Ella era su secretaria, su confidente. Lo sabía todo de él y su familia, y como cualquier secretaria, sabía cuándo callar. Mi madre se acercó mucho al que hoy en día es el presidente Vanderbilt. Se conocieron de más y ella le cogió mucho cariño. Era la que lo escuchaba cuando la que ahora es la primera dama no quería hablar con él o cuando discutían. Mi madre también se partía en dos para ayudar, de vez en cuando, al Padre Vanderbilt, que más que un párroco normal era un cura de alto nivel; culto, educado y de buena estirpe. Todo lo que la iglesia de Nueva York buscaba para poder aspirar a cargos más altos dentro del Vaticano. Por supuesto, me refiero al Papado. Era una familia que desde ese momento exigía de más a la mía.

»A mi tío no le terminaba de gustar que pasara tanto tiempo con los Vanderbilt. Mala paga y demasiada entrega. No confiaba en ellos. Un día que mi madre se quedó trabajando hasta tarde, el que hoy en día es el presidente Vanderbilt apareció ebrio y besó a mi madre. Ella intentó detenerlo sin éxito y él la violó aquella noche. Después de eso, tanto el político como el sacerdote empezaron a tratarla de un modo distinto. Eran rudos con ella y eso le partió el corazón. Entonces descubrió que estaba embarazada y decidió enfrentarse a Vanderbilt en su mansión para exigirle que se hiciera cargo del niño de alguna forma. Cuando llegó a la casa la vio oscura. Lo que presencié aquella noche en esa casa la asustó de por vida y juró no volver

nunca más. Los Vanderbilt se enteraron de que ella estaba ahí y quisieron detenerla, pero no pudieron. Ella temía por su vida y la de su futuro hijo. Se lo contó todo a su hermano; lo del embarazo y lo que vio en esa casa, haciéndole saber que la buscaban para, seguramente, matarla.

»Por esa razón mi tío contactó con unos amigos que tenía en Israel y decidió enviarla fuera del país. Ellos la recibieron y cuidaron de ella. Estaba muy bien escondida, por lo que jamás la encontrarían. Estaba segura fuera de Estados Unidos. Decidió rehacer su vida lejos de casa y vivir ahí para siempre. Nadie la conocía y podía pasar desapercibida.

»Así pasó el tiempo, viviendo entre el miedo de ser encontrada y asesinada por algo que, de haberlo revelado, el mundo se hubiese derrumbado.

»Me dio a luz en el extranjero. Mi madre enfermó gravemente cuando yo tenía doce años y murió, dejándome con los amigos de mi tío, quienes me criaron y educaron, enviándome con el Ejército de Israel para prepararme. Sí, Janet, el presidente Vanderbilt es mi padre. Y también, ante mis ojos, el responsable de la muerte de mi madre.

»Para mi tío fue muy duro enfrentarse a la muerte de su hermana. A día de hoy, siente culpabilidad por no haber hecho más por ella, pero en realidad la protegió hasta el último segundo. Con el tiempo la intriga y la duda se apoderaron de él y empezó a investigar cuanto pudo sobre lo que mi madre le había dejado escrito. No sabía ni por dónde empezar para explicarte todo lo que hizo con tal de descubrir la verdad. La noche que mi madre descubrió lo que hacían en la mansión Vanderbilt fue muy oscura para ella y jamás lo olvidó, así que se lo contó todo a mi tío para aliviar su conciencia. Le comentó que intentó abrir la puerta principal de la mansión, pero estaba cerrada, por lo que entró por la parte trasera, la puerta de servicio. Cuando llegó a la sala principal, vio un grupo de personas muy conocidas y de muchísimo renombre en distintos ámbitos nacionales. Todos ellos miraban a otro hombre desnudo en el centro de la sala, que violaba a una mujer mientras bebían y fumaban. Para ellos era un espectáculo. Al principio ella gritaba y pedía ayuda, pero conforme la violación continuaba, dejó de gritar y su mirada se perdió a la nada. La mala suerte de mi madre fue que alguien la vio moverse en la oscuridad y dio la voz de alarma.

»Años después, y tras mucha investigación, mi tío descubrió que lo que ella vio aquella noche era una reunión de La Orden Manhattan y su rito de iniciación para un nuevo miembro. Supongo que te preguntarás qué es la Orden de Manhattan. Es una sociedad secreta conformada por políticos, miembros del clero, artistas famosos y gente muy diversa, pero que comparten algo muy específico: todos son muy poderosos y con mucha influencia. Miembros del uno por ciento de la población. Mi madre supo identificar algunos de ellos. Ese fue el punto de partida para mi tío.

»Asesinaron a aquella pobre mujer que estaba siendo violada. Sus placeres son carnales y solo buscan hacer daño por diversión. El rito de iniciación es como si fuese la bienvenida a una fraternidad universitaria. La Orden Manhattan decide el futuro de la sociedad con sus reuniones y su sed de poder. Ellos son los que marcan las pautas. Son muy pocos los elegidos para formar parte de ella. Sus miembros buscan la guía para poder ser parte de una organización que domina el futuro del mundo.

»Esto que te cuento es lo que le pasó a Gabriella. Ella fue violada por algunos de los miembros de la Orden. Se turnaron y abusaron de ella cuanto pudieron. Lo más impactante de toda esta historia, Janet, es que no fue para la iniciación de ningún nuevo miembro, no... La

muerte de tu hija fue una venganza contra el alcalde, tu marido, que decidió dejar la Orden. Así es, Janet. Brian Strait era miembro honorario de La Orden Manhattan desde antes de casarse contigo. No sabemos las razones por las que decidió salir de aquel grupo tan selecto. Creemos que empezó a creer que no tenía lugar en la Orden y por eso decidió dejarla. Por lo general, todos los miembros tienen hambre de poder y salir de allí es sinónimo de perder todo eso. A Brian no le importó a pesar de saber que salir de La Orden era jugar con fuego. Pero no le podían tocar; no podían hacerlo entre ellos, es parte de su código al ser figuras públicas y relevantes, aunque sí pueden hacer mucho daño a sus familias, y tu marido no supo medir las consecuencias de sus actos. No supo hacer nada. Lo de Gabriella fue la amenaza que recibió para que se quedara callado, de no ser así, los siguientes en la lista erais tú y tu hijo. ¿Brian nunca te lo contó? ¿Nunca te contó que por esa razón tu matrimonio había terminado? Perder a tu hija te derrumbó y también lo hizo con él. Perder a las dos mujeres que más amaba. Debió dolerle. Quizá por eso se llevó al pequeño Georgie, para asegurarse de protegerlo de lo que fuese. Perdió a Gabriella. Te perdió a ti. No iba a perder a su hijo también.

»Decirte todo esto y contarte la historia no es fácil para mí. Imagino todo por lo que debes estar pasando y sintiendo. Imagino lo que debes pensar. Pero sé que debes saber la verdad y la razón de lo que hacemos. Somos «cruzados» que buscamos la verdad y luchamos para que salga todo a la luz. Para que los que hacen el mal, paguen por él.

»¿Morirán inocentes por el camino? Ya he demostrado que sí. Pero el fin de nuestro propósito es más grande y desesperado. Queremos detener y vengarnos de La Orden Manhattan.

»Ahora que ya te lo he contado, has recibido la verdad. Yo lo hice en su momento y ahora te la paso a ti —dijo, terminando su monólogo.

Lo que Light no sabía es que no solo iba a acabar con el mundo como él lo conocía, sino que había terminado con el mío.



20

La sombra del Times Square

Mi mente no procesaba nada. Las palabras que tan desesperadamente buscaba no estaban. No aparecían por ningún lado. Intentaba, con un desespero inmensurable, definir o al menos ponerle un nombre a todo lo que sentía.

El relato de Light me carcomía por dentro y al mismo tiempo no lo entendía. O no quería entenderlo. Suponía que lo que me había contado era cierto. Por un lado, carecía de todo pensamiento racional, por otro, de repente, todo tenía lógica y las descripciones y piezas sueltas del rompecabezas empezaban a colocarse en su lugar.

Los comportamientos de Brian que nunca entendí cobraron sentido. Entendía, al fin, el motivo que acabó con mi matrimonio.

Me culpé durante mucho tiempo, me cuestioné y autoflagelé cada decisión y sentimiento. No me permití llorar ni sentir. Afloraba en mí un sentimiento de mala madre y mujer.

Los detonantes de mis inseguridades habían estado planeados por completo, en mentiras que yo misma me había creado y que se me había permitido pensar.

¿Por qué Brian no me contó nada?

Creo que sabía la respuesta. Sabía lo ridículo que sonaría en primera instancia una historia como aquella. No obstante, aquí estaba, con el teléfono pegado a la oreja escuchando una historia

que no tenía mucho sentido para mí, pero que había necesitado oír para entender. Un día repleto de atentados, mentiras, traiciones y giros inesperados para comprender cada palabra que Light me decía.

Mi mirada seguía perdida en los escombros que había desperdigados por la calle. Ahí, tirados y dañados, eran la oda perfecta de mi estado mental y emocional. Así me sentía. Como escombros quemados que habían quedado ahí sin importarle a nadie.

—Sé lo difícil que es digerir todo esto —dijo Light, cortando el silencio.

¿Difícil? No. Eso no era difícil. Lo verdaderamente difícil iba a ser el proceso que sufriría mi vida a partir de ahora. Había piezas que requerían ser ajustadas de nuevo. Pensamientos que debían ser eliminados y comportamientos erráticos que debían ser suprimidos.

Georgie no merecía todo lo que le había hecho pasar. Mi hijo, el único que me quedaba, corría más peligro que nunca mientras esas personas lo acecharan.

Light volvió a hablar.

—A mí también me costó comprender el alcance de esta historia. Yo estuve en la misma posición en la que te encuentras ahora mismo, Janet.

De repente el terrorista mostraba empatía. La ironía de mi vida.

—Yo... —Quise formar una oración, pero ni siquiera podía conectar mis ideas.

Caían como cabellos sueltos en verano que el viento se llevaba.

Me quedé callada de nuevo.

—Yo no veo al presidente Vanderbilt como mi padre. Lo es de sangre. Llevo su apellido en mi genética, pero no lo siento como una figura paterna. Jamás lo podré ver de ese modo. Lo veo más como el hombre que se encargó de destruir a mi madre y mi vida.

¿Es que acaso me decía eso para congraciarse de alguna forma conmigo?

—No entiendo en qué me debe afectar tu posición con respecto al presidente Vanderbilt.

—Solo quería agregar eso. Considero a mi tío como mi mentor de vida. Él es mi amigo. Mi protector. Shawn Downey. Shadow.

Shadow. Lo había olvidado.

Estuvo con nosotros desde el principio y había visto toda la operación. No cabía duda de que él informó a Light de todas las conversaciones que mantuvimos y por eso nos tenían tan acorralados. Por eso su plan de escape funcionó tan bien: sabían que Brandon venía y los iba a dismantelar.

Era un topo. Un infiltrado.

—¿Debo suponer que Downey fue el que te entrenó en todo lo que sabes? —pregunté.

Necesitaba sacarle más información que nos ayudara a terminar de entender todo lo que había ocurrido, y también para capturarlos ahora que estaban a la fuga.

Mi instinto me decía que no estarían mucho tiempo fugándose. No podían escapar con el presidente.

—Fueron sus amigos de Israel —confesó—. Ellos me enseñaron todo lo que sé. ¿Cómo crees que Shadow sabe tanto? Tú mejor que nadie sabes que él recibió el entrenamiento de Israel. Entrenamiento que tu gobierno pagó.

—Las bases de datos no arrojaron ningún patrón facial reconocible. Ni siquiera existen tus huellas. Nada.

—Eso es porque nunca me registraron al nacer. Crearon papeles falsos y un alias. No conocía

mucho el mundo exterior hasta que empezamos a planear y preparar todo lo que ha acontecido hoy. Ha sido una iluminación para esta ciudad y el país entero. Yo fui la luz. La guía. Aparté la oscuridad que os cegaba a todos. Esa era mi misión.

»Este plan lleva años gestándose, Janet. Desde que tengo memoria nos estamos preparando para el gran golpe. Para el gran momento. Cuando Shadow por fin me reveló la razón por la que se me preparó desde muy joven, me tomé muy en serio la misión. Él era la mente maestra detrás de todo. Yo era el corazón. La motivación. Por culpa de alguien a quien no conocía, no pude tener a mi madre, y eso fue el origen del odio necesario para llevar a cabo todo el plan. Nos ha funcionado de maravilla, Janet. Todo ha salido como debía salir. Hasta el más mínimo detalle. Nos veremos pronto.

Colgó.

Light me había soltado toda la historia, su motivación, y ahora me dejaba sola pensando en todo lo que me había dicho.

Destruída no era una palabra que alcanzara a describir el mar turbulento que tenía dentro de mí. Era un volcán en erupción.

Volví a mirar dentro del hotel, donde el vestíbulo estaba vacío, y repasé los acontecimientos de ese día. Había empezado la operación con la intención de salvar al presidente y darme buena publicidad para recuperar a Georgie.

Todo se había ido a la mierda.

Había dado un giro de ciento ochenta grados y las motivaciones de esos terroristas eran ahora su carta más fuerte.

Me sentía comprometida emocionalmente con la operación.

Tenía el juicio nublado y no pensaba con claridad. Lo único que quería era descubrirlo todo y llegar al fondo de cada una de las palabras que Light me había contado.

La información era poder.

Y ahora ese poder me había sido transferido, como una antorcha, para decidir qué hacer con él. Iba a tener que contar a To y a Rodríguez todo lo que acababa de oír y quizá alguno de los dos tomara la batuta de lo que venía.

La luz volvió a iluminar la calle, el hotel y luego la ciudad entera. Dispersa por mis pensamientos, me obligué a alzar la mirada para ver a mi alrededor. Fue así como pude distinguir con claridad a mis compañeros a unos metros de distancia, ayudando a algunos supervivientes. Había gente muy herida. Las partes de cuerpos que estaban dispersas se definían mejor y los muertos también.

La energía se había restablecido en toda la urbe.

Volví a la zona y miré a To, que ayudaba a varios paramédicos. Me acerqué a él y detuvo lo que estaba haciendo, observándome, y hubo algo en su mirada que cambió.

Me miraba de un modo distinto.

—¿Dónde está Brandon? —pregunté.

—Se lo han llevado.

Moví la cabeza en señal de negación e intenté aguantar el llanto que buscaba el modo de salir. Intenté suprimirlo con todas mis fuerzas.

To se acercó, pero no intentó consolarme. Solo pudo una mano en mi hombro como señal de apoyo. Jamás dejaría de ser el To que conocía. Ni siquiera viéndome afectada. No preguntó.

Tampoco asumí nada. Solo me entendió.

Mi cuerpo temblaba. Ya no sabía si era por cómo me sentía o por el síndrome de abstinencia que quiso manifestarse durante todo el día.

Necesitaba un trago. De veras que necesitaba un trago para calmarme.

Miré de nuevo a mi alrededor y lo único que vi fue el desastre que había ocasionado.

—Me dijiste que no querías más errores —dije.

—Justo ahora pienso que todos fuimos parte de esos errores —respondió, bajando la mano y mirando a nuestro alrededor.

—Nos usaron. Desde el principio nos usaron y no nos dimos cuenta.

—No es el momento para llorar por lo que no fue o lo que no hicimos.

En eso tenía razón.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunté.

—Si lo descubres, avísame.

Diciendo eso, se alejó para ayudar a más heridos.

Había muchísima gente ayudando.

Cuando intentaba pensar qué hacer, un nuevo acontecimiento llegó sin previo aviso: los móviles de todos empezaron a sonar, incluido el mío. Todos recibíamos una videollamada que se aceptó sola. Ni siquiera tuvimos que tocar nada.

La voz que salió a continuación se escuchó en todos los aparatos y dispositivos. Logré oír que incluso se transmitía en vivo a lo lejos. La voz venía del Times Square. Con aquello asumí que también se estaría transmitiendo por todo el país.

Habíamos sido *hackeados* de nuevo.

Frente a nosotros, y al país entero, aparecía Shadow mostrando su rostro como la mente detrás de todo. Por supuesto, su nombre no era ese, sino Shawn Downey.

—Saludos a todos los que estáis viendo esta transmisión en vivo. En especial a mi amiga y compañera, la agente Janet Strait —empezó a decir—. No me presentaré porque muy pronto mi nombre será conocido. No por mí, sino por los que empezarán la caza indiscriminada para encontrarnos a mí y a mi protegido. A ellos les digo: buscáis a las personas equivocadas.

»Hoy se celebra un acontecimiento que sin duda quedará en los anales de la historia de esta ciudad y del país entero. No solo se celebra el aniversario de la muerte de mi hermana, que murió gracias a vuestro querido presidente Vanderbilt, sino que celebramos un mensaje. Un manifiesto. Hoy hemos enviado un mensaje claro y directo a todos aquellos que se creen poderosos y que pueden cometer actos aberrantes saliéndose con la suya. Por supuesto, nos señalarán también a nosotros y dirán que murió gente inocente, pero, en realidad, esa sangre no está en nuestras manos. No estaríamos aquí si no hubiese gente que quisiéramos detener. Ha llegado su hora. Su momento ha terminado. Aquellos que llevamos mucho tiempo siendo testigos de sus movimientos y actos nos cansamos y decidimos decir: ya basta. Ya basta de abusos y privilegios. Los atentados de hoy han sido un mensaje para comunicarles que estamos aquí y que no nos detendremos hasta que todos y cada uno de ellos paguen por las equivocaciones que cometieron adrede.

—Este hijo de perra... —dijo Rodríguez a mi lado.

Lo miré y ambos supimos que la traición más grande vino desde muy adentro de nuestro círculo. Nos iba a costar explicar cómo no lo vimos venir, pero también nos costaría explicarnos

a nosotros mismos cómo ocurrió delante de nuestras narices.

—Ahora, este mensaje es para ti, Janet —continuó Shawn—. Te daré mi ubicación con una simple imagen. Debo admitir que para dos *hackers* bien entrenados fue extremadamente difícil encontrar esta información.

Downey giró la cámara y aparecieron en pantalla unos cuantos policías muertos en el suelo de una casa.

Lo que mostró a continuación fue lo que me heló la sangre.

Sentado y con un chaleco repleto de explosivos, apareció Brian. Georgie estaba abrazado a su padre.

Downey encontró la casa segura y asesinó a los que protegían a mi familia.

Ahora estaban en su poder.

Me cubrí la boca con ambas manos y mi teléfono cayó al suelo, pero siguió mostrando las imágenes que Downey quería que viera.

—Puedes venir sola o acompañada —dijo—, ya no me importa. No tengo nada que perder. Hoy empieza una nueva historia. De los dos, mataré a uno con mis propias manos y creo que ya sabes por qué. Por lo que sé, no lo echarás de menos. Al otro, puedes salvarlo cuando quieras. Te estoy esperando.

La transmisión se cortó.

Después de aguantar tantas sorpresas, explosiones y momentos difíciles, las piernas me fallaron y caí al suelo.

Caí desmayada porque ya no podía resistirlo más.



21

El verdadero rostro del terrorista

Sentí que alguien me llevaba.

Me cogió entre sus brazos y me llevó corriendo a algún lugar. Se notaba la adrenalina en el ambiente. Aun así, no logré abrir los ojos. Sentí que mi mente divagaba por doquier. Mis pensamientos se cruzaban unos con otros y tenía problemas para entender qué estaba sucediendo.

Llevaba algunos minutos desmayada en el suelo. El jefe Rodríguez vio el mensaje de Downey y lo primero que lo hizo reaccionar fue verme caer. Oí sus pasos acercándose a mi cuerpo inmóvil.

No sabía explicar cómo fui consciente de todo eso sin ni siquiera poder moverme. Era como si mi mente continuara trabajando mientras yo permanecía casi muerta, tirada en la calle.

Intenté abrir los ojos. Veía un poco borroso, así que volví a cerrarlos.

No sabía con exactitud si lo que acababa de vivir era real o si no era más que un mal sueño.

Recordaba con mucha claridad a Georgie abrazando a su padre.

Si nada de eso era un sueño, estaba claro que al que iba a matar Downey era a Brian. No lo ejecutaría porque sí; quería que yo lo viera. Creían que sentiría satisfacción al verlo morir, pero yo no soy así.

Esperarían a que yo llegara, porque así se había comportado Light en todo momento. Querían que viera el mensaje que mandaban a los miembros de La Orden Manhattan. A todos esos que estaban viendo y entendían qué era lo que ocurría mientras el resto del mundo creía que aquello era, simplemente, para sembrar el terror entre nosotros.

Qué ingenuos habíamos sido.

Un ataque terrorista enmascarado. Uno donde el verdadero objetivo eran los poderosos. Los que estaban arriba.

Era muy probable que, en las mentes de Downey y Light, la pérdida de civiles obedecía a un daño colateral con tal de llegar a ellos; a los grandes.

Mantuve los ojos cerrados y en un momento dado dejé de ver todo negro. Lo que era oscuridad había desaparecido.

Lo único que podía ver era una luz blanca que lo iluminaba todo. No oía nada, solo veía.

La luz se fue haciendo más grande hasta que de repente vi una silueta. Era de una mujer que se acercaba a mí y tuve miedo de lo que no conocía, pero la figura caminaba y yo sentía paz.

Cuando la silueta al fin llegó donde yo estaba, pude ver quién era.

Frente a mí estaba Gabriella.

Sonrió, pero no dijo ninguna palabra.

Solo me miraba.

Estaba soñando o quizá lo imaginaba todo. No podía confiar en mi mente. Había un lado racional que insistía en que aquello no era real.

Lo único que supe decir fue lo que había esperado durante mucho tiempo para poder decírselo a mi hija.

—Lo siento mucho, cariño. Siento mucho no haber estado ahí para protegerte cuando lo necesitabas. Cuando ocurrió todo.

Gabriella no dijo nada. Se quedó inmóvil, sonriendo.

En esa sonrisa vi paz y tranquilidad. Todo estaba bien. No había motivo para pedir perdón.

Empezó a caminar hacia mí y me rodeó con los brazos. Era un abrazo que necesitaba sentir y aunque sabía que no era real me daba la paz que mi corazón ansiaba recibir.

Gabriella se convirtió de nuevo en una luz y después empecé a oír que alguien repetía mi nombre. Alguien me llamaba.

No entendía qué me quería decir. ¿También era un sueño? ¿Era real y alguien me necesitaba?

La voz seguía llamándome. Tal vez estaba muriéndome y no lo sabía.

Lo siguiente que hice fue abrir los ojos y ver el techo de una ambulancia. Miré a mi alrededor y vi varios rostros asustados. Dos paramédicos y junto a ellos estaba Rodríguez.

Me encontraba en una camilla y me llevaban a algún lugar.

—Janet. ¡Janet! —repetía la voz.

El jefe me llamaba por mi nombre para saber cuán lucida estaba.

—Estoy bien, estoy bien —dije.

Los paramédicos se miraron sin decir nada.

Me senté en la camilla y ellos intentaron recostarme de nuevo, pero le cogí la mano a uno de ellos y se la doblé, inmovilizándolo.

—He dicho que estoy bien —dije muy segura. Le solté la mano de inmediato y Rodríguez me miró dubitativo—. ¿A dónde me lleváis?

El paramédico al que inmovilicé fue el valiente que respondió.

—Al hospital, para descartar heridas o problemas de salud.

Miré al jefe fulminándolo y él me entendió.

—Ha dicho que está bien. Detened la ambulancia.

—Pero ¿qué...? —El paramédico fue interrumpido por la mirada de Rodríguez.

—He pedido que detengáis la ambulancia —repitió tranquilo.

El hombre le hizo una señal al chófer a través de la ventanilla que conectaba la parte de atrás con la cabina del conductor, y la ambulancia se detuvo. Me ayudaron a quitarme las vías que me habían puesto y a desconectarme de los monitores.

El jefe abrió la puerta y salimos. Miré al cielo y vi un helicóptero escoltándonos, el cual se detuvo y nos iluminó. No había nada más alrededor. Era muy probable que los demás todavía intentaban ayudar a las víctimas y heridos de la explosión.

Las hélices del helicóptero me revolvían el cabello hacia todas direcciones. Estábamos en alguna de las tantas calles que llevaban al hospital.

—Janet, necesitamos un plan para proceder bien. Llevamos todo el día improvisando. ¿Tienes algo en mente? —preguntó el jefe, mirándome confundido.

Alzaba un poco la voz por el ruido de las hélices sobre nosotros.

Estaba claro que para él yo seguía a cargo del caso y que era yo la que podía sacarnos de ese asunto. Ambos lo sabíamos. Había tenido un voto de confianza en mí.

—Aún no lo sé —respondí con sinceridad.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? Estamos confundidos. Downey ha amenazado al país. Por lo que podemos deducir, está implicado en todo esto.

Como pude, en medio del ruido del helicóptero azotando cada segundo de la conversación, le conté al jefe lo que había hablado con Downey antes de que desapareciera, cómo viví la explosión de la carpa, la llamada que tuve con Light revelándome todo lo que debía saber sobre La Orden Manhattan, sobre Brian, sobre la muerte de Gabriella, terminando con el vídeo de Downey.

Le expliqué que, en efecto, Shawn era el infiltrado. Había planeado todo eso con muchísima anticipación y al estar dentro de la policía, y ser parte de su equipo tecnológico, le dio herramientas muy poderosas para avanzar con sus investigaciones y planear todo con el mínimo cuidado.

Cuando terminé de contárselo todo, Rodríguez no parecía sorprendido y aquello me desubicó un poco.

—Jefe, no parece sorprendido.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre el jefe Brown?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—¿Recuerdas que te conté cómo murió?

Recordaba que lo habían encontrado muerto en un accidente con un tiro en la cabeza y la boca llena de arena, pero la investigación nunca pudo avanzar. Los altos cargos presionaron para que dejaran de buscar pistas y cerraran la investigación.

—No puede ser —dije.

El jefe asintió.

—Lo sé. Me dijo que había oído algo sobre una persona muy reconocida. Fue algo que

escuchó por error. Como bien sabes, él murió y no llegó a contármelo.

Entonces era cierto. Ya no cabía duda de que La Orden Manhattan era real. El jefe Brown había sido una de las víctimas de aquel grupo criminal.

—Hay que encontrar a Light y al presidente. Los dos están desaparecidos, pero tengo la impresión de que Downey está con ellos. Lo que no sé es la localización de la casa segura. Le pedí a Brian que no me lo dijera por protocolo. Por si sucedía algo.

—Por suerte yo sí que conozco la ubicación, y To también. Podemos ir, no tardaremos ni media hora; quizá menos sin el tráfico, porque está fuera de la ciudad.

—¿Fuera de la ciudad? —pregunté.

—Sí. Es una casa frente al mar en un risco donde nadie sabe cómo llegar. Tiene todas las protecciones —respondió el jefe.

—Solo alguien de dentro podría haberse infiltrado en la casa segura y matarlos a todos —dije—. Downey era el jefe de tecnologías. Por supuesto que verlo ahí no les generó desconfianza.

—Esto te envuelve, Janet. Por lo que me cuentas, Brian está implicado y Downey te aprecia. Al menos eso decía. Quizá piensa que eres la única que puede entender lo que está haciendo cuando te dijeron que ibas a estar de su lado cuando todo esto terminara.

Yo también lo pensaba.

Era un plan muy elaborado para intentar implicarme, pero en ese sentido no creía que tuviera éxito.

No era mi ética.

—Entonces debemos ir y enfrentarnos a ellos —respondí después de meditarlo un poco.

—Vamos a necesitar tu ayuda.

Por un segundo pensé en lo que Downey dijo: «Puedes venir sola o acompañada».

Estaba claro que se había preparado para ambos casos. También sabía que no iría sola, sino que llegaría rodeada de un ejército.

El problema de enfrentarse a uno de los mismos es que sabe anticiparlo todo.

Downey y Light tenían al presidente.

Me asustaba pensar que le pudiera ocurrir algo a Georgie. Él no tenía nada que ver con todo eso y sabía que, llegado el momento, si se tenían que deshacer de él, lo harían. Ya lo demostraron asesinando a inocentes.

Miré al jefe y en un arrebato respondí a su último comentario sobre necesitar mi ayuda.

—Mi objetivo es Georgie.

Rodríguez se sorprendió mientras emitía una señal con la mano al helicóptero para que aterrizara y nos llevara a la estación de policía.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Que es usted el que necesita refuerzos para salvar al presidente y al alcalde. Yo voy por mi hijo.



22

El águila

A pesar de que fuese por Georgie no podía evitar pensar en un plan de acción para el jefe. Iba a necesitar a los mejores para acabar con Downey y Light.

Mientras aterrizábamos en el helipuerto sobre el Departamento de Policía, me encaré a Rodríguez y le hablé a través del micrófono que llevaban los auriculares del helicóptero.

—Jefe, necesito que reúna a aquellos que todavía estén disponibles del FBI, la policía y el ejército para nuestro plan de acción y salvar a los rehenes.

—Pensaba que tu objetivo era otro —gritó, quitándose los auriculares e intentando hacerse escuchar por encima del ruido de las hélices.

Nos abrieron la puerta y bajamos. Empezamos a caminar para ir por las escaleras que nos llevarían al piso inferior.

En ese momento, el jefe recibió una llamada a la que respondió y empezó a hablar con la persona que tenía al otro lado de la línea.

—¿Y cómo está? —le preguntó a alguien que todavía estaba frente al hotel—. Entiendo. Muchas gracias.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Es To —respondió—. La explosión nos hizo volar a todos y él se golpeó la cabeza. En este

momento lo están examinando.

—¿Está bien?

—Dicen que tiene buen pronóstico. Fue solo un golpe. El maldito es un hierro.

—En eso estamos de acuerdo.

Entramos en la estación en la que aún había policías de servicio. Los llamaron a todos para que estuvieran como apoyo, por si se los necesitaba.

Muchos nos miraron dudosos al vernos entrar. Seguro que se preguntaban qué hacíamos ahí después de saber que Downey estaba detrás de los ataques. Para nosotros iba a ser un golpe muy duro tener que explicar ante la prensa y el país entero cómo era posible que el terrorista estuviese delante de nuestras narices y no lo viéramos.

Para ser franca, el cúmulo de situaciones había nublado mi juicio. Además, Downey lo tenía todo muy bien planeado y nadie sospecharía de ninguno de los nuestros. En especial, sabiendo que era uno que estaba muy arriba y era de confianza.

Nadie lo hubiese pensado.

Ni siquiera Rodríguez lo vio venir.

—Iré a mi oficina a realizar algunas llamadas —dijo el jefe—. Voy a pedir refuerzos para la operación. Hablaré con el general Williamson.

Asentí y me quedé ahí plantada, entre los compañeros que iban de un lado a otro. Por eso me fui a mi mesa, a la espera de que el jefe volviera. Era lo único que podía hacer en ese momento: esperar.

Me senté y abrí uno de los cajones; ahí estaba el vodka que tenía escondido para cuando tuviera el resultado de los exámenes y las biopsias. A fin de cuentas, independientemente de los resultados, lo celebraría bebiendo. Era lo que tenía en mente.

Pese a los acontecimientos y todo lo que descubrí a lo largo del día, no sentía la necesidad de beber.

Era como si dentro de mí algún chip hubiese cambiado de posición.

Uno que me ayudó a sentir cierto asco por la bebida. Lo más probable es que fuese una etapa. Por la mañana sentiría la misma necesidad de siempre. Por ahora, me sentía más fuerte.

Me sentía empoderada y capaz de conseguir lo que fuese.

Era la adrenalina.

Sabía que el camino no sería fácil. Dependiendo de lo que sucediese al final de la noche, aún debía lidiar con un divorcio y luchar por la custodia de Georgie. Con todo lo que se había descubierto de Brian, quizá el juez fallaría a mi favor para quedarme con mi hijo.

Debía meterme en algún grupo de terapia o apoyo que demostrara que estaba en proceso de recuperación.

En lo que más pensaba era en los dolores de cabeza que muy pronto iba a tener como consecuencia de dejar la bebida para siempre. Pero también pensaba en el sinfín de actividades que podría hacer con mi hijo y eso era lo que me daba la fortaleza para pensar que lograría abstenerme de beber.

Aún quedaba pendiente el tema de mi enfermedad. El doctor dijo que estaba a tiempo para realizar un tratamiento. Podían operar y curarme. Eso me daba esperanzas. Quería hacerlo por mí, porque ahora entendía que las cosas que habían sucedido en el pasado no fueron culpa mía.

Las respuestas que necesitaba estaban en la única persona que, se suponía, era con la que no

podíamos negociar.

Cerré el cajón. Después me desharía del alcohol. Lo tiraría. No lo regalaría, porque no le daría a nadie las armas para hacerse daño.

Miré la foto de mi graduación en la academia que había sobre mi mesa. Esa foto la habían hecho después de derramar unas cuantas lágrimas. A pesar de todo lo que tenía en mi contra, logré graduarme como policía.

Mis padres estaban ahí. Mamá aún no había muerto. Ella estaba extremadamente orgullosa de que yo persiguiera mis sueños.

Papá era la otra cara de la moneda. Se opuso por completo a que yo fuese policía.

«¿Una mujer policía?» cuestionó una vez.

Me gustaba servir a los demás; era mi mayor aspiración.

Recordé la cena del día que se lo comuniqué a mis padres. Mamá había preparado una lasaña de pollo. Era mi favorita. Estaba en plena crisis vocacional, pues no sabía qué debía estudiar. Sentía un gran peso sobre mis hombros.

Siempre fui una niña rebelde, por lo que comunicar a mis padres que no quería ir a la universidad, si no que quería ser policía, les cayó como un jarrón de agua fría. En especial a papá.

Sabía que, si algún día quería avanzar en mi carrera como policía, debía estudiar algo y tener al menos el bachillerato, pero eso podía a ser un problema más adelante.

El único que respondió alegre y sin vacilación fue Andrew, mi hermano.

Fue él quien me instó para ir a contracorriente y perseguir mis sueños, cualesquiera que fueran. Eso siempre se lo reconocería y agradecería. Él había sido mi fuente de inspiración para muchas cosas que hice en la vida. Ahora era un empresario de éxito que vivía en la costa oeste.

No habíamos tenido mucho contacto en los últimos años.

Después de eso, sucedió el 9/11 y supe que, en definitiva, lo que quería hacer tenía que ver con ayudar a las personas. Me sentí muy inspirada por la forma en la que los agentes de la ley lucharon por salvar vidas.

La ciudad vivió un momento impactante que nunca sería olvidado y creo que eso fue lo que terminó de ablandar el corazón de mi padre. Sabía que, después de lo ocurrido, no había nada que me detuviera y para él sería más bien una cuestión de orgullo poder decir que su hija cuidaba y colaboraba con el país.

Ingresé en la academia de policía y me hice un nombre. Todos me reconocían y sabían quién era. Eso ayudó a llamar la atención de mis profesores y de todo aquel que me rodeara.

Me pusieron el apodo de El águila por mi entrega en la academia, porque siempre iba vigilando y haciendo lo que tenía que hacer como futura policía. Era, y todavía soy, muy ética en lo que hago.

Muy poca gente conocía ese apodo.

El disgusto que me generaba me devolvió de golpe al presente. Dejé la fotografía sobre la mesa y vi al jefe moviéndose de un lado a otro de su oficina. Hablaba por teléfono.

De un momento a otro entraríamos en acción y agradecía esa pequeña paz.

Ahora solo me importaba Georgie; salvarlo de esa situación.

Como madre, esposa y mujer, lo que sentía era una decepción muy profunda con Brian, y me preocupaba que no sintiera ni un ápice de compasión por él.

No me importaba en absoluto si salía o no con vida.

La ciudad de Nueva York estaba de nuevo bajo un ataque y aquella niña que ingresó inspirada en la academia de policía, ahora era una mujer que quería imponerse y hacer lo que debía.

No estaba dispuesta a perder a otro hijo. Quería ofrecerle algo de calidad. Un futuro, una madre presente, una familia que lo quisiese. Aunque su padre no estuviese ahí, yo sí lo estaría.

Soñaba con todo aquello que podía aportarle. Crecería e iría al colegio y después a la universidad. Como toda madre, quería que tuviese educación de calidad que le permitiera abrirse en un mundo tan competitivo. Y que siguiera sus sueños, cualesquiera que fueran.

Quería protegerlo del mal y de todo aquel que pretendiera hacerle daño.

Por Dios, incluso pensaba en las personas que aparecerían en su vida más adelante. ¿Cómo podría estar preparada para dejar a mi hijo con alguien más?

Mis pensamientos empezaron a centrarse en el futuro y lo que necesitaba era salvar a Georgie.

Esa era la prioridad.

Empecé a gestar el plan en mi mente, pero necesitaba la ubicación de la casa segura para poder ajustar las piezas del rompecabezas.

Me levanté y fui hacia la oficina del jefe. Quería pedirle esa información y de paso saber qué había logrado, quiénes se unirían para la operación y salvar a quienes pudiéramos.

Mientras caminaba vi las miradas de mis compañeros. Sabía lo que pensaban y las dudas que seguro les carcomía. Downey me habló en su vídeo y mostró al mundo que tenía a Brian y a mi hijo, además del presidente.

Quizá se preguntaban cómo podía estar tan tranquila, a la espera de novedades.

Muchos no entienden que una parte de este tipo de operaciones requiere de mucha serenidad y mente fría.

Downey y Light no le harían daño a Georgie... todavía. Esperarían a que yo llegara. Cuando estuviese ahí, la historia cambiaría. Sabía que con un solo movimiento en falso podía perderlo para siempre. Y sabía que, estando allí, ellos no perdonarían nada de lo que pudiese ocurrir.

La calma era parte de lo que necesitaba para salir victoriosa.

Brandon apareció en mi mente. Lo vi cerrar los ojos después del ataque. Estaba tan malherido que sabía que, al cerrar los ojos, significaba que su cuerpo no resistía.

Me sentía culpable de su muerte; yo lo había llamado.

Mis pensamientos me traicionaron y me sentí la peor persona del mundo. Me sentía igual de fuerte, pero mi cerebro me engañaba y ahora ese trago de vodka no parecía tan mala idea.

No.

No caería.

No lo haría.

Yo era mejor que eso.

Tenía que controlar mis impulsos de igual modo que controlaba los sentimientos y lo que decidía hacer o no en ese momento.

Llamé a la puerta de la oficina de Rodríguez y él me hizo una señal para que entrara.

Todavía hablaba por teléfono.

Después de lo que me parecieron horas, colgó.

—Ya tenemos una parte de los refuerzos aquí. El resto viene en camino —explicó.

—Perfecto, vamos con todo.

—Exacto. Ahora solo necesito que ideemos un plan, porque no pienso dejar que escapen otra vez.



23

Operación Georgie

La estación de policía estaba repleta de personas de todos los equipos de seguridad. El FBI estaba presente y también algunos soldados. Ambos tenían órdenes estrictas de seguir el plan que tuviera la policía. El general Williamson puso a nuestra disposición varios soldados. Nunca había visto al ejército subordinado a la policía. Iban a servir de apoyo para todo lo que vendría.

Era esperanzador ver la estación llena de personas de ámbitos tan diferentes, dispuestos a ayudarnos. Lo principal para ellos era el presidente, claro estaba. Para mí lo era Georgie.

—La prioridad del presidente en funciones es rescatar al presidente Vanderbilt —explicó Rodríguez—. Por lo que sé después del anuncio de Downey, el presidente en funciones hará lo que tenga que hacer para que Vanderbilt pague y él se encargará de llevar la presidencia el resto del periodo. —Estaba a mi lado en su oficina, mirando a través del cristal cómo la estación se seguía llenando, a la espera de órdenes.

—La política siempre de por medio. No lo entiendo. Espero que el presidente en funciones sepa que mi prioridad es rescatar a mi hijo.

—Eso lo tiene muy presente, pero me ha pedido que te enfoques en rescatarlos a los tres con vida.

—Bueno, al menos las expectativas están claras.

—Lo están. —El jefe sonrió.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta para salir cuando el jefe me detuvo.

—No tan rápido, Janet. Primero quiero saber si tienes algún plan en mente.

—Por supuesto.

—¿Quieres compartirlo?

—Tenemos una ventaja que nos dio Brandon. Ya no pueden usar sus ordenadores ni cualquier otro dispositivo digital. Brandon los bloqueó, de modo que la única manera de ganar esto es por la vía mecánica. A nuestro modo, no al de ellos. Eso hace que tengamos la suerte de nuestro lado. Mi idea es llevar un batallón por tierra y un helicóptero, que tendrá que llegar en el momento oportuno mientras que, por tierra, iremos circundando la propiedad. Una vez estemos ahí, no dejaremos que nada ni nadie entre ni salga.

—¿Cómo piensas cubrir la parte acuática? —preguntó el jefe.

—¿Cuán alto es el risco? —pregunté a mi vez.

—Considerable. Nadie que caiga al agua podría sobrevivir.

—Bien, entonces creo que estamos cubiertos con la parte aérea.

—Espera —dijo el jefe.

—¿Qué ocurre?

—Dices que Brandon bloqueó todos los dispositivos de Downey y del otro terrorista. Entonces, ¿cómo se comunicaron en Times Square? ¿Cómo consiguieron *hackear* las pantallas?

—Si la casa segura es igual que las demás, probablemente Downey corrió para acceder desde la central inteligente de la casa usando su lenguaje de programación propio para transmitir, usando la red privada que tiene con Light. Si lo que hizo Brandon todavía funciona, esa central inteligente ya no debe funcionar por el algoritmo que instaló en su red privada. Fue un arma de un solo tiro —expliqué.

—Eso tiene sentido.

Volvimos al plan de la casa segura. El jefe me explicó que lo mejor sería que yo entrase sola con un micrófono, así ellos podían escuchar la conversación. También entraría con un transmisor de radio que enviaría la señal para que ellos pudieran irrumpir en caso de que perdieran el audio del micrófono. Podía pasar cualquier cosa. La idea era intentar hacer que se entregaran, y si no lo hacían, usaríamos la fuerza. La negociación seguía en pie.

Rodríguez se levantó y salimos de la oficina.

Todas las personas que había en la estación se callaron al ver que el jefe se acercaba. Todos esperaban que llegara para darles alguna indicación de cómo proseguir ahora que empezaba, tal y como todos esperábamos, la fase final.

El jefe se subió a una de las mesas y los llamó a todos para que se acercasen todo lo que pudieran. Todo el mundo obedeció y nos apretamos unos con otros para escuchar con la mayor claridad posible la voz del jefe.

Al verlos movilizarse me atrapó un pensamiento que cayó como un rayo sobre mi estómago, traspasándolo. Sentía de nuevo ese ladrillo que me atormentaba.

Todos los que estaban ahí vivieron los acontecimientos de aquel día codo a codo con nosotros. Vieron destrucción y muerte.

Lo que muchos tal vez no pensaron era que, de los que estaban allí, algunos morirían en la lucha. No sabían que perderían la vida, porque no todos salen vivos de una guerra. O tal vez lo

tenían muy presente, pero se mantenían ahí con la única esperanza de que lográramos el objetivo final, costase lo que costase.

—... nos dará los detalles. Janet, sube aquí. —El jefe me cedió la palabra y eso cortó mis pensamientos.

Quería que diese un pequeño informe de lo ocurrido y lo que estaba por venir.

Subí a la mesa al lado del jefe y empecé a hablar.

Les expliqué quién era Light y que tenía al presidente. Que Downey, uno de los nuestros, nos traicionó y era el segundo terrorista; la mente detrás de todo eso. Por su experiencia y conocimiento sobre el funcionamiento de la policía, era la persona más peligrosa de la casa segura.

Les detallé el plan para entrar e intentar obligarlos para que se entregaran. Si no salía bien, lo más probable era que atacaríamos con lo que tuviésemos, contabilizando, con total seguridad, algunas bajas de nuestro bando; también del suyo.

Les expliqué también que el jefe nos daría la dirección de la casa segura y el modo de llegar.

—La casa segura está en una dirección que os daremos en cuanto salgamos de la estación. Está en un risco frente al mar, de difícil acceso y de difícil salida para los terroristas, pero no por eso vamos a descartar que no tengan ningún plan. Iremos en caravana. Queremos minimizar al máximo las pérdidas humanas. Esta dirección, aunque ya está comprometida por los terroristas, no es conocida por los medios. Os voy a pedir que lo mantengamos así.

—Lo que dice Janet es de suma importancia —aportó Rodríguez—. No queremos que los medios estén presentes en esta operación. Ya les hemos dado suficiente material para cubrir las ediciones de varios días, incluso semanas —concluyó.

Todos asintieron; estaban de acuerdo.

—Quisiera agregar algo más —prorrumpí en aquel momento de ansioso asentimiento entre los miembros del equipo.

Miré al jefe esperando algún tipo de gesto que me indicara que podía continuar. Después de todo, él estaba dirigiendo la operación.

Asintió como confirmación y proseguí:

—Quiero que los objetivos principales, tanto del FBI como del ejército, sean el terrorista que se hace llamar Light, el presidente y el alcalde. Los objetivos de los cuales me encargaré personalmente son Downey y mi hijo, Georgie Strait.

Todos me miraron confundidos.

Imaginé que los pensamientos que les rondaban en ese momento tenían que ver en cómo me dejaban al cargo de salvar a mi propio hijo. Es más, tenerme ahí como parte de la operación era un riesgo por los errores que podría cometer durante la extrema necesidad de salvarlo.

Pero yo sabía lo que hacía.

Eso era todo lo que necesitaban saber.

—Además de lo que ha dicho la agente Strait, quiero pedirles que tengamos un cambio de mentalidad —dijo el jefe—. Ya hemos visto de lo que son capaces estas personas que han acechado desde hace horas nuestro quehacer diario. Estos terroristas son capaces de matarnos en un segundo si se lo proponen. Están preparados. Están más preparados de lo que nosotros podríamos estarlo. Han planeado esto durante muchísimo tiempo y no se dejarán amedrentar. No dejarán que su plan tenga errores. Mi única propuesta es que vayamos preparados para todo. Para

lo que sea. Podemos estar aquí planeando salvar a muchas personas, pero podría ser que mañana ya no existamos, así que a darlo todo, chicos.

Los gritos de guerra se oyeron desde todos los puntos de la estación.

Estábamos listos.

Estaba a punto de encontrarme con Georgie y de mirar a Brian a los ojos después de saber todo lo que ocurrió.

Eran demasiados sentimientos, pero no dejaría que interfirieran en mi trabajo.

Cuando los gritos cesaron, alguien hizo una pregunta muy lógica para todo lo que preparábamos.

—Jefe, ¿cuál es el nombre de la operación?

Rodríguez me estaba mirando cuando yo lo miré a él.

Después se centró en los demás y dijo:

—Operación Georgie.

Nos volvimos a mirar y supimos que íbamos a darlo todo.

—Eso es todo, caballeros. Salimos en quince minutos —concluyó.

La estación de policía volvía a ser un bullicio de personas en solo unos minutos.

Cogí algunas cosas de mi mesa, entre ellas las llaves de mi taquilla.

—Voy a prepararme para salir —informé al jefe.

Él accedió y empecé a caminar hacia los vestidores de las mujeres.

Pasé por mi taquilla y cogí ropa limpia. En cuanto llegué al baño me miré al espejo y por primera vez me di cuenta del desastre que era.

Nadie tuvo la molestia de informarme sobre cómo lucía. Entendía que, dadas las circunstancias, la mayoría estábamos así. Tal vez peor.

Me rehíce el moño y me lavé la cara. Me limpié las heridas y suciedad poco a poco. El olor a limpio que dejaba el jabón me llegó hasta los poros más sucios y me ayudó a cambiar, incluso mentalmente.

Sentía que de alguna forma estaba dejando el pasado atrás. Me preparaba para un nuevo futuro. Uno que incluyera a mi hijo, si todo salía bien.

Me cambié de ropa y dejé en el suelo la que había estado usando durante todo el día.

La ropa nueva fue el cambio visual que necesitaba.

Me puse el chaleco antibalas y coloqué el arma en su sitio. La radio en la cintura y el intercomunicador en la oreja.

Fui tan vanidosa que me acerqué a mi taquilla y me puse un poco de perfume.

Esa noche iba a por todo.

Salvaría a Georgie, su futuro y con ello el mío.

Iba a cambiar, al fin, mi destino.



24

La convergencia de la justicia

Tenía la respiración entrecortada.

Me encontraba en el suelo frente a la casa segura; llegué a tiendas y gateando. Primero me oculté entre los árboles cercanos a la propiedad para recuperarme. La dosis de adrenalina que mi cuerpo había recibido en cuestión de media hora podía matar a cualquiera que la tuviera que recibir por vía intravenosa.

No sabía nada de Rodríguez. Ni siquiera si seguía con vida. Tampoco de los compañeros que habían ido conmigo.

Cuando salimos de la estación cogimos las vías que nos llevaban fuera de la ciudad hacia la casa segura, que estaba frente al océano. El viaje fue normal. La caravana no se ocultó. Las luces alumbraban por donde pasábamos. A fin de cuentas, Downey había dicho que podía llegar sola o acompañada, así que le estaba haciendo saber de todas las formas posibles que iba con una comitiva deseosa de verlo.

Al llegar a la entrada de la propiedad los portones principales se abrieron de forma automática, lo cual desde ese momento se convirtió en lo más extraño que estaba ocurriendo.

—No me gusta esto —dijo el jefe—. Estad preparados.

—Era de esperar —respondí.

—Sé que era de esperar, pero hay algo que no acaba de gustarme. —El jefe se asomaba por la ventana de la patrulla mientras atravesábamos la entrada principal.

Yo también me asomé con la expectativa de ver algo revelador, sin embargo, no vi nada.

Los vehículos empezaron a entrar en la propiedad uno tras otro.

—Jefe. Cambio —dijo alguien por el intercomunicador.

—Aquí Rodríguez. Cambio —respondió el jefe a mi lado.

—La entrada principal se ha cerrado al entrar la última patrulla. Solo quería confirmar si alguno debería quedarse atrás vigilando. Cambio.

—Copiado. Fuera.

—Prefiero que vayamos todos en un solo grupo que podamos manejar y defender. —El jefe me miró—. No quiero que se dispersen.

La casa estaba a una distancia aproximada de dos kilómetros y medio desde la entrada, por lo que aún teníamos un par de minutos de camino antes de llegar.

Todo iba según lo previsto.

Hasta ese momento.

De repente, la patrulla que teníamos justo enfrente explotó.

El jefe le gritó al chofer de la nuestra para que se detuviera y lo hizo de golpe. Cuando nos detuvimos por completo miré atrás. El resto de las patrullas que venían hicieron lo mismo que nosotros.

Bajé para ver los restos del vehículo que ardía en llamas.

El jefe dio instrucciones para que todos bajasen de sus vehículos y terminar el recorrido a pie para, de esa forma, rodear la casa.

Empecé a caminar de vuelta hacia donde estaba el jefe cuando la patrulla que venía justo detrás de nosotros también explotó y voló por los aires.

No había forma humana de explicar el desastre que estaba ocurriendo. Una vez más, éramos la presa. Los cazados y no los cazadores.

A causa de la explosión tropecé y caí atrás. Empecé a dar vueltas por el vacío oscuro que había junto al camino. No tardé mucho en llegar al fondo, por lo que deduje que no era tan profundo. Había caído, casi sin darme cuenta, por un precipicio de unos cinco metros. Afortunadamente no me golpeé la cabeza ni me quedé inconsciente.

Me levanté con algunos raspones nuevos, dispuesta a escalar para volver, cuando de pronto lo vi: había alguien oculto entre los árboles lanzando misiles con una bazuca.

Tenía una posición estratégica para atacar a quien pasara por esa parte del camino.

Saqué mi arma y la cargué, dispuesta a dispararle.

Cuando estaba midiendo mi tiro, la persona de la bazuca volvió a lanzar otro misil y pude ver cómo las llamas se alzaban de nuevo por los aires a unos metros de mí.

No podíamos perder a más hombres.

Volví a apuntar y disparé seis veces.

La figura oscura pareció ver el primer tiro que falle. Justo cuando se movió, yo ya había disparado el segundo y ese sí impactó, porque la figura cayó atrás y no la vi más. El resto de las balas fueron solo como precaución, aunque estaba segura de que ninguna había acertado en el blanco.

Empecé a correr en dirección a la figura, pero estaba a una distancia y altura que no podía

alcanzar de ninguna forma, por lo que preferí subir por otro lado.

Me arrastré por el suelo de aquel terreno inclinado con la esperanza de que aquella figura no me viera ni me atacara. Quería darle una sorpresa.

No podía ver con claridad porque no había luz. Los únicos dejes que llegaban al lugar eran los que las llamas de las patrullas destellaban, pero no servían para dejarme ver con claridad el camino que debía seguir.

Continué subiendo a gatas con el arma en la mano derecha. Cuando al fin llegué al terreno elevado pude ver a parte del equipo corriendo de un lado a otro a lo lejos.

No sabía si ya se habían enterado de que yo no estaba, pero no tenía tiempo para eso. Empecé a caminar entre los árboles de aquel bosque que cubría la propiedad. Sin ninguna luz que me ayudara, más que la de la luna, intenté descubrir la posición exacta de la figura y la bazuca.

No había señal alguna de otra detonación. Empecé a creer que de verdad mi segundo disparo había dado en el blanco.

Cuando al fin encontré el lugar desde donde se habían lanzado los misiles, vi la bazuca en el suelo. Saqué la linterna y dudé si encenderla o no. No quería que me vieran; aún podía optar por el factor sorpresa.

Empecé a sentir que el corazón me latía con fuerza. La situación se había descontrolado y ahora me encontraba sola lidiando con eso. El resto del equipo seguía moviéndose a lo lejos. Como si no pudieran pasar de ese punto.

Caminé para intentar seguir el camino que, deduje, habría seguido la figura.

Vi luces a lo lejos.

Ahí estaba, sobre el risco que daba al océano, la casa segura donde estaba Georgie.

Me tiré al suelo y gateé durante el último tramo. Mi respiración era entrecortada.

Llegué frente a la casa segura a tientas y gateando.

Había movimiento dentro de la casa.

Dudé un segundo si salir de entre los arbustos que me escondían o esperar a que llegara el jefe con el equipo, pero un sentimiento de heroísmo me hizo salir y enfrentarme a lo que fuese que estuviera que enfrentarme. El plan, de todos modos, era que yo entrara primero para negociar con ellos.

Me puse frente a la casa y de repente los sonidos de dentro aminoraron.

Sabían que yo estaba ahí.

Las grandes puertas de madera se abrieron y pude ver a Brian y Georgie a unos metros de mí, mirándome. Ambos atados a una silla, pero ahora era Georgie el que tenía un chaleco con explosivos. Downey sabía cómo atacarme, aunque no cómo debilitarme.

Al fin podía ver a mi hijo, que tenía lágrimas en los ojos.

Me moví hasta el interior de la casa. Cuando al fin estaba dentro, las puertas se cerraron detrás de mí. La casa era hermosa. Parecía un chalé, una casa de madera para salir de la rutina y olvidar el trajín de la ciudad.

Desde la cristalera que abarcaba toda una pared mostraba las vistas al océano. Era una casa de ensueño para cualquiera, y mi pesadilla esa noche.

No vi a nadie, por lo que corrí para abrazar a Georgie.

—Amor, ¿estás bien? —le pregunté cuando llegué a él mientras le quitaba la cinta que cubría su boca.

—Mami, quiero irme a casa —me dijo llorando.

Miré a Brian de reajo; él también lloraba, pero no quería verlo y creo que entendió mi mirada.

—Janet y sus entradas triunfales —dijo Downey a mis espaldas.

Di media vuelta y lo vi, vestido de negro con el chaleco antibalas. Listo para la guerra.

Junto a él estaba Light. Tenía al presidente esposado y con una cinta cubriendo su boca también. Le apuntaba con un arma.

Me volví hacia Georgie y le dije que todo iba a estar bien, que mami lo sacaría de aquello.

Brian balbuceó algo detrás de la cinta que le cubría la boca. Le dije que se callara.

—Las entradas triunfales no son lo mío. Solo he tenido un poco de suerte —le dije a Downey.

Él caminó hacia mí, pero se detuvo en un punto. Mantenía la distancia por si tenía que matarme. Cuando estuvo más cerca pude ver que sangraba por su pierna derecha.

—Así que la figura que nos disparaba los misiles eras tú.

—Y tú la que me ha disparado. —Torció una sonrisa fingida. Estaba claro que no contaba con aquello y que herí su ego, torciendo sus planes—. Janet, Janet... Déjame enseñarte.

—No soy buena alumna.

—Si tan solo tuvieras una ligera idea de lo que hemos logrado con nuestro manifiesto... Una declaración de guerra contra La Orden Manhattan. Ellos son el enemigo, con sus planes retorcidos y sus macabros ritos sin sentido. Nosotros no somos el enemigo, Janet. Somos los que venimos a poner punto final a esto.

—Lo único que habéis logrado es que mucha gente inocente muriera.

—Un precio razonable a pagar por nuestro objetivo. Janet, este plan lleva muchos años gestándose. Hemos planeado cada pequeño movimiento y cada posible solución a cualquier conflicto.

—Eso lo hemos notado todos. El éxito de cualquier plan siempre está en los detalles que todos pasan por alto.

—Así es, y nadie mejor que tú para decirlo. —Su sonrisa aún reflejaba una victoria que, a mi modo de ver, estaba muy lejos de llegar.

Miré de reajo a Light, que sostenía al presidente. Él me miraba enérgico. El tipo de energía que emanaba era indescriptible, pero se sentía.

—Señor presidente —le dije—, haré todo lo que esté en mis manos para sacarlo de aquí.

El presidente asintió en señal de aprobación. Sabía que haría lo que fuese con tal de salvarnos a todos.

Solo había un problema.

Me ganaban en número, por lo que activé la señal de radio que tenía en un botón oculto bajo la manga de mi camisa, así que solo tenía que ser paciente y atenerme al plan.

Intenté darles conversación para entretenerlos mientras Rodríguez llegaba con el resto del equipo. No habría negociación por mi parte.

Downey pareció entender eso cuando le hablé al presidente.

—O tienes un heroísmo salvaje por tu país o solo quieres ganar un poco de tiempo para que tus amigos de la policía puedan llegar. Deberías saber que tardarán un poco mientras levantan los coches en llamas que les dejamos. Y para cuando lo hagan, Light y yo estaremos fuera de tu

alcance. Imagino que has llegado por algún camino alternativo que no conozco. He debido pasar algo por alto.

—Fue una subida complicada —respondí, recordando los golpes que me llevé mientras rodaba colina abajo hacia el vacío.

—Durante mucho tiempo, Light y yo nos preguntamos cómo enviar nuestro mensaje —continuó Downey, obviando lo que le había dicho para seguir con sus justificaciones—, queríamos llegar a todos esos miembros de La Orden que se creían intocables y que podrían salirse con la suya. En realidad, no sabíamos cuál sería el momento apropiado. Pese a ello, nos seguimos preparando. Cuando Gabriella murió supe que había llegado el momento y esos cerdos iban a pagar por sus crímenes.

Miré a Downey un poco desconcertada. Podía sentir dentro de él algo que me hacía verlo como una víctima más de La Orden, pero a la vez mi obligación como servidora de la ciudad me cambiaba el parecer y lo veía como el asesino que era.

—Ahora que sabes lo que le pasó a Gabriella, puedes unirte a nosotros —dijo—. Puedes ayudarnos a acabar con La Orden, uno a uno. Ya empezamos con el Cardenal Vanderbilt, que nos hizo el favor de desaparecer por sí mismo. Aquí tenemos a su hermano, y también a un miembro emérito. —Señaló a Brian—. Ahora puedes vengar la muerte de Gabriella. Light podrá vengar la de su madre y yo, al fin, después de muchos años, la de mi hermana.

Sopesé por un momento lo que él me decía. Rodríguez no se equivocó. Todo eso fue por venganza hacia los Vanderbilt y querían reclutarme para ello. Pensé, por un momento, en la satisfacción que me haría ver morir a todos aquellos que tuvieron algo que ver con la muerte de Gabriella. Aquello tal vez ayudaría a aliviar un poco el dolor de perderla. Me daría la satisfacción que buscaba desde hacía mucho.

O podía ocurrir todo lo contrario. Me podía encontrar en un camino sin final donde no quedaría satisfecha de matarlos a todos. Iba a querer más sin preguntarme siquiera cuándo sería suficiente.

Era un camino difícil. Uno que no sabía si quería seguir.

Miré a Brian, que negó con la cabeza y luego miró a Georgie. Su mirada me demostraba lo asustado que estaba. Cuando vi ese miedo me di cuenta de que la única que podía protegerlo era yo y que no podía hacerlo si estaba en la cárcel o estar huyendo constantemente para que no me encontraran.

Perdería todo por lo que había luchado por el simple hecho de querer acabar con aquellos bastardos.

Sin embargo, había otra opción.

—La muerte de Gabriella fue el momento más duro de mi vida —confesé.

—Lo sé —respondió Downey con suavidad.

—Pero, aunque su muerte fuese horrible y vosotros dos estéis deseosos de justicia, hay otros modos de hacerlo. —Shawn parecía confundido—. Podríamos lograr eso a través de la justicia. De la justicia que conocemos, no la que tú quieres imponer.

—La justicia que tú y yo conocemos es lenta, perezosa y controlada por ellos mismos. —Señaló a Brian y al presidente—. Solo existe la que yo te ofrezco.

—Cuando dos ideas convergen de forma tan estrepitosa solo hay un resultado.

—¿Y ese es...?

—Que la más fuerte ganará. No te aseguro que nuestros métodos sean los más rápidos, pero sí los más efectivos.

—Janet, si nosotros no hacemos esto, alguien más lo hará.

—Shawn... —lo interrumpí con calma, casi suplicando—, ha muerto mucha gente. Muchos no volverán a ver a sus seres queridos. En un intento por ejecutar tu propia justicia y enviar un mensaje erróneo, te has manchado las manos de sangre. De la misma que La Orden. Te has convertido en uno de ellos, aunque ese no fuese tu propósito. Quiero ofrecerte una salida, una alternativa. Por supuesto que irás a la cárcel y te enfrentarás a una condena tan grande que tu mensaje se perderá en el tiempo, pero nosotros podemos ir tras ellos por los medios tradicionales.

Me quedé en silencio esperando ver alguna reacción en él, pero cuando un alma lleva tantos años ennegrecida por su propio dolor, el único camino que encuentra es el que ella misma se crea. Cueste lo que cueste e implique a quien tenga que implicar.

—Me has decepcionado —dijo.

—Mis respuestas nunca son las que los demás quieren oír.

—Por suerte, tengo un plan B. —Cogió su móvil y tocó la pantalla.

—¿Qué haces?

—Acabo de liberar en internet toda la información sobre La Orden Manhattan. Pronto, todo el mundo conocerá la identidad de los miembros de los que tenemos información, al menos, de los de Nueva York, y el objetivo de este grupo —explicó—. En cinco minutos este móvil ya no funcionará gracias al virus de aprendizaje automático que instaló tu amigo Brandon.

—¿Al menos los de Nueva York? —pregunté incrédula.

—¿No lo sabías? —Downey sonreía mientras me miraba—. La Orden Manhattan no es exclusiva de nuestra ciudad. Nació aquí, sí, pero está distribuida en varias partes del país y otras tantas del mundo.

Cuando terminó de hablar guardó su móvil en el bolsillo y yo seguía boquiabierta por todas y cada una de las revelaciones que hizo.

No supe en qué momento Downey me apuntó con el arma y sacó un detonador, pero sí vi una sombra moviéndose detrás de él.

—Lo siento, Janet.

El detonador era para accionar los explosivos de Georgie y aquello no solo lo mataría a él, sino a todos los presentes.

—Por favor, no —supliqué.

Cuando estuvo a punto de presionar el detonador, una pistola apuntó a la cabeza de Downey desde atrás.

Otras apuntaban a Light mientras liberaban al presidente.

—Intenta pulsar ese detonador y te vuelo la cabeza, Shawn —amenazó la voz tras Downey.



25

El error del plan

El jefe apuntaba a la cabeza de Downey con firmeza. Supe de inmediato que era incómodo para él, porque arrugó el rostro en una mueca de dolor.

—Ha llegado más pronto de lo esperado —respondió Downey.

—El afán por localizar la casa segura te llevó a cometer un gran error, Shawn. Ni siquiera comprobaste los planos de la propiedad.

—¿Algo que me haya perdido?

—Las salidas de emergencia.

—Ya veo.

—No te preocupes, en cualquier momento llegará el resto de la comitiva. Los cuatro que hemos logrado llegar solo nos adelantamos un poco.

Downey cerró los ojos, decepcionado. Su gran plan había flojeado y acabó en nada por un error tan simple. El jefe tenía razón. El afán por acelerar los acontecimientos los había hecho fallar y no pensaron en los planos de la propiedad, solo la localización, y por lo visto el jefe conocía muy bien la casa segura. Era el jefe, después de todo.

—Suelta el arma, hijo —le dijo Rodríguez.

Downey no la soltó de inmediato. Tampoco el detonador.

En lugar de eso, me miró y en aquellos penetrantes ojos verdes vi reflejado un vestigio de triunfo.

¿Triunfo por qué?

En un movimiento rápido, Downey se agachó y levantó la mano izquierda, lo que hizo el que jefe perdiera el control del arma y esta saliera volando por los aires. Luego hizo una pirueta en el suelo y el jefe cayó de espalda.

El ruido de la caída fue estrepitoso y Downey se alzó. Estaba claro que su preparación física, a pesar de su edad, era todavía envidiable comparada con la del jefe.

Light inmovilizó al oficial que le apuntaba con el arma y disparó a los otros dos. El que le apuntaba antes levantó las manos. Se notaba su entrenamiento militar. Light le disparó en las dos piernas para inmovilizarlo.

Ahora era Downey el que apuntaba al jefe y Light al presidente, que estaba en el suelo.

—No me vuelva a llamar hijo. No lo soy. —Downey cogió el cargador y estaba a punto de girar el gatillo cuando una de las patrullas echó abajo las puertas de madera de la casa, que se desplazaron hasta el centro de la sala de estar.

El jefe se tiró por las escaleras que daban al sótano para protegerse mientras que Light fue golpeado y tirado al suelo por el impacto.

Downey se lanzó lejos y se cubría la cabeza con las manos sin soltar el detonador, lo cual me puso muy nerviosa. Me arrastré por el suelo y golpeé las patas de la silla de Georgie, que cayó al suelo y lo cubrí con mi cuerpo de inmediato. Si estallaba o algo le golpeaba, al menos estaría con él en nuestros últimos momentos de vida.

Pero no pasó nada. La patrulla se detuvo y varios oficiales entraron a la casa.

Light se levantó y se escondió detrás de uno de los sofás, de donde sacó una bazuca cargada y disparó hacia fuera, por donde venía parte de la comitiva que había logrado llegar a la casa. De reojo vi el fuego y el sonido del estallido, pero no logré ver con claridad qué ocurría.

Downey volcó una de las mesas de madera que había cerca de la entrada y la usó como trinchera.

Los disparos entre los oficiales y terroristas no tardaron en aparecer. Me arrastré de nuevo por el suelo, esa vez con Georgie a mi lado, que intentaba llorar, pero la impresión del momento no se lo permitía.

Light logró desarmar a uno de los oficiales disparándole en la mano. Una explosión de sangre impregnó la sala de estar, donde aún estaba la patrulla que había servido de ariete.

Mientras soltaba a Georgie de las ataduras vi a Brian en el suelo. Estaba sangrando y no se movía. No sabía si había muerto. Incluso en ese momento, no pude dejar de lado mis sentimientos hacia él. Aquel hombre era el padre de mis hijos y todavía era mi marido. Si iba a morir sería por los golpes que pensaba darle, no por un daño colateral en un tiroteo.

Logré ponerlo junto a Georgie, pero estaba inconsciente. Oculté a los dos tras la mesa que había justo en el comedor que daba hacia el ventanal con vistas al océano. Solo se veía unas cuantas estrellas en el cielo; el resto estaba oscuro.

Cuando pude liberar a Georgie le pedí que se mantuviera en silencio y bajo la mesa. No quería ponerlo en riesgo y tampoco me atrevía a quitarle el chaleco porque podía enviarnos a los dos directos al infierno. Necesitaba apoyo de los expertos en explosivos. Lo único que necesitaba era que no se moviera.

—Quédate aquí y cuida a papá. No te muevas ni salgas —le dije.

Él asintió.

Salí para dar con Downey, que aún estaba atrincherado disparando a destajo. El jefe asomó la cabeza por las escaleras del sótano y me miró. Me hizo una señal para que esperara. Él estaba más cerca de Downey y en diagonal, una posición que le permitía atacarlo desde atrás sin que lo viera.

Cuando Rodríguez fue a atacar desde atrás, Light gritó:

—¡Detrás de ti, Shawn!

Downey se giró de inmediato y el jefe no tuvo tiempo para maniobrar, por lo que recibió un golpe en la cara. Aun así, logró recomponerse y forcejeó con él. Estaban en plena pelea cuando el arma de Downey se disparó y vi al jefe caer de espaldas, agarrándose el hombro.

Lo había herido.

Otro oficial iba a disparar a Downey, pero él lo vio y se agachó con rapidez. La bala impactó en el ventanal, rompiéndolo en mil pedazos, por lo que el aire frío de la noche entró en la casa. Podíamos oír el sonido de las olas impactando en las rocas.

Downey se levantó de nuevo y le disparó al oficial que falló el tiro; este cayó atrás y no se movió más.

Justo en ese momento escuchamos un sonido que no esperábamos. Algo que habíamos acordado que era parte del plan para un par de minutos más adelante, pero que ya teníamos frente a nosotros. Un helicóptero empezó a iluminar el interior de la casa. Sus hélices levantaban polvo y tierra y muchos objetos empezaron a revolotear a nuestro alrededor.

—Downey, baja el arma ahora o no dudaré en volarte los malditos sesos. —Aquella voz era inconfundible—. Estamos apuntando justo a tu cabeza.

Era To gritando por el megáfono del helicóptero.

Downey alzó las manos. Todavía sujetaba la pistola, pero no el detonador. Había caído en algún momento durante su forcejeo con el jefe, que todavía estaba en el suelo perdiendo sangre.

Aunque lo apuntaban desde el aire, tanto Downey como yo sabíamos que su próximo movimiento sería tirarse al suelo. No había forma de que pudieran seguir la velocidad de movimiento desde ahí, pues el helicóptero se movía mucho. Lo conocía bien, por eso deduje su siguiente jugada mientras se tiraba al suelo como había predicho. Light todavía estaba atrincherado, disparando a cualquiera que intentara acercarse a él. Se podía proteger, pero no a Downey, que buscaba desesperado el detonador mientras To ordenaba a sus francotiradores que dispararan, pero fallaron todos.

Sabía que en cualquier momento encontraría lo que buscaba y todos moriríamos en una ola de fuego, pero no me apetecía volar por los aires, así que salí de donde estaba escondida y me tiré sobre él. Empezamos a forcejear un poco hasta que lo derribé e inmovilicé, golpeándolo muy fuerte. Le di en el rostro en repetidas ocasiones, pero el golpe de gracia, el que me causó verdadera satisfacción, provocó que la sangre saliese escandalosa por su nariz.

Se la había roto.

Mientras admiraba mi obra y me llenaba de orgullo por el ansiado golpe que llevaba horas imaginando, Downey me tiró atrás y se liberó.

Cuando caí al suelo solté el arma y la perdí. Me moví para buscarla, sin éxito. Sentía que alguien caminaba hacia mí y me di la vuelta; era Downey, que había recuperado su arma y

pretendía dispararme.

No tenía escapatoria. Ambos lo sabíamos.

—¡Downey, suelta el arma! —gritó To, que seguía disparando desde el helicóptero.

Lo vi acercarse decidido y supe que aquel era mi fin. No había modo de escapar. Quizá To le dispararía, pero la determinación que reflejaba el rostro de Downey decía que iba a matarme.

Cerré los ojos y oí el disparo.

No supe dónde me había impactado porque, por extraño que pareciera, no sentía nada.

Oí un golpe seco en el suelo y los abrí, descubriendo a Brian a mi lado. Estaba sangrando. Se había interpuesto entre la bala y mi cuerpo. Me había salvado la vida.

Downey se movió hacia atrás, lejos del alcance del helicóptero y los disparos que le dirigían. Buscaba desesperado el detonador y se tiró al suelo, dejando caer el arma. Su prioridad era hacer estallar la bomba. La bomba que llevaba Georgie en el chaleco.

Me lancé sobre Brian. Era tarde. Pesaba mucho y casi no se movía. Intenté darle la vuelta para verlo mejor y empezó a escupir sangre por la boca. Le había herido en alguna parte del abdomen. Fue un disparo crítico.

Al fin pude darle la vuelta y ponerme frente a él para que me viera.

—Lo siento mucho. —Fue lo último que dijo antes de cerrar los ojos para siempre.

La ira me invadió y miré bajo la mesa para ver si Georgie había visto la muerte de su padre, pero no estaba ahí. Me levanté y empecé a buscarlo con la mirada, desesperada por saber dónde estaba. No lo encontraba. La desesperación me estaba dominando y entonces vi que Downey había encontrado el detonador.

Se levantó y me miró con la victoria en su rostro.

—¡Es hora de que acabemos con esto de una vez! —gritó por encima del sonido de las hélices.

Pulsó el botón y me preparé para lo peor, porque la explosión no solo mataría a Georgie, sino a todos los que estábamos en la casa.

Pulsó el botón de nuevo y yo seguía con el alma pendiendo de un hilo.

Lo pulsó una tercera vez y nos miramos confundidos. Giré la cabeza para buscar a Georgie de nuevo y entonces lo vi; los oficiales antibombas, escondidos detrás de los restos del vehículo incrustado en la casa, lograron desactivar el explosivo. En ese momento no sabía exactamente qué había ocurrido, pero Georgie y el resto de nosotros estábamos a salvo.

Downey lanzó el detonador furioso y aproveché para agacharme y buscar mi arma. Cuando al fin la encontré debajo de un trozo de cristal roto, oí un disparo proveniente del suelo y Downey cayó de rodillas.

Me levanté para ver qué sucedió y vi que el jefe le había disparado con su propia arma, la que había tirado cuando buscaba el detonador.

El jefe dejó caer el arma y se agarró el hombro. Me miró y sonrió.

Caminé con tranquilidad hacia Downey, que se retorció, quejándose por el dolor que sentía. Intentaba tocarse la espalda, pero no tenía fuerzas y vi que un pequeño charco de sangre se acumulaba en el suelo. También empezó a sangrar por la boca, como había hecho Brian unos minutos antes.

Mientras me acercaba a él, levantó la mirada hacia mí.

—Lástima que tuviera que matar a Lloyd —dijo mientras la sangre salía por su boca—. Era

un buen muchacho, pero me descubrió utilizando mi móvil. Se suponía que yo no tenía batería. No supo si decírtelo, porque no podía corroborar que yo era el infiltrado, por eso te miraba dudoso, hasta que se enfrentó a mí en el callejón. —Sonrió—. Light y yo empezamos esta cruzada, Janet, y otros la terminarán.

Levanté mi arma y le apunté a la cabeza.

Por mí.

Por Georgie.

Por Brian.

Por Lloyd.

Por Brandon.

—Espero que, a los que sea que vayan a venir, no se les ocurra acercarse a mi hijo —dije mientras disparaba el arma y la bala se le incrustaba en el cráneo.



26

La pugna final

Downey yacía muerto frente a mí.

Lo vi caer del mismo modo que él vio morir a muchas personas inocentes: sin ni siquiera inmutarme.

Oí disparos detrás de mí y un grito rompió la relativa calma.

Era Light.

Me di la vuelta y lo vi venir, pero no iba hacia mí, sino hacia Downey. Logró esquivar a los oficiales mientras salía de su trinchera y llegaba hasta donde yo estaba. Los agentes le apuntaban con sus armas. Levanté la mano para detenerlos; la mayor amenaza ya había sido exterminada.

Light empezó a llorar sobre el cuerpo de Shawn. Lo abrazaba con un cariño desmedido que se notaba en el modo en que lo sostenía.

—Has matado a mi padre —dijo mientras me miraba con puro odio—, y pagarás por ello.

—No era tu padre —prorrumpí—. Solo fue alguien que se encargó de manipular tu mente para su propio beneficio. Tu verdadero padre está ahí. —Señalé fuera, donde varios policías sacaban al presidente de la casa—. Aunque no lo quieras admitir, él es tu padre biológico. Shawn Downey solo aprovechó la oportunidad que tuvo en sus manos para malcriar a un niño que usaría a su antojo.

—¡Cállate!

—Dime una cosa, ¿Light es tu verdadero nombre?

Su rostro entristeció, pero no respondió y supe que ni siquiera tenía un nombre real.

—Si Shawn te hubiese querido como parte de la familia Downey, al menos tendrías su apellido, ¿no?

—No permitiré que hables así de él —gruñó.

—¿No te das cuenta de que te usaron? Solo te quería para ejecutar su venganza.

—No es cierto.

Sabía que por más que le intentara explicar la verdad no habría forma de hacérsela entender. Sin embargo, ahí estaba yo, probando una última vez.

El helicóptero de To seguía en el aire, vigilando cada segundo de lo que sucedía en el interior de la casa. Las hélices hacían mucho ruido y teníamos que gritar para escucharnos. Mi cabello se había soltado y se movía libre con cada golpe de viento que llegaba.

Mirando al joven me di cuenta de que, en ese momento, no era el terrorista que nos había tenido acorralados durante horas. Sospechaba que quien había llevado las riendas del espectáculo había sido Downey y que, en un momento desesperado, de ser necesario, lo hubiese dejado solo. Él sabía defenderse hasta cierto punto, pues era un *hacker* y tenía entrenamiento militar, pero nada más. La tecnología no lo hubiese podido salvar de las balas de haber logrado entrar en el edificio donde se atrincheró.

Era demasiado joven y estaba indefenso.

Ni siquiera un vestigio de quien habíamos creído que era.

Sin embargo, ambos sabíamos que el terrorista estaba ahí, listo para explotar en cualquier momento y yo era la que intentaba apaciguar las aguas.

—Light, él te mantuvo escondido durante años —seguí diciendo—. Nunca te permitió conocer el mundo exterior. Te educó como una persona fría y te entrenó como si fueses su arma personal. Te tuvo secuestrado con sus amigos.

Dejó el cuerpo de Downey en el suelo y se levantó, quedando frente a mí, cara a cara.

—No sabes una mierda. —Fruunció el ceño y en ese momento me pareció un tipo peligroso.

—Creo que, llegados a este punto, sé más de lo que tú mismo crees.

Light se quedó inmóvil, y en un momento que pretendía ser rápido y avasallador, sacó el arma que tenía, dispuesto a dispararme.

Ni siquiera logró sacarla del todo cuando un disparo proveniente de alguna de las armas del helicóptero le alcanzó por la espalda.

Él soltó el arma y caminó hacia atrás, acercándose al borde del ventanal roto, dejándose caer al vacío.

Corrí para intentar alcanzarlo, pero fue tarde. Ya no estaba. Se había ido.

El helicóptero bajó el foco de luz para iluminar el océano; ni rastro de su cuerpo.

No estaba.

Todo había terminado.

Al fin.

Respiré profundamente y cerré los ojos.

Los abrí de nuevo y sentí, por primera vez, tranquilidad.

Corrí hacia donde había visto a Georgie, pero ya no estaba.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunté a uno de los oficiales.

—Está con los paramédicos, lo están revisando.

Me dirigí hacia allí todo lo rápido que daban mis piernas. No supe cómo ni en qué momento llegué y vi que no solo estaban atendiendo a mi hijo, también al presidente.

Georgie me vio y corrió a mi encuentro.

Cuando al fin nos abrazamos, le di un abrazo tan fuerte que creí que le rompería los huesos. Lloraba y escondía su rostro en mi hombro. Estaba bien y vivo, y eso era lo más importante.

Conmigo estaba a salvo.

Todo lo que había vivido aquel día, desde los resultados de las pruebas médicas hasta caer desmayada en plena ciudad quedaban en segundo plano. Nada de eso importaba y sentía que solo había sido un mal sueño. Un sueño terrible.

El mayor error de Downey fue pensar que me uniría a su causa y que podía meterse con mi hijo.

Vi que sacaban al jefe en camilla, por lo que le pedí a Georgie que se quedara con los paramédicos para que siguieran examinándolo. Él accedió y volvió a la ambulancia con una gran sonrisa.

Yo corrí hacia el jefe para ver cómo estaba.

—¡Jefe!

Los oficiales que lo llevaban se detuvieron, aunque les pedí que siguieran andando para que pudieran atenderlo lo más pronto posible.

Mientras caminábamos hacia la ambulancia le pregunté cómo estaba.

—Nunca me había sentido mejor —respondió—, solo necesito unas pequeñas vacaciones después de todo esto.

—Todos las necesitamos.

—Asegúrate de que lleven al presidente al hospital y que a mí me lleven al mismo —le dijo a uno de los oficiales que lo trasladaban.

El hombre asintió y la ayuda médica llegó de inmediato. Mientras lo subían a la ambulancia, se dirigió a mí de nuevo.

—Quiero tenerlo lo más cerca posible para vigilarlo —me dijo—, e interrogarlo sobre La Orden Manhattan. Esto está lejos de acabar.

Sabía que tenía razón. Downey reveló en internet el nombre de los miembros de La Orden en Nueva York y ahora teníamos que lidiar con las consecuencias de aquella decisión de última hora.

Cerraron las puertas de la ambulancia y se llevaron al jefe.

El presidente estaba dentro de otra ambulancia donde lo atendían y se lo llevaron. Se harían cargo de sus heridas en el hospital. Aquel hombre había perdido a su hermano unas horas antes y ahora se enfrentaba a una investigación que iba a estar expuesta a la opinión pública. Sus heridas, por supuesto, eran el menor de sus problemas.

Los bomberos hicieron acto de presencia para revisar que todos estuviésemos bien y que no hubiese algún fuego que apagar. Algunas partes de la casa estaban un poco incendiadas por el ariete que había destrozado la fachada, pero nada que fuese a ocasionar daños mayores.

Una mujer se acercó a mí sin dudar un segundo.

—Agente Strait, quisiera atenderla para descartar daños. Hoy ha estado bajo mucha presión y

actividad física.

La paramédica me miró a los ojos con autoridad, pero yo no quería ningún chequeo. Todavía no.

Sabía que estaba bien.

Miré a lo lejos, donde seguían atendiendo a Georgie. Él era lo que más me importaba.

—Sería mejor que empezara con mis otros compañeros que sí están heridos. Yo puedo esperar —le dije con la seguridad en mi voz.

Ella captó el mensaje y fue a atenderlos.

Un fuerte ruido interrumpió mis planes; el sonido del helicóptero se acrecentaba a cada segundo. Venía hacia donde estábamos para aterrizar. Descendió poco a poco hasta que al fin tocó tierra y el piloto apagó los motores.

Del aparato bajaron dos francotiradores y To, que tenía la cabeza vendada.

Se acercó a mí y cuando estuvo cerca habló:

—El trabajo está hecho. Creo que ya podemos ir a descansar. —Su rostro era de pura satisfacción y también de aquel tipo presumido que yo conocía desde hacía años.

—Creo que sí —dije con una pizca de tristeza.

To dejó de sonreír.

—¿Qué ocurre?

Bajé la mirada un segundo y cuando reuní las fuerzas necesarias le pregunté, temiendo la respuesta.

—¿Habéis encontrado el cuerpo de Light?

To no supo qué responder, pues dudó unos segundos.

—Es imposible sobrevivir a una caída como esa. Caer al mar desde esa altura es como hacerlo sobre cemento.

Aunque sabía que tenía razón, seguía teniendo mis dudas.

—Si no veo su cuerpo, no podré dormir en paz —respondí.

—Lo sé, pero todavía está muy oscuro para buscarlo. En un par de horas saldrá el sol y podremos retomar la búsqueda si eso te ayudará a estar más tranquila.

Asentí.

—Gracias.

—Queda aclarar que aún no somos amigos.

Aquel comentario no me sorprendió, al contrario; sonreí.

—Estoy segura de que nunca seremos amigos —afirmé.

—Dicho esto, quiero darte una buena noticia que sé que te alegrará mucho.

Lo miré curiosa.

—¿De qué se trata?

To sonrió.



27

Águila ciega

Tres meses después.

El aeropuerto estaba abarrotado de personas que se iban de viaje. Se movían como hormigas en todas direcciones. Algunos se detenían para mirar las tiendas y hacer compras de última hora, mientras que otros, como nosotros, admirábamos la belleza de estar ahí, esperando el vuelo que nos llevaría a unas más que merecidas vacaciones.

—Te he traído el postre que me has pedido —dijo Brandon.

Alcé la mirada y ahí estaba, como si nada hubiese ocurrido.

To lo encontró en el hospital cuando se lo llevaron por los golpes de la explosión.

Cuando rompió las líneas de protección digital de Light y Downey e intentó comunicarse conmigo a través de la radio de Liz, Brandon no solo se alejó de la zona de la explosión, sino que logró salvarse. Al estar fuera de la carpa en el momento de la detonación, se salvó de heridas graves que hubiesen acabado con su vida.

Cuando lo encontré perdió la conciencia y ante el apuro de todo lo que estaba ocurriendo lo di por muerto. Los paramédicos se lo llevaron y pudieron atenderlo, todo eso mientras nos enfrentábamos a Light y Downey en la casa segura.

Esa era la buena noticia de To.

La sonrisa de Brandon me trajo de vuelta a la realidad y le di las gracias por el postre.

—Mami, quiero probar. —Georgie agarraba la mano de Brandon antes de que yo pudiese llegar.

—Georgie, ni si quiera he podido probarlo. —Me resultaba imposible ocultar la sonrisa.

Mi hijo se carcajeó y aquello era todo lo que necesitaba en mi universo.

Después del ataque llegó la situación de la custodia. Tras el funeral de Brian, el juez dictaminó que estaría en periodo de prueba por mi alcoholismo, por lo que me uní a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y todavía voy una vez a la semana. Por mi buen comportamiento de las últimas semanas, logré el permiso para llevarme a Georgie de vacaciones, pero siempre con la presencia del tutor legal, el cual era mi padre.

Todos necesitábamos darnos un tiempo, en especial yo.

El día anterior tuve una cita médica para concretar la fecha de operación de mi tumor y coincidía para mi vuelta de las vacaciones. Se podía operar, por lo que mi salud mejoraría en poco tiempo.

A quien no pude convencer del todo fue a Rodríguez, que no estaba tan seguro de quererme lejos durante un par de semanas, pero sabía que podía estar sin mí. Además, el FBI me quería de vuelta, sin embargo, aún no me veía capaz de tomar una decisión.

Las imágenes en la televisión del aeropuerto captaron mi atención.

Le pedí a Brandon que vigilase a Georgie mientras me acercaba para ver las noticias con detenimiento.

La CNN anunciaba el hallazgo de un nuevo cuerpo; un político de renombre asociado a La Orden Manhattan. Aparentemente fue un suicidio, igual que los cinco hallazgos anteriores de otros supuestos miembros según la información que Downey filtró.

Lograron capturar a varios para que dieran información de La Orden. La opinión pública vigilaba cada paso que dieran el fiscal y el juez que llevaban la investigación.

Otros escaparon, o al menos constaban como desaparecidos.

Todo el asunto estaba envuelto en una nube de misterio que distaba mucho de terminar.

El actual presidente le dio mucho seguimiento a la noticia, pues fue él quien ordenó una investigación exhaustiva de la información que Downey reveló antes de morir y su aspiración de gobierno era encontrar a todos los miembros de La Orden para que respondieran ante la justicia. Por supuesto, buscaba una reelección inmediata.

El presidente Vanderbilt fue destituido ante las investigaciones tan fuertes a las que estaba siendo sometido. Se negaba a renunciar. Fue, quizá, la destitución más rápida de la historia de este país. Sin embargo, logró negociar para librarse de la prisión a cambio de colaborar con la justicia.

No todos pagan sus pecados del mismo modo.

Estuvo muy ciego si no se dio cuenta de que todos los errores del pasado volverían para atormentarlo de por vida. Igual que yo, que perdí mi vista de águila por todos los acontecimientos que viví, pero había vuelto y estaba más afinada que antes.

Sospechaba que debía haber muchas más personas involucradas en eso. Altos cargos de los que jamás sospecharíamos.

Unos días atrás leí en el periódico que el Vaticano expulsó a dos cardenales envueltos en escándalos de La Orden Manhattan. También otros miembros del clero por ser conocedores de

los delitos del Cardenal Vanderbilt y ocultarlos deliberadamente.

La noticia recorrió todos los medios del mundo y nadie se libró. Incluso tres meses después, no dejaban de hablar sobre aquello.

Tenían buen material para varios meses. Al menos, hasta que el resto del mundo se aburriera y pasara al siguiente escándalo.

A pesar de todo el desastre que hubo durante la negociación, fuimos tratados como héroes. No logramos salvar todas las vidas que queríamos, pero el país nos agradecía nuestro trabajo.

Mire el reloj. Ya casi era la hora de salir. Me giré y vi a Brandon hablando con mi padre.

Era un paseo familiar, después de todo.

Papá estaba contento de que el Estado pagara todo lo que yo necesitase para curarme de mi tumor y mi adicción. Fue gracias a él que la custodia de Georgie no quedó en el limbo, pues declaró a mi favor ante el juez de familia. De igual modo, hubiese ido con él, pues los abuelos paternos ya habían fallecido.

El plan de usar el caso como publicidad, de alguna forma, sirvió y fue un aliciente para mí.

Allá donde fuese las personas me reconocían y aplaudían.

Sin quererlo, era la heroína del país.

Pero también hubo otros héroes. Lloyd, por ejemplo, que murió en un intento por detener a Downey en aquel callejón. Lo vio usando su móvil cuando nos había dicho a todos que no tenía batería. Un detalle tan pequeño hizo sospechar a Lloyd. Después de todo, era un sabueso.

El único consuelo era saber que su hijo nacería y crecería sabiendo que su padre era un héroe. El mayor miedo de Lloyd era no ser un buen padre. Ahora, aunque no estaba, lo iba a ser.

Me gustaba mucho la idea del reconocimiento, pero debía admitir que también me asustaba pensar que podían usar a Georgie para hacernos daño. En especial, después de los acontecimientos de tres meses atrás.

Junto a eso, pensaba también en el cuerpo de Light, que nunca apreció.

To me aseguraba una y otra vez que estaba muerto y que era comida para los peces. Pero mi yo interno jamás estaría tranquilo hasta no ver, aunque fuese, un hueso descompuesto con su ADN.

Tenía mis dudas y era válido tenerlas. No obstante, no dejaría que eso me molestara. Me iba de vacaciones con la gente que amaba y que siempre estuvo ahí para mí.

Nada ni nadie interrumpiría mis vacaciones.

Le di la espalda al televisor, que seguía emitiendo noticias de La Orden y sus miembros, para irme con mi familia.

Ya me había preocupado demasiado.

Merecía descansar.



EPÍLOGO

—¿Lo has conseguido? —preguntó la voz al otro lado del teléfono.

—Casi no logro obtenerlo. Apareció el otro tipo para joder el plan. Nos cortó la comunicación, pero lo logramos.

—Interesante. Bien, esto activa la segunda fase del plan.

—Shadow ha caído —dijo Light.

—Es una lástima. Hubiese sido de mucha ayuda para lo que viene, pero no era alguien indispensable. Todos van a querer buscarnos por el Cordón de Hierro ahora que se lo hemos arrebatado a La Orden Manhattan —respondió la voz sin ningún ápice de tristeza.

—Sigo sin entender por qué simplemente no lo pidió usted mismo. Tiene todas las ventajas para pedírselo al FBI. Tiene el nivel requerido —insistió Light.

—Tu tío quería vengarse de Vanderbilt y yo de La Orden. Nuestros caminos convergieron. Además, hubiese sido demasiado sospechoso que yo solicitara el código fuente de un software tan codiciado. Primero necesitaba varias aprobaciones, entre ellas la del presidente, pues es el único que puede acceder sin ninguna otra aprobación. Ahora Vanderbilt no solo se enfrenta a la justicia por La Orden Manhattan, sino que también lo hará por perder el Cordón de Hierro. Todo tenía que recaer sobre él. Muerte política.

—Tenía que enviar peones, ¿no? Casi no salgo con vida de esa —dijo Light, claramente

irritado.

—Ya conocías de antemano cómo trabajo. Además, sabías tan bien como yo que no te íbamos a dejar morir. Tengo mi gente bien infiltrada. Al final, el plan ha salido como queríamos —respondió aquella voz—. Si no te gusta cómo trabajo, te convertirás en un cabo suelto del que debo ocuparme.

—Sé cuáles son las condiciones, pero no contábamos con que Janet decidiera meterle una bala en la cabeza a Shadow. No debe preocuparse por mí —aclaró Light.

—¿Cómo lograste escapar? —se interesó esa voz.

—El impacto de la bala me dio en el chaleco. El golpe me hizo caer por el precipicio. Los israelíes me entrenaron para sobrevivir a caídas de ese tipo en el mar en situaciones extremas; estoy bien entrenado. Escapé gracias a que no tenían cubierta el área marítima. Error de Janet, probablemente.

—Bien. Shadow tenía razón. Traerte era una apuesta segura —respondió—. Ven a la localización que te estoy enviando por Wickr Me y celebrémoslo. La Orden ya no podrá seguir con el plan de robo que tenían para el Cordón de Hierro. Querían dejar a Vanderbilt fuera de la ecuación para mantenerlo en el poder. Están cayendo todos, justo como quería, y todo gracias a ti y a tu tío.

—Una última cosa —dijo Light.

—Dime.

Dudó un poco y después se arrepintió.

—Nada, general Williamson. Mejor lo discutiremos cara a cara —dijo, y colgó.

AGRADECIMIENTOS

Nadie le cuenta a uno como escritor el trabajo tan arduo que conlleva esta aventura de entramar una historia. Cada pieza, cada detalle, cada letra es única. Requiere de un desmesurado amor por el arte para poder dar un producto de calidad a los lectores, quienes no merecen menos que lo mejor.

Es por eso por lo que deseo agradecer a personas tan incondicionales que, de una u otra forma, estuvieron presentes en la gestación y posterior desarrollo de esta novela.

Primero que todo deseo agradecer a mi esposa, María José, quien fue la impulsora incansable de contar la historia de Janet. Fue la que soñó desde un principio con esta novela y la que, me reafirmó incontables veces, la necesidad de compartir esto con el mundo.

A Amanda, mi hija, quien con tan corta edad ha puesto en mí una motivación diferente para hacer las cosas bien, con amor y dedicación.

A Jenn Fresquet, mi editora, por las ideas, por los aportes, por el trabajo, pero principalmente por creer. No es fácil tomar un manuscrito y encontrarle ese algo especial, que ella tan amablemente encontró desde los primeros capítulos.

Al equipo editorial de Ediciones Hic Sic, Mercè y María Belén, cuyo apoyo a esta obra se siente desde siempre.

Un agradecimiento muy especial y profundo al escritor irlandés John Connolly. Jamás olvidaré la pregunta que le hice en la presentación de uno de sus libros y la forma en la que me respondió con un: «¿En qué proyecto estás trabajando? Esa pregunta que hiciste solo un escritor la puede hacer». Gracias por esos consejos de escritura y los buenos deseos que siempre me ha enviado para mi proyecto. Gracias por ser ese padrino a la distancia, aunque no tuviera ni idea de lo que estaba escribiendo.

A mis hermanos Andrey, José y Susan, cuyo apoyo es palpable para mí todos los días de mi vida y quienes leen cualquier cosa que escriba, por más descabellada que sea.

A mi madre, María, por enseñarme a leer desde que tenía cuatro años, abriendo un mundo de posibilidades literarias para mí.

Fue la gran arquitecta de este contador de historias.

A Alfredo, Eugenia, Alfredo Jr. y Luis José por creer incansablemente en mis artículos en el periódico desde siempre y ahora con esta novela. Y por pensar siempre lo mejor de mí.

Y principalmente a usted, querido lector, que disfruta de cada página y cada capítulo. Este libro fue escrito con usted en mente desde el primer momento.

Gracias y nos leemos pronto.

JOSH LANDON